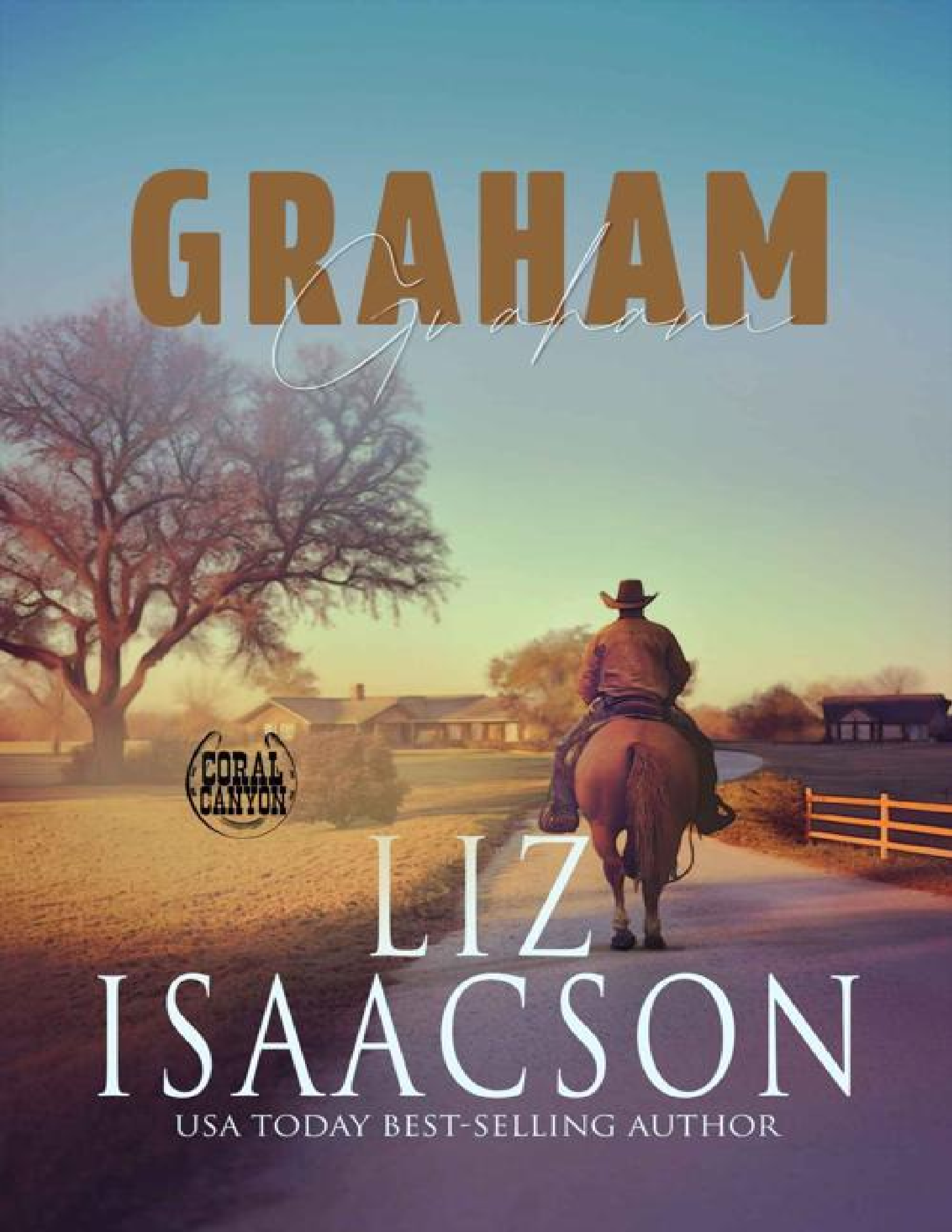

GRAHAM
Graham
CORAL CANYON
LIZ
ISAACSON
USA TODAY BEST-SELLING AUTHOR

graham

Romance Cristiano de Vaqueros y Saga Familiar

Navidad en Cañón Coral™

Libro Uno

liz isaacson



índice

Descripción del libro
Suscríbete al boletín de Liz
Capítulo 1
Capítulo 2
Casi Un Año Después
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
La Próxima Navidad
Deja Una Reseña
¡Adelanto! Eli Capítulo Uno
¡Adelanto! Eli Capítulo Dos
Lee Más De Liz
Sobre Liz

descripción del libro

Un vaquero regresa a su pueblo natal y a la mejor amiga que dejó hace una docena de años. Esta Navidad, ¿podrán Graham y Laney formar una familia y encontrar su final feliz?

Graham Whittaker regresa a Coral Canyon unos días después de Navidad, tras la muerte de su padre. Acaba de descubrir que su novia de largo tiempo en Seattle le ha estado engañando, y aunque Coral Canyon no es su primera opción para vivir, sin duda es el lugar más acogedor. Se hace cargo de la empresa energética que su padre construyó desde cero y compra un albergue de lujo para vivir, a solo un kilómetro de la casa de su antigua mejor amiga, Laney McAllister.

Laney volvió al rancho familiar después de la universidad, pero su marido la dejó a ella y a su hija, Bailey, para que se encargaran del rancho solas, lo cual han estado intentando hacer. Pero con la calefacción a punto de fallar y la nieve cayendo más rápido que nunca, Laney accede a llevar a Bailey al albergue de Graham durante las fiestas.

Fueron mejores amigos una vez, pero Laney siempre ha albergado sentimientos por él, y pasar tanto tiempo juntos mientras crean recuerdos navideños pone su corazón en peligro de romperse de nuevo.

¿Podrán llevar su amistad al siguiente nivel y formar una familia? ¿O Laney estará arriesgando su corazón solo para permanecer en la zona de amigos?

suscríbete al boletín de liz

Novelas de romance dulce con héroes que te encantarán. Entregadas directamente a tu eReader, con la dosis ideal de romance y todas las emociones que sientes al leer una novela de Liz Isaacson.

Suscríbete al boletín de Liz para recibir ofertas, adelantos y más.

Haz clic aquí para ver todos los libros de Liz en español.

1

GRAHAM WHITTAKER CONTEMPLABA las montañas Teton, deseando que solo las cimas estuvieran cubiertas de nieve. Desafortunadamente, no había dejado de nevar durante varios días, y el manto blanco lo cubría todo, desde las cimas hasta el césped fuera del albergue que acababa de comprar y al que se había mudado durante la Navidad.

Le gustaba pensar que el cielo lloraba por la pérdida de su padre, de la misma manera que la familia Whittaker lo había estado haciendo durante los últimos nueve días. Con el funeral y el entierro ya pasados hace dos días, todos habían vuelto a sus vidas normales, excepto Graham.

—Esta es tu vida normal ahora —se dijo a sí mismo mientras se alejaba de lo que algunos probablemente considerarían una vista pintoresca del campo, la nieve y las montañas.

Whiskey Mountain Lodge era un lugar hermoso, enclavado justo contra las montañas al oeste y el parque nacional de Teton al norte. Contaba con una docena de habitaciones para huéspedes y presumía de todas las comodidades necesarias para mantenerlos alimentados, entretenidos y felices durante días.

Aunque no importaba. Graham no planeaba dirigir el albergue como el pintoresco bed and breakfast en las montañas que había sido anteriormente.

No, Whiskey Mountain Lodge era su nuevo hogar.

Su padre había dejado atrás todo un negocio que necesitaba ser dirigido, y a Graham no le quedaba nada en Seattle de todos modos. Así que había venido a ayudar a su madre después de la repentina muerte de su esposo, y había tenido tiempo suficiente para encontrar un lugar donde vivir y operar Springside Energy Operations como director ejecutivo.

Era un ascenso, en realidad. Solo había sido el desarrollador principal en Qualetics Robotics en Seattle, pero el deseo de desarrollar tecnología y robótica para facilitar la vida de las personas había muerto cuando su padre falleció.

Graham esperaba que volviera; Springside definitivamente podría beneficiarse de tener el primer robot de fracturación hidráulica capaz de identificar los gases naturales bajo la superficie de la Tierra *antes* de perforar. Pero estaban a años de distancia de eso.

Al igual que Graham se sentía a años de distancia de cualquier otra persona aquí.

Un perro ladró, recordándole que también había heredado el perro de su padre además de su empresa, y se dirigió a la puerta trasera para dejar entrar a Bear. El gran labrador negro parecía moverse bastante lento, aunque aún llevaba su habitual sonrisa en el rostro.

—Hola, Bear —frotó al perro para quitarle los copos de nieve que se habían asentado en su lomo—. Supongo que será mejor que vaya a revisar a los caballos.

Whiskey Mountain venía con un establo, algo que aparentemente les gustaba a los turistas hacer en los meses de verano en Wyoming. Graham había crecido en Cañón Coral, Wyoming,

pero sus padres vivían en el pueblo, en una casa normal, sin caballos.

Por supuesto, todos los hombres en Wyoming aprendían a montar, y Graham y sus tres hermanos no eran la excepción. Pero había pasado mucho, mucho tiempo desde que se había subido a una silla de montar en cualquier sentido de la palabra.

Pero hoy, aunque el albergue era un edificio enorme, con docenas de lugares a los que podía escapar, se sentía atrapado. Así que tomó su sombrero del gancho junto a la puerta y se lo puso en la cabeza. No tenía muchas oportunidades de usar un sombrero de vaquero en Seattle, pero aquí lo había usado todos los días. Y le gustaba.

El ala mantenía la nieve fuera de su rostro mientras caminaba con dificultad por el camino que había estado paleando todos los días desde que se mudó y se dirigió hacia los establos.

Los establos se llamaban DJ Riders, y Graham no tenía idea de dónde venía ese nombre. Solo había tres caballos que venían con la propiedad, y afortunadamente, el desván tenía suficiente heno para mantenerlos alimentados por un tiempo.

Graham realizó las tareas de alimentarlos, limpiar sus establos y asegurarse de que tuvieran agua fresca que no se hubiera congelado. Enero en Wyoming no era para los débiles de corazón, eso era seguro, ya fueras caballo o humano.

Con las tareas terminadas, Graham cerró los establos pero se alejó del albergue subiendo por el camino. Tenía mucho que desempacar y ninguna inclinación para hacerlo. Además, podía esperar, ya que había estado viviendo en el albergue durante tres días sin las fotos familiares, todos los platos o más de una toalla. Había sobrevivido hasta ahora, gracias a un vehículo de tracción en las cuatro ruedas y un bolsillo lleno de efectivo.

Deambuló lejos de los establos, el granero y el resto de los edificios anexos del albergue. Pasó por un cenador cuya existencia desconocía hasta ese mismo momento, y se preguntó qué más encontraría en esta parcela de tierra a la que había puesto su nombre. ¿Y quién sabía lo que traería la primavera?

Probablemente polen y alergias, pensó, todavía no del todo feliz de estar de vuelta en Cañón Coral, aunque había tomado la decisión de dejar su trabajo en Seattle y establecerse de nuevo en su ciudad natal.

La nieve amortiguaba sus pasos y hacía difícil ir muy lejos muy rápido. No importaba. Tenía todo el día para hacer lo que quisiera. Mañana también. No sería hasta el lunes que tendría que ponerse un traje y empezar a averiguar cómo dirigir una empresa energética con más de doscientos empleados.

Se acercó a otro edificio, este un poco diferente de los que había visto antes. No estaba seguro de qué era, aunque parecía una pequeña cabaña, con una chimenea sobresaliendo de las tejas del techo. ¿Tenía el albergue un lugar más pequeño para vivir? ¿Era esta otra área para huéspedes que podría alquilar?

Se acercó y miró por la ventana, sin ver una puerta por ningún lado. El lugar estaba sencillamente amueblado y parecía ser una sola habitación con una puerta que conducía hacia afuera a su derecha y hacia lo que él suponía era un dormitorio.

Una mujer salió del dormitorio, abotonándose el abrigo.

Graham soltó un grito ahogado y retrocedió al mismo tiempo que un perro apoyaba sus patas delanteras en el alféizar de la ventana dentro de la casa y comenzaba a ladrar. Y ladrar. Y ladrar.

Con el corazón palpitando y la adrenalina disparándose fuera de control, el cerebro de Graham parecía no funcionar correctamente. Por lo tanto, no podía moverse. Ni siquiera pensó en moverse.

Así que todavía estaba allí parado como un mirón cuando la mujer levantó la ventana y dijo

con un tono de voz que podría haber congelado el agua en nieve si la temperatura no lo hubiera hecho ya:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Y-yo... —tartamudeó Graham—. ¿Quién eres tú?

Ella ladeó la cadera, y Graham notó el largo cabello rubio miel cuando ella lo echó sobre su hombro antes de cruzar los brazos. Poseía un rostro bonito, con un salpicado de pecas en las mejillas y la nariz. Sus ojos podrían haber sido de cualquier color, ya que él estaba mirando desde afuera hacia adentro y la luz no era la misma.

Si hubiera tenido que hacerlo, los habría categorizado como peligrosos, especialmente cuando lanzaron rayos hacia él.

—Soy la dueña de esta propiedad —dijo ella—. Y tú estás invadiendo.

Graham frunció el ceño, pero al menos su cerebro había comenzado a funcionar normalmente de nuevo. Era su pulso el que galopaba ahora, preguntándose qué tenía que hacer para ser invitado a entrar y descubrir de qué color eran esos ojos.

—Oh —dijo—. Lo siento. Pensé que este era mi lugar. Acabo de comprar Whiskey Mountain Lodge. —Hizo un gesto en la dirección general del albergue, esperando que fuera el camino correcto.

—La frontera está por allá, a unos cien metros —dijo ella, todavía posicionada como si él pudiera atacarla a través de la malla de la ventana—. Hay una cerca.

—Tal vez esté enterrada en toda la nieve. —Porque definitivamente no había cruzado una línea de cerca. Podría haberse convertido en un urbanita, pero aún sabía lo que significaba una cerca—. Soy Graham Whittaker.

Un ruido entre un chillido y un maullido salió de su boca. Esos ojos se redondearon, pero él todavía no podía decir de qué color eran.

—¿Graham Whittaker?

Él inclinó la cabeza ahora, estudiándola. Porque ella lo conocía. Nadie hablaba con tanta sorpresa en su voz si no conocía a una persona.

—Sí —dijo lentamente—. Soy... —No sabía cómo terminar. Todos en Cañón Coral sabían que su padre había muerto. Todos sabían que los Whittaker habían venido a guardar luto. Suponía que todos pensaban que se habían ido de nuevo, excepto su madre y su hermano menor, Beau, que vivía en el pueblo y trabajaba como abogado.

Pero no sabía qué seguía haciendo en Cañón Coral, o por qué sentía el impulso de explicárselo a esta mujer.

—Un momento. —Cerró la ventana de golpe y se alejó. Sintiéndose estúpido, Graham se quedó allí en la nieve, preguntándose qué iba a hacer ella. Medio minuto después, el perro que había intentado arrancarle la cara a través del cristal vino corriendo por la nieve desde el frente de la casa.

—Clearwater —llamó la mujer tras él, pero el perro era desobediente o no le importaba. El pastor ganadero australiano se acercó directamente a Graham y comenzó a olfatearlo.

Graham se rió y rascó al perro detrás de las orejas.

—Sí, tengo un labrador. Probablemente puedes olerlo. ¿Bear? Se llama Bear.

La mujer rubia apareció por la esquina de la cabaña y se detuvo mucho más lejos de lo que lo había hecho su perro.

—Graham Whittaker. —Esta vez no lo formuló como una pregunta, y un atisbo de sonrisa tocó sus labios—. No me recuerdas, ¿verdad?

Graham abandonó sus atenciones al perro y dio un paso hacia ella, tratando de ubicarla.

Pensó que definitivamente recordaría a alguien tan bien formada como ella, con esas largas piernas que se curvaban en las caderas y se estrechaban en la cintura, incluso con la chaqueta negra que se había abotonado.

Estaba a punto de disculparse cuando la respuesta lo golpeó de lleno en el pecho.

—¿Laney Boyd? —Apartó los ojos de los de ella para mirar alrededor de la tierra, no es que pudiera decir algo con las pilas y pilas de nieve.

—¿Es este el Rancho Echo Ridge? —preguntó. No se había dado cuenta de que la propiedad del albergue lindaba con el rancho donde había pasado tiempo como adolescente. Y sin volver a mirar a Laney, sabía que encontraría un par de ojos verde claro. Ojos que cobraban vida cuando ella estaba sobre un caballo. Ojos que siempre lo habían llamado. Ojos que veían más de lo que él nunca había querido que viera. Hermosos ojos verde claro que quería volver a experimentar.

Cuando la miró de nuevo, su sonrisa había llenado todo su rostro.

—Ahora soy Laney McAllister —dijo, destrozando todas las esperanzas que él tenía de reavivar una vieja amistad y tal vez convertirla en algo más.

Lo cual es estúpido, se dijo mientras reía y caminaba por la nieve para darle un abrazo de saludo. *Acabas de sufrir una decepción amorosa. No hace falta que lo hagas de nuevo.*

2

LANEY MCALLISTER SACUDIÓ la cabeza mientras reía, un sonido más incrédulo que feliz. No podía creer que Graham Whittaker hubiera regresado a Cañón Coral. Simplemente no podía creerlo. El hombre era el doble de ancho de lo que había sido a los dieciocho años, su voz el doble de profunda, su carisma el doble de fuerte.

Su corazón saltó, se agitó y rebotó mientras él la atraía contra su pecho y decía:

—Qué bueno verte de nuevo.

La soltó rápidamente, y ella dio un paso extra de distancia entre ellos, el momento repentinamente incómodo.

—¿Estás dirigiendo el rancho? —preguntó él.

—Desde que papá murió.

Y por supuesto, esa era la razón por la que él también había regresado a casa. Su padre acababa de fallecer, y alguien necesitaba administrar la operación de fracking que había convertido a los Whittaker en una de las familias más adineradas de Wyoming.

El dolor se reflejó en sus ojos, y Laney deseó poder retirar sus palabras. Entendía el dolor de perder a un padre tan joven, y extendió la mano para tocar el antebrazo de Graham. Incluso a través de las capas de su abrigo, una chispa pasó entre ellos.

No era la primera vez que sentía este pulso entre ellos, pero siempre había sido unilateral. Graham había salido con la misma chica durante toda la secundaria, y luego se había ido a la universidad. Había dejado a Emma Darrow aquí para casarse con otro. Había dejado a su familia para estudiar algo relacionado con la informática en el centro tecnológico del país, a unos estados de distancia. Había dejado a Laney, su mejor amiga que siempre lo había animado a hacer lo que lo hiciera feliz.

Ahora, mirando las fuertes líneas de su rostro, ese sombrero de vaquero que lo hacía rudo y sexy, y esos hermosos ojos marrones, podía ver que no era feliz. Tal vez habían pasado dos décadas desde que habían estado realmente en contacto —las redes sociales y una rápida tarjeta de condolencias cuando su padre había muerto no contaban—, pero Laney había conocido a Graham tan bien como se conocía a sí misma. Habían sido mejores amigos durante doce años antes de graduarse y que él se fuera al MIT y ella a una universidad en Cheyenne.

Sus vidas habían tomado caminos divergentes desde entonces, y sin embargo, allí estaba él. Justo frente a ella. Luciendo tan vulnerable, apuesto y poderoso como lo recordaba.

—Lo siento por tu padre —su voz se elevó en el aire, apenas lo suficientemente fuerte para que ella la escuchara entre la nieve silenciadora y el viento susurrante.

Graham asintió, su mandíbula barbada tensándose. *La barba es nueva*, pensó Laney. No era muy larga y las canas que la salpicaban solo le recordaban cuántos años habían pasado desde la

última vez que lo había visto.

—¿Quieres pasar? —preguntó ella, indicando la cabaña—. Hace un frío terrible aquí afuera. —Estaba a punto de dirigirse a los establos para cuidar de sus caballos, pero podían esperar unos minutos más para su desayuno. Y Bailey...

El pensamiento de su hija la golpeó como un puñetazo en el pecho. Luego recordó que Bailey había pasado la noche en casa de su madre y no volvería hasta la tarde.

—Creo que paso —Graham se tocó el sombrero—. No quiero que tu marido se haga una idea equivocada sobre nosotros. —Sus ojos oscuros se clavaron en los de ella, y la verdad burbujeó en su garganta.

—Mi marido vive en algún lugar del Sur —dijo ella—. Y es mi ex. —Cruzó los brazos sobre el pecho, las emociones que acompañaban su divorcio aún muy cerca de la superficie.

La sorpresa cruzó su rostro.

—Lo siento. No lo sabía. —Una sonrisa tocó sus labios y cuando ella dejó caer su mano de su brazo, él la atrapó en la suya. Un apretón. Un asentimiento. Esa sonrisa.

Vaya. Esa sonrisa hacía cosas peligrosas en su estómago.

Él soltó su mano medio segundo antes de que ella fuera a apartarla. No es que no quisiera sostener su mano. Sí quería. Pero no necesitaba su simpatía. No por Mike.

—Han pasado tres años. Nos las estamos arreglando bien. —Tomó un profundo respiro, un gran error considerando las temperaturas subárticas que congelaron el interior de su nariz.

—¿Nos? —Aunque apartó la mirada, de vuelta hacia su cabaña, la curiosidad en su voz llenó el cielo que los rodeaba.

De todos modos se enteraría. Cañón Coral era un pueblo pequeño, incluso si ella y Bailey viviendo en Echo Ridge no eran un chisme nuevo. Y Laney ya no se avergonzaba de nada.

—Mi hija y yo —dijo—. Bailey tiene seis años.

—Oh. —Volvió sus ojos a los de ella—. ¿Dónde está ahora?

—En casa de mi madre. Por eso estaba... —Se interrumpió, la idea de compartir algo personal con Graham era un poco demasiado para esperar en este momento. Había oído que había vuelto para el funeral, por supuesto. No tenía idea de que planeaba quedarse.

Y aunque se habían conocido bien en la secundaria, eso era, bueno, la secundaria. Él tenía treinta y nueve años ahora, y ella cumpliría treinta y nueve en marzo.

—¿Vienes aquí a menudo cuando Bailey no está? —preguntó él.

—A veces —dijo ella—. Es agradable escapar. —Y rara vez tenía la oportunidad de hacerlo. Bailey tenía muchas tareas, y las hacía la mayoría sin quejarse. Pero aún tenía solo seis años y necesitaba atención constante, al igual que sus cuatro perros, dos gatos y trece caballos.

—Sé a qué te refieres. —Graham miró hacia arriba a través de las ramas desnudas de los árboles junto a la cabaña y luego le dirigió una sonrisa que parecía demasiado tensa en los bordes —. ¿Quieres que te acompañe de vuelta a tu casa?

—Oh, estoy bien. —Rechazó su oferta con un gesto, arrepintiéndose tan pronto como su mano volvió a su lado.

—¿Puedo conseguir tu número? —preguntó él.

Sus miradas se cruzaron, y el corazón de Laney hizo un extraño revoloteo en su pecho.

—He estado viviendo en la ciudad por un tiempo —dijo él con una risa—. Me alegra saber que estás tan cerca. ¿Te importaría si te llamara de vez en cuando si necesito ayuda?

Ella no podía imaginar ni una sola cosa que el alto, moreno, guapo y rico Graham no pudiera resolver por sí mismo, pero sacó su teléfono y dijo:

—¿Cuál es tu número?

Él se lo dictó y ella le envió tres emoticonos sonrientes.

—Ahora tienes mi número —sonrió mientras el teléfono de él sonaba y lo sacaba del bolsillo trasero. Solo verlo tocar y deslizar con esa pequeña sonrisa en su rostro hizo que su sangre se calentara.

—Bueno, tengo que ir a trabajar —dijo ella—. Mis caballos no pueden alimentarse solos.

—Sería agradable si pudieran, ¿verdad? —Se rió, un sonido delicioso para todos sus sentidos.

—¿Cuántos caballos tienes? —preguntó ella, dando un paso hacia el camino que conducía de vuelta al epicentro del rancho.

—Solo tres —dijo él—. ¿Y tú?

—Trece —Llegaron al camino frente a la cabaña, con Clearwater pisándoles los talones. Ella señaló hacia el sur—. Tu lugar está justo allí y alrededor de la curva —Se volvió hacia el noreste —. Yo estoy por este camino.

Él dejó que su mirada se demorara en el camino hacia Echo Ridge y luego dijo:

—Me alegro de verte de nuevo, Laney —antes de girar hacia el sur y caminar por el camino. Ella lo observó durante demasiado tiempo, pero sus largas piernas enfundadas en jeans con esos anchos hombros vestidos de cuero negro... se había convertido en el hombre más hermoso que jamás había conocido.

Y ya era guapo de adolescente. Casi no parecía justo.

Suspirando, se dio la vuelta y se recordó a sí misma que ya tenía suficiente que hacer, docenas de tareas para mantenerse ocupada. No necesitaba agregar un hombre a la lista. Oh, no señor. No lo necesitaba.

HABÍAN PASADO EXACTAMENTE treinta horas cuando el nombre de Graham iluminó la pantalla de su teléfono. Dio vuelta a las dos hamburguesas que estaba friendo para el almuerzo antes de deslizar para abrir la llamada. Miró a Bailey, sentada en la barra de la cocina con un libro para colorear frente a ella mientras decía:

—Hola.

—Hola —Graham sonaba como si tuviera una sonrisa en su rostro—. Me pregunto qué sabes sobre la dermatitis en caballos.

Laney puso una rebanada de queso en cada hamburguesa.

—¿Qué te hace pensar que tus caballos tienen dermatitis?

—Lo busqué en mi teléfono.

—¿Qué dice que hay que hacer?

—No tengo idea. No hay tratamiento. Tampoco sé cómo sucedió. ¿Puedes venir a echar un vistazo a los caballos? —Habló en un tono que realmente no le permitía decir que no. Ella se preguntó si alguien alguna vez le decía que no, y qué haría él si lo hicieran.

Como si Laney no tuviera suficiente que hacer. Pero dijo:

—Claro —de todos modos, y agregó—: Tengo que irme —Colgó antes de poder revelar demasiado de sus sentimientos irracionales y confusos. Ya la habían mantenido despierta demasiado tiempo anoche, y no podía darles más tiempo en escena en su mente durante el día también.

—Aquí tienes, Bay —dijo, sacando las hamburguesas de la sartén—. Es hora de almorzar.

Guarda eso.

La niña de cabello rubio fresa comenzó a guardar sus crayones en la caja.

—¿Hay aguacates?

—Hoy no —Laney sonrió a su hija y añadió—: Pero tengo tomates y lechuga, y las hamburguesas tienen queso —Puso un pan en el plato de Bailey—. Prepárala como te guste.

Laney sacó una bolsa de papas fritas que habían comido parcialmente la semana pasada y también las puso en la barra. Habían ido al pueblo para la iglesia esa mañana, pero no había visto a Graham. Su madre estaba allí, al igual que Beau, pero Graham no se sentó con ellos. Tampoco había visto huellas de neumáticos que salieran de la casa, y se preguntó si se quedaría encerrado en Whiskey Mountain Lodge para trabajar, o si se haría cargo de la oficina de su padre en el pequeño edificio donde operaba Springside Energy.

Por qué Graham Whittaker ocupaba tanto de su capacidad mental era un misterio para ella. Frustrante, también. Así que lo desterró mientras ponía mostaza, mayonesa y kétchup en su pan, agregó lechuga y tomate y le dio un mordisco a su hamburguesa.

—Vendrás conmigo al granero —le recordó a Bailey mientras terminaban su almuerzo—. Tienes que revisar a los gatos, ¿recuerdas? Y a los perros de afuera. Y asegurarte de que todas las gallinas tengan suficiente comida y agua.

—Está bien —Bailey solo comió unos pocos bocados de su hamburguesa pero muchas papas fritas. Laney probablemente debería haber discutido con ella sobre eso, pero no tenía la energía hoy.

Pensó en Mike, en dónde podría estar y qué podría estar haciendo. No importaba lo que fuera, no estaba lidiando con las cuentas de un rancho que ganaba marginalmente más de lo que necesitaba para funcionar, o con las necesidades dietéticas de su hija.

—Escuela el lunes —agregó, como si Bailey lo hubiera olvidado desde la última vez que Laney se lo había dicho—. De vuelta a la vida real.

—Me gusta las vacaciones de Navidad —dijo Bailey, con el ceño fruncido.

—A mí también —Le revolvió el cabello a Bailey y puso su plato en el fregadero—. Prepárate. Hace frío afuera —Se acercó a la puerta trasera y se puso sus propias botas, luego su abrigo, gorro y bufanda—. Voy a revisar el ganado hoy. Quédate en el granero cuando termines con tus tareas, ¿de acuerdo?

Bailey estuvo de acuerdo, y Laney la ayudó con su abrigo y bufanda, asegurándose de que su hija no se congelara cuando salieran.

Se puso los guantes al final y salieron al clima invernal. La nieve se había detenido, y el cielo estaba azul y despejado. Pero el sol brillando sobre el paisaje solo hacía que las cosas fueran brillantes, no cálidas. De hecho, hacía aún más frío ahora que la capa de nubes se había movido.

Su aliento formaba vapor frente a ellas mientras hacían el recorrido por el jardín trasero y entraban en los graneros y establos.

—Gatos —le recordó Laney a Bailey—. Perros. Gallinas.

—Gatos, perros, gallinas —recitó Bailey, y se puso a trabajar con los dos gatos a los que ella misma había nombrado. Laney la observó alimentar a KC, abreviatura de Kitty Cat, y a Meow, los dos gatos callejeros que Bailey había mantenido en su habitación hasta que Laney los había olido.

Con todo lo demás que habían perdido, no podía hacer que Bailey se deshiciera de ellos, así que habían llegado a un compromiso. Podían ser gatos de granero, cazando ratones y corriendo por el rancho. Pero simplemente no podían quedarse en la casa.

Laney solo dejó entrar a dos de los perros, y echó un vistazo a los canes de exterior —

Georgia y Savannah— mientras se dirigía hacia la parte trasera del granero. Amaba su vida en el rancho, realmente lo hacía. Pero algunos días, especialmente en pleno invierno, se preguntaba cómo sería tener un marido que saliera al frío y se ocupara de las tareas mientras ella se quedaba dentro bebiendo té y horneando galletas.

No es que ella fuera el tipo de mujer que bebe té y hornea galletas. Pero conocía a algunas mujeres que lo eran, y nunca se sintió que encajara con ellas. Eso, combinado con vivir tan lejos del pueblo, significaba que la mayoría de sus conversaciones ocurrían con Bailey o con alguna vaca. Su mirada vagó hacia el sur tan pronto como salió, pero no pudo ver ni un atisbo del albergue desde su propiedad.

Estaba ubicado colina arriba, pero luego en una hondonada, y la única vez que sabía que estaba allí era cuando pasaba en coche para ir al pueblo. Aun así, ahora que sabía que Graham vivía allí, de alguna manera podía sentir su presencia.

Se ocupó de alimentar a los caballos, incluso cuando sentía que sus manos podrían caerse y estaban de un rojo brillante. Para cuando revisó todos los comederos del ganado y se ocupó del hielo, los bloques de sal y el muguet que había aparecido en algunas de sus vacas, la luz del día había comenzado a desvanecerse.

Cada hueso del cuerpo de Laney quería volver a la casa y acurrucarse en una manta con Bailey, con chocolate caliente calentándola por dentro mientras una película se reproducía a bajo volumen frente a ellas.

Encontró a Bailey en el granero, acurrucada con los dos perros y la tableta que Laney le dejaba usar después de hacer sus tareas.

—Vamos, Bay. Por fin he terminado.

La niña la miró y se puso de pie lentamente.

—¿Sabías que los brazos de los orangutanes se estiran más que sus cuerpos? —Extendió los brazos como si fuera un avión—. Los humanos no hacen eso.

—No lo sabía —dijo Laney, sonriendo al suelo mientras se abrían paso de vuelta a la casa. Una vez dentro, metió una pizza en el horno y se cambió la ropa fría y mojada.

—¿Chocolate caliente? —le preguntó a su hija, que también se había cambiado y ahora estaba alimentando a los perros de interior.

—Sí, claro —Bailey se acercó al sofá y se sentó mientras Laney daba vueltas por la cocina para sacar las tazas, la leche y el polvo. Con la primera taza girando en el microondas, recordó a Graham y su petición de ir a ayudar con sus caballos.

Un gemido salió de su garganta. Podría fácilmente enviarle un mensaje de texto y decirle que no podía ir. Pero una parte de ella quería ayudarlo. La parte que encontraba gracioso que él pensara que podía simplemente aparecer en el campo de Wyoming y dirigir un albergue y establos cuando no había vuelto a Cañón Coral para mucho más que cenas navideñas en las últimas dos décadas.

Al final, terminó el chocolate caliente y sacó la pizza del horno cuando sonó el temporizador. Bailey había encendido la televisión, y Laney le dio un beso rápido en la frente a su hija.

—Tengo que ir a ayudar a alguien por unos minutos —dijo—. ¿Estarás bien aquí?

Bailey tomó un sorbo de su chocolate caliente mientras la culpa invadía fuertemente a Laney. Aunque Bailey solo tenía seis años, podía estar sola durante media hora.

—Cerraré las puertas con llave, y tienes a Clearwater y Barry aquí —dijo—. Y el teléfono que te dio la abuela. Llámame si me necesitas. Solo estaré un poco más arriba en el camino.

Bailey asintió y volvió a mirar la televisión. Laney se puso las botas de nuevo, aunque sus pies protestaron ante la indicación de que volverían al trabajo.

Es por Graham Whittaker, pensó, esperando que sus viejos pies captaran el mensaje y simplemente hicieran el trabajo.

casi un año después

GRAHAM SE DESPERTÓ ANTES del amanecer, como de costumbre. Se quedó en la cama unos minutos, porque probablemente serían los únicos momentos de paz y tranquilidad que tendría ese día. La mayoría de los días, en realidad. Dirigir Springside Energy era un trabajo de siete días a la semana que intentaba comprimir en seis para poder asistir a la iglesia.

Administrar Whiskey Mountain Lodge era igual de ajetreado, con los caballos, las tierras y todo lo demás. Así que había contratado a tres mujeres como personal para el albergue. Annie solo venía a limpiar unas pocas veces a la semana, ya que el setenta por ciento de la casa aún no se utilizaba. Bree se había encargado del césped, los jardines, la piscina y los árboles durante el verano y hasta el otoño. Ahora que el invierno volvía a respirarles en la nuca, le había preguntado sobre la posibilidad de hacer algo de decoración interior en la casa.

Graham había echado un vistazo al vestíbulo, notando finalmente que, aunque todo estaba libre de polvo gracias a los esfuerzos de Annie, no había nada personal en la habitación. Ni fotos. Ni arreglos florales. Ni objetos personales de sus viajes, sus gustos, nada.

Cada habitación de la casa se sentía así, como si no tuviera personalidad. Como si el fantasma de un hombre viviera allí.

Graham había asentido, lo que había provocado una brillante sonrisa en el rostro de Bree. Así que, durante las últimas tres semanas, ella había estado trayendo decoración festiva. Para el Día de Acción de Gracias, todo el lugar había estado repleto de pavos, letreros de bienvenida, una corona de hojas otoñales y mucho más.

Acababa de preguntarle sobre el arte, qué le gustaba, cuál era su presupuesto y si cada habitación debería tener un tema. Él le había dado todo el dinero que necesitara y le había pedido que simplemente hiciera que la casa pareciera que alguien se preocupaba por ella.

A Graham sí le importaba el albergue, realmente. Vivía en un gran dormitorio al final del pasillo que daba a la cocina, con una enorme oficina entre ambos. Esas tres habitaciones al menos parecían habitadas, y ocupaban casi todo el piso principal. Usaba el baño, donde dormía Bear, pero hacía tiempo que no subía por la escalera de caracol a las habitaciones de arriba, ni bajaba al sótano, donde había más habitaciones, una sala de juegos y un cine.

Balanceó las piernas por el borde de la cama y se estiró, mientras el aroma del pan recién horneado llegaba a su nariz. Obviamente, su última incorporación a Whiskey Mountain Lodge había llegado y había estado ocupada en la cocina.

Celia Armstrong era brillante con los sabores y podía preparar cualquier cosa que Graham le pidiera. Él no le hacía muchas exigencias, aparte de "algo que no pueda conseguir en algún lugar del pueblo".

Después de todo, Cañón Coral era un lugar pequeño, y ya había probado todos los restaurantes dos veces antes de que llegara mayo. Fue entonces cuando contrató a Celia, luego a Bree y finalmente a Annie, cuando la carga de trabajo en Springside amenazaba con aplastarlo.

Se tomó un momento para extrañar su vida en Seattle. Había vivido allí durante catorce años y no había comido en todos los restaurantes que quería, y mucho menos en todos los de la ciudad. Después de once meses de ausencia, podía pensar en esa vida sin enojo.

Gracias por eso, rezó, agradecido de que el tiempo pareciera curar algunas heridas. Incluso podía pensar en Erica y en todo lo que había hecho sin que le palpitara el pulso en el cuello, y eso le había llevado mucho más tiempo conseguirlo.

Se pasó las manos por el pelo y se levantó para ducharse. Después de todo, tenía tareas que hacer en los establos antes de ponerse a trabajar en asuntos energéticos. A lo largo de los meses, había aprendido mucho sobre caballos, agricultura y ganadería.

Cuando había algo que no sabía, llamaba a Laney. Ella venía a ayudarlo, a veces trayendo a su hija y otras veces viniendo sola. Y en un mundo donde Graham había renunciado a su trabajo corporativo, sus amigos y toda su vida, era agradable tener a alguien que acudiera cuando la llamaba.

De hecho, Laney McAllister era definitivamente una de sus únicas amigas en Wyoming. Su hermano y su madre vivían en el pueblo, pero a Graham honestamente le resultaba difícil bajar a verlos más de una vez al mes.

Disfrutaba estando ocupado, porque evitaba que tuviera demasiado tiempo para pensar, como lo estaba haciendo ahora. Así que apartó de su mente su solitaria existencia y se preparó para el día.

Cuando llegó a la cocina, sonrió ante el despliegue de pan caliente y mermelada casera de fresa. —Celia —Se rió mientras ella se giraba desde la estufa—. Eres un regalo del cielo.

Ella le sonrió, las arrugas alrededor de sus ojos eran una vista reconfortante. Su risa como un bálsamo para su alma cansada. La mujer mayor le recordaba tanto a su madre, y contratarla había sido la mejor decisión que había tomado desde que llegó a Cañón Coral.

—Es solo pan, Graham.

—Y huevos —señaló la sartén detrás de ella. Ella volvió a su tarea de revolver, y Graham cortó el extremo de una hogaza de pan y lo untó con mantequilla y mermelada. Un gemido se escapó de su garganta ante la calidez, el sabor a levadura del pan, la mermelada azucarada.

—Un regalo del cielo —repitió con la boca llena de comida, y Celia negó con la cabeza. Unos momentos después, deslizó los huevos de la sartén a un plato y se los presentó.

—Estoy preparando esas albóndigas agridulces que tanto te gustan —dijo—. Así que durarán hasta que vuelva. Y he puesto tres de esas pizzas de masa creciente que te encantan en el congelador. Y Bree vendrá a hacer las decoraciones navideñas este fin de semana, y como voy a visitar a mi hermana... —Levantó las cejas como para preguntar si Graham recordaba que ella estaría fuera.

No lo había recordado, pero asintió de todos modos.

—Como voy a visitar a mi hermana, Bree ha accedido a traer el próximo lote de comida.

—Puedo ir al pueblo —dijo Graham—. Creo que puedo soportar volver a Towers otra vez.

Celia se rió y le dio un golpecito en el brazo. —No harás tal cosa. Nadie debería comer una docena de aros de cebolla del tamaño de su cabeza.

Graham sonrió, tomó un par de bocados de huevos revueltos solo para complacerla y dijo: —Tengo que ir al establo. Gracias por el desayuno, Celia.

Ella le sonrió como si fuera su hijo y le dijo: —Trabajas demasiado.

—Cuando hay trabajo que hacer —respondió él, su respuesta habitual. Y siempre había trabajo que hacer. Salió al exterior, donde la temperatura era unos diez grados más baja que el día anterior. Ahora que había llegado diciembre, le habían advertido a Graham que esperara nieve todos los días hasta Navidad.

El aroma a nieve flotaba en el aire, y las cimas de las Tetons ya estaban espolvoreadas con el manto blanco. Nubes grises se cernían amenazadoras, y Graham se caló el sombrero más abajo y se inclinó contra el viento mientras se dirigía al establo.

La escarcha lo cubría todo, y la visión hizo que la ira se deslizara por el torrente sanguíneo de Graham. Pero él había elegido esto, y ya no podía enfadarse por ello. Ya no.

Todavía tenía los tres caballos que habían venido con el albergue: Bolt, Clover y Goldie. De los tres, el que más le gustaba era el capón, y Bolt era siempre el primero en saludarlo, como de costumbre. Los otros dos caballos se estaban acostumbrando lentamente a él, y Graham había leído que los caballos podían ser animales muy leales. Obviamente habían querido mucho a su dueño anterior, y no importaba cuántas manzanas les llevara, Clover y Goldie seguían mirándolo con desdén antes de acercarse a comer.

Al menos los había mantenido vivos durante casi un año. Eso en sí mismo era un gran logro en la vida al que Graham nunca había aspirado. Sonó su teléfono y el nombre de Sam Buttars apareció en la pantalla.

Su único otro amigo, y una sonrisa tiró de las comisuras de la boca de Graham. —Hola, Sam —dijo después de contestar la llamada.

—Graham, ¿cómo estás?

—Estoy bien —dijo, sintiéndose muy vaquero. Se había encontrado con Sam después de descubrir que tenían un amigo en común en Tucker Jenkins. Tucker en realidad había comprado la granja de caballos en Vermont donde Sam y sus hermanos habían trabajado durante unos años. Ben, el más joven, todavía estaba allí, pero los otros tres hermanos se habían mudado.

Sam vivía en la granja de su padre con su esposa Bonnie y sus dos hijos. Habían invitado a Graham varias veces durante el último año, y siempre lo había pasado bien.

—Bonnie quería que vinieras a cenar este fin de semana. ¿Puedes?

Graham no tenía su agenda delante, pero no importaba. Podía pasar ochenta horas a la semana siendo CEO, y otras veinte con los caballos y los edificios. Ahora que el tiempo estaba empeorando, no habría casi nada que hacer en el rancho aparte de mantener vivos a los caballos.

—Definitivamente —dijo. Bonnie era una excelente cocinera, y se le hizo la boca agua al pensar en su sopa de papa y tocino.

—¿Quieres traer a alguien? —preguntó Sam, con la voz un poco demasiado aguda.

—¿Qué? —La palabra explotó de la boca de Graham.

—Bonnie me obligó a preguntar —susurró Sam al teléfono—. Dice que no es bueno para ti estar encerrado en ese albergue todo solo todo el tiempo.

—No estoy solo —dijo, alcanzando el rastrillo—. Celia viene dos veces por semana. Annie también. Y Bree viene este fin de semana para preparar el lugar para las fiestas. —Y toda su familia se había comprometido a venir a Whiskey Mountain para Navidad también. Aunque todavía faltaban tres semanas, una alegría danzó en el pecho de Graham al pensar en tener a todos sus hermanos y a su madre juntos durante unos días.

No habían podido reunirse la Navidad pasada, y su padre había muerto solo cinco días después. Así que cuando ofreció el albergue este año, todos dijeron que sí, y Graham ya había hablado con Annie, Celia y Bree sobre ayudarlo a preparar todo para la celebración.

Sam suspiró. —Lo sé —dijo—. Bonnie se preocupa por ti.

—Dile a Bonnie que estoy perfectamente bien.

—¡Trae a alguien si quieres! —Su voz llegó a través de la línea como si estuviera de pie en la cocina que Sam había remodelado para ella mientras él estaba sentado a la mesa. Sam se rio, pero Graham no.

No necesitaba estar pensando en citas. No ahora. No tenía tiempo para darle a alguien, en primer lugar. Y en segundo lugar, había dejado la mayor parte de su corazón en Seattle. ¿Cómo era justo darle un trozo de sí mismo a alguien y esperar que fuera suficiente?

—Mañana por la noche —dijo Sam—. A las seis en punto.

Graham confirmó, colgó y sacudió la cabeza. —Quieren que traiga a alguien —le dijo a Bolt con un resoplido—. Es ridículo, ¿verdad?

El caballo no respondió, pero levantó la cabeza por encima de la cerca y empujó el hombro de Graham. Al principio, los animales grandes le habían dado un poco de miedo. Pero ahora los encontraba gentiles y atentos.

—Tienes suerte —le dijo a Bolt—. Tienes dos damas justo aquí, encerradas contigo para que no puedan escapar. —Frotó una palma por la crin del caballo—. Y siempre sabes dónde están, así que no pueden engañarte.

Su garganta se cerró, y tragó los amargos recuerdos. Ni siquiera estaba seguro de poder confiar en otra mujer, y pensaba que le iba bastante bien como soltero vaquero.

¿No era así?

LA NOCHE SIGUIENTE, llegó a la casa de campo de Sam diez minutos antes. Después de todo, era sábado, y no se podía esperar que trabajara doce horas en fin de semana. Pero lo había hecho, y aun así tuvo tiempo de ducharse y conducir por los sinuosos caminos desde el albergue hasta el pueblo.

Sam y Bonnie vivían en el lado este, y Graham disfrutó de un viaje por el carril de los recuerdos mientras conducía de un lado al otro del pueblo. Sam y sus hermanos también habían crecido aquí, pero Sam estaba entre Eli y Beau, los dos hermanos menores de Graham. Graham se había ido de Cañón Coral antes de que Sam entrara en la secundaria.

Bonnie abrió la puerta principal y le hizo un gesto para que entrara. Graham agachó la cabeza y salió del enorme y voluminoso SUV que conducía. —Hola, Bonnie —la llamó.

—Usa la puerta lateral. —Se apresuró a cerrar la puerta, y Graham no la culpó. Hacía un frío glacial esa noche, y no podía ver una sola estrella mientras caminaba hacia las escaleras que conducían a la entrada en el lateral de la casa.

Así que definitivamente nevaría esta noche, y Graham sintió que una pequeña parte de él moría. Nunca pensó que echaría de menos Seattle y toda la lluvia, pero la nieve era definitivamente peor.

Dentro de la casa, la atmósfera era alegre, con una luz amarilla brillante y el aroma de carne asada mezclado con talco de bebé.

Sam tenía un niño en cada brazo. Su hija, Jackie, acababa de cumplir tres años, y chilló cuando vio a Graham. Él la tomó de Sam y sacó la bolsa de chocolate que lo hacía tan popular con la niña.

—Solo hay quince —le dijo a Bonnie cuando ella chasqueó la lengua. Jackie ya tenía el primer chocolate recubierto de azúcar en su mano, uno azul.

—Azul —dijo antes de metérselo en la boca.

Graham le sonrió y la puso de pie.

—En la sala no, Jackie —dijo Bonnie mientras revolvía algo en la estufa—. Cómelos en la mesa.

Sam sonrió y le estrechó la mano a Graham, haciendo que el bebé de seis meses en su cadera rebotara con el movimiento. CJ balbuceaba y se babeaba los dedos, y Graham le dirigió una sonrisa fugaz. Nunca se había considerado apto para la paternidad, así que ver a Sam en ese papel con tanta naturalidad era un misterio para él.

—Huele bien —le dijo a Bonnie mientras se quitaba el sombrero vaquero y lo dejaba en la encimera del fondo.

—Tacos de carne —respondió ella—. Compramos una vaca a tu vecina.

—¿Laney?

—Sí, Laney. —Bonnie apagó la estufa y declaró que estaba listo para comer. Entonces comenzó una ráfaga de actividad, desde dar las gracias hasta llenar platos para manos pequeñas. Para cuando todos se sentaron a la mesa con tortillas de harina, largas tiras de carne marinada y todos los ingredientes para tacos, habían pasado varios minutos.

Sin embargo, Bonnie dijo:

—Está soltera, ¿sabes? —como si no hubiera pasado el tiempo.

—¿Quién? —preguntó Graham.

—Laney. —Bonnie puso los ojos en blanco—. Y más o menos de tu edad.

Graham le dio un gran mordisco a su taco, sin estar seguro de adónde quería llegar Bonnie con la conversación. Intercambió una mirada con Sam, quien no fue de ninguna ayuda.

—Conozco a Laney —dijo Graham después de tragar—. Crecimos juntos. Somos buenos amigos.

Las cejas de Bonnie se alzaron.

—¿Quieres decir que tienes otros amigos además de nosotros? —Sus ojos color avellana brillaban de alegría.

Graham sonrió y negó con la cabeza.

—He necesitado ayuda con las tareas del establo de vez en cuando. Laney viene cuando la llamo.

—¿Como una sirvienta? —La mano de Bonnie se detuvo con un taco a medio camino de su boca.

—No —dijo rápidamente, aunque Laney sí venía cada vez que la llamaba. Tal vez no de inmediato, pero siempre lo hacía. A veces parecía absolutamente agotada, pero aun así estaba allí. De repente tuvo la idea de invitarla para Navidad. A ella y a su madre, que aún vivía en el pueblo. Pero se guardó la idea para sí mismo, seguro de que Bonnie los tendría comprometidos y con la boda planeada si decía algo.

—Bueno, es hermosa —dijo Bonnie—. Y no ha salido con nadie en años. —Sus indirectas eran poco sutiles, y Graham asintió y sonrió como si estuviera de acuerdo en que iría directamente a casa a invitar a Laney a cenar.

Sam, afortunadamente, cambió el tema a otra cosa, pero Graham no pudo dejar de pensar en la idea no solo de invitar a Laney a venir a la cabaña para Navidad, sino también de salir con ella.

3

LANEY NO ESTABA segura de poder sobrevivir otro invierno sola. El año pasado casi la había matado, y la nieve no se había derretido hasta bien entrado mayo.

Necesito ayuda, rezó. *Y alguien barato.* El rancho producía lo suficiente para funcionar, más un poco más. Apenas lo suficiente para mantener a ella y a Bailey con ropa nueva, mantener la casa caliente y poner gasolina en la camioneta y otros vehículos del rancho.

No quiero vender un caballo, continuó su oración. *Por favor, ayúdame a encontrar una solución a este problema.*

El trabajo alrededor del rancho en la nieve la retrasaba, y no tenía tiempo que perder. Pero sabía que no podía seguir al ritmo que llevaba. Había cumplido cuarenta años en marzo pasado, y su cuerpo comenzaba a hacérselo sentir todos los días de su vida.

Aun así, se abrigó y dejó a Bailey en el sofá con los perros pastores para salir y hacer la alimentación de la mañana.

La invitación de Graham para pasar la Navidad en el albergue estaba en su buzón de voz, y la marcó solo para escuchar su voz de nuevo. Es cierto que el hombre la había molestado estos últimos once meses, siempre llamando y exigiendo que fuera a ayudarlo con algún problema en su propiedad.

O tal vez ella había visto sus peticiones como exigencias. Una o dos veces, él se había comportado como una bestia cuando ella se había presentado, pero ella lo había ayudado, había jurado ignorarlo la próxima vez, y luego respondía a sus llamadas de todos modos.

El ciclo no tenía sentido. Tampoco su perpetua atracción por él. Razonaba que cualquiera con dos cromosomas X se sentiría atraída por Graham Whittaker. De hecho, había escuchado su nombre en los chismes del pueblo más de una vez.

Pero, hasta donde ella sabía, nunca había salido con nadie. De hecho, casi nunca salía del albergue. Había contratado personal para que lo ayudara, y aunque Springside Energy a veces aparecía en los titulares, él los había mantenido fuera de la primera página de Internet durante casi un año.

—Hola, Laney —recitó su buzón de voz—. Soy Graham. —Una risa, que sonaba algo nerviosa—. Por supuesto que soy Graham. Tu teléfono te lo dirá. —Se aclaró la garganta, otra señal de ansiedad—. Solo me preguntaba cuáles son tus planes para las fiestas. Mis hermanos vienen todos a la ciudad y vamos a tener una gran celebración en el albergue. Me encantaría que tú y Bailey estuvieran allí con nosotros. Tu madre también.

Su corazón se calentaba cada vez que escuchaba el mensaje, y no se permitía admitir con qué frecuencia lo hacía.

—Hazme saber. —El mensaje terminó, y Laney terminó la llamada al buzón de voz, metió el

teléfono en el bolsillo trasero y se puso a trabajar. Aún no le había respondido a Graham, y ya había pasado casi una semana. ¿Todavía la recibiría? ¿No necesitaría planificar la comida, las actividades?

—Probablemente no —le dijo a Acorn, el caballo en el primer establo—. Tiene gente que le trae las compras y le cocina. ¿Qué son dos más? ¿O tres? —añadió, pensando en su madre. No habían discutido ningún plan para Navidad, aunque Laney sabía que podía presentarse en casa de su madre sin avisar y una hora después, habría un festín en la mesa.

Recorrió la pared oeste del establo, alimentando a los caballos, revisando sus mantas para asegurarse de que se ajustaran correctamente y no tuvieran llagas, y limpiando los establos que no se habían hecho recientemente.

Al final de la fila, sacó su teléfono y llamó a su madre.

—Laney. —Su madre siempre infundía una medida de sorpresa en su voz cuando contestaba el teléfono.

—Hola, mamá. —Laney se tomó un momento para apoyarse contra la pared, dando un poco de alivio a sus piernas. Le dolía la muñeca por el esguince que se había hecho durante el verano, tratando de levantar una paca de heno que simplemente era demasiado pesada para ella—. Me pregunto qué quieres hacer para Navidad. Graham Whittaker nos ha invitado a ir al albergue y pasarla con su familia.

—Oh, eso suena encantador —dijo su madre. Sonaba cansada, y el hecho de que hubiera aceptado tan fácilmente lo demostraba.

—¿Entonces le digo que sí? —No estaba segura de por qué había convertido la afirmación en una pregunta, solo que necesitaba un apoyo extra para aceptar la invitación.

—Creo que suena bien ser solo invitadas por un año —dijo su madre—. ¿No te parece?

La idea de no tener que decorar, cocinar, limpiar, nada, sonaba como el cielo. Tal vez era una intervención divina. Tal vez la ayuda por la que había estado rezando. Y ella no era quién para decirle al Señor cómo debía hacer las cosas.

—Está bien —dijo—. Le haré saber que estaremos allí. —Después de unas cuantas cortesías más, Laney colgó y enderezó los hombros. Tenía una llamada telefónica que hacer, y no iba a ser fácil.

EL CLIMA EMPEORÓ a medida que pasaban los días, y a solo una semana de Navidad, había unos saludables tres pies de nieve en el suelo del rancho. No se presentó ninguna otra solución a los problemas de Laney, y ella continuaba cada día lo mejor que podía.

Eso era todo lo que Dios podía pedirle, ¿no? *Simplemente haz tu mejor esfuerzo.*

El pastor Landy no había dicho exactamente eso, pero ese era el mensaje que ella había sacado de su último sermón. Había visto a Graham en la iglesia ocasionalmente, pero él nunca la reconocía ni se sentaba a su lado.

No estaba segura de por qué el desaire le molestaba. Solo que lo hacía.

La fiesta en el albergue era en solo tres días, y estaba ansiosa por ver el interior ahora que lo habían remodelado. No estaba segura si él sabía que un incendio había destruido la mayor parte de la planta baja y la mitad de las habitaciones en el segundo piso, pero ella sí lo sabía. Los vehículos de construcción que entraban y salían de ese lugar habían perturbado a su caballo favorito, Starlight, durante meses mientras lo renovaban.

Cuando salió de la ducha, el agua caliente no había hecho mucho por el dolor en su hombro. —Definitivamente va a nevar hoy —gimió mientras rotaba el brazo, tratando de aflojar aún más la rigidez allí.

Cuanto más trabajaba, más fuerte nevaba, hasta que finalmente la obligó a regresar a la casa a media tarde. El cielo estaba tan oscuro como si fuera de noche, y se sacudió los pesados copos de nieve del sombrero y el abrigo antes de entrar en la casa.

—Uf —sopló, aliviada de que la calefacción en la granja aún funcionara tan bien. Le habían dicho hace años que el horno necesitaría ser reemplazado en los próximos tres a cinco años, pero ya habían pasado casi ocho, y el aparato seguía funcionando.

Una bendición, pensó mientras llamaba: —¿Bay? ¿Dónde estás? —La niña había terminado la escuela por las vacaciones hace dos días y generalmente no tenía problemas para entretenerse. Pasaba la mayor parte de su tiempo libre en el sofá con los perros, viendo una película o escuchando música mientras coloreaba.

Pero mientras Laney se inclinaba para desatar sus botas, no podía ver ningún ser vivo, canino o humano. Seguía sin respuesta. Laney se apresuró a terminar de desvestirse, finalmente quitándose toda la ropa pesada y empapada. Normalmente la colgaría toda para que se secara, pero la dejó en un montón mientras iba a buscar a Bailey.

Encontró a su hija dormida en la cama, con ambos perros acurrucados a su alrededor, uno a cada lado. Clearwater, el mayor de los perros azules, levantó la mirada con una expresión somnolienta en su rostro. Barry solo la miró sin mover la cabeza, haciendo que su cara pareciera triste, como diciendo *tuvimos que saltar a la cama. La niña humana estaba aquí y no queríamos que estuviera sola*.

—Vamos —chasqueó los dedos y ambos perros se acercaron a ella. Bailey no se movió, y Laney decidió dejarla dormir. Con los perros en el pasillo, cerró suavemente la puerta y fue a buscar algo para poner en el horno para la cena.

Con una bandeja de salchichas rebozadas y papas fritas congeladas en un horno ardiente, se había desplomado en el sofá y tomado dos respiraciones cuando se fue la luz.

—No —gimió y se levantó de nuevo del sofá. Esto no podía estar pasando. Sin electricidad, no podían calentar la casa. Y se pondría terriblemente frío aquí, ya que no había tenido el dinero para reemplazar las ventanas con corrientes de aire como le habían aconsejado.

Revisó la caja de fusibles en el sótano, pero todas las conexiones parecían estar bien. Su estómago gruñó por falta de comida, y Laney recordó que se había saltado el almuerzo en un esfuerzo por terminar las tareas del rancho en medio de la tormenta arremolinada.

Y ahora ese viento y nieve habían cortado su electricidad.

Se apresuró a subir las escaleras, porque ya hacía demasiado frío en el sótano. Poniéndose un abrigo, abrió la puerta de Bailey. Odiaba despertar a la niña, pero no podían quedarse aquí. Si pudieran llegar al pueblo, podrían dormir en casa de su madre y venir a hacer las tareas mínimas de alimentación cuando pudieran.

—Bailey —tocó a la angelical niña y los ojos de su hija se abrieron parpadeando—. Cariño, se ha ido la luz y tenemos que irnos —La luz era gris, pero Laney podía ver lo suficiente para empacar una bolsa con lo esencial para un par de noches en casa de su madre. Con una mochila en los hombros de Bailey con su pijama y ropa dentro, y una bolsa en su mano, Laney comenzó a recoger las botas, sombreros, abrigos, bufandas y guantes que necesitaban. Había vivido en el rancho el tiempo suficiente para saber un par de cosas. Una, en una tormenta, siempre sobrealimentar. Lo había hecho hoy, así que sus animales estarían bien si no podía salir mañana. Dos, nunca salir de casa sin tanto equipo como sea posible.

Aunque estarían en el coche, no iba a correr ningún riesgo. Había muchas oportunidades de salirse de la carretera, y los quitanieves no llegarían hasta aquí en días. Su rancho y el albergue eran las únicas fuentes de refugio.

La preocupación le carcomía el estómago, y se preguntó si siquiera podrían llegar al pueblo. —Vamos —les dijo a Bailey y a los perros con una voz falsamente alegre—. Subid al camión — Presionó el abridor automático del garaje y se quedó mirando mientras permanecía inmóvil.

Por supuesto. No había electricidad. Salió y se inclinó para levantar la puerta con sus manos.

Al menos tres pies de nieve habían caído ese día. ¿Cómo no lo había notado? Probablemente porque mantenía la cabeza baja mientras trabajaba, el viento era tan violento que le azotaba la nieve en los ojos si no lo hacía.

Bailey subió al camión como si brillara el sol y fueran a la playa, mientras ambos perros saltaron a la parte trasera, listos para la aventura. Laney no podía moverse. Ni siquiera estaba segura de poder salir de su propio camino de entrada.

No puedo quedarme aquí, pensó. *No puedo salir*.

La desesperación la acechaba ahora, dispersando sus pensamientos. En momentos como estos, odiaba ser la única capaz de tomar una decisión. Necesitaba *ayuda*. Una pareja con quien hablar, para intercambiar ideas, en quien confiar cuando simplemente no tenía nada más que dar. Y Laney estaba operando en vacío ahora, y lo había estado haciendo durante semanas.

—No puedo quedarme aquí —murmuró para sí misma, aunque se preguntó si acurrucarse en una sola habitación sería el menor de dos males. Honestamente no tenía idea de qué debería hacer, pero sabía que no podía quedarse aquí.

Regresó al camión, donde soplaba la calefacción. Su teléfono sonó antes de que pudiera poner el vehículo en reversa.

—Graham —respiró en el teléfono, el alivio recorriéndola. Él ayudaría. Conducía un SUV enorme que bebía gasolina como si fuera gratis. Vendría a buscarlas.

—¿Dónde estás? —preguntó él—. Adentro, espero.

—Estoy parada en mi garaje —dijo ella—. Se ha ido la luz.

—¿En serio? Aquí está encendida.

—Probablemente tenemos líneas diferentes —Y las suyas eran más nuevas, gracias al incendio de hace dos años. Todo había sido reemplazado.

—¿Puedes salir?

Miró la nieve y luego la altura libre de su camión. —Honestamente no lo sé. Bailey está en el camión, pero no estoy segura de que salir sea la mejor idea.

—No puedes quedarte ahí sin calefacción. ¿Tienes chimenea?

—No —dijo ella—. Bueno, sí tengo, pero está en el sótano, y la he cerrado ya que nunca bajamos allí —Se movió hacia el borde del garaje, donde la nieve se encontraba con el cemento.

Él exhaló. —Iré a buscarlas. Pueden quedarse aquí esta noche.

—Oh, eso no es necesario. Yo...

—No puedes llegar al pueblo —dijo él—. Te lo puedo garantizar —Habló con esa voz que ella odiaba, la que mandaba a la gente y esperaba ser obedecida.

—¿Cómo lo sabes? —lo desafió ella.

—Porque mi ama de llaves acaba de intentar irse en su camioneta con tracción en las cuatro ruedas, y se deslizó fuera de la carretera a un cuarto de milla. Ella también se quedará aquí esta noche.

Tal vez más tiempo, pensó Laney. El cielo espumaba nieve, y todo lo que podía ver era gris en todas direcciones mientras la nieve arremolinaba a través de él.

—¿Y crees que puedes bajar hasta aquí y volver a tu casa?

—Tendré que intentarlo. —Se escuchó un forcejeo en su lado de la línea, y dijo—: Voy en camino. Aguanta.

La llamada terminó, y Laney no tuvo más remedio que hacer lo que él dijo, por mucho que eso la irritara. Había pasado tres años haciendo lo que Mike sugería, y eso no había terminado bien para ella.

Él nunca había dicho ni una sola vez que no quería vivir en el rancho. Había sabido desde el primer día que ella heredaría Echo Ridge algún día, que quería pasar su vida trabajando la tierra y criando ganado. Él había afirmado estar en la misma sintonía que ella.

Solo había durado nueve meses en el rancho antes de irse.

Alejó esos pensamientos y se acercó a la puerta del pasajero. —Vamos, sal, Bay. Graham vendrá a recogernos. —Se paró en la entrada del garaje con una mano agarrando su bolso y la otra colocada protectoramente sobre el hombro de Bailey, mientras la nieve giraba, giraba y giraba hacia abajo.

4

GRAHAM LUCHÓ CON EL VOLANTE, rezando en voz alta para poder recorrer el kilómetro y medio hasta la casa de Laney para recogerla a ella y a Bailey.

—Por favor —dijo de nuevo—. Vamos. No pueden quedarse allí. Ayúdanos un poco. No. —Giró el volante bruscamente hacia la derecha cuando el Hummer comenzó a deslizarse, y logró corregirlo. Pisó el acelerador y añadió—: Por favor, Señor. Ella necesita ayuda —mientras las ruedas patinaban.

Finalmente agarraron tracción y salió disparado hacia adelante, con los dedos tan apretados alrededor del volante que le dolían. Y solo había recorrido unos doscientos metros. O eso creía. No estaba realmente seguro. Después de todo, era el hombre que se había metido en la propiedad de otra persona sin darse cuenta. Y en esta tormenta, el paisaje no tenía ninguna característica identificable en absoluto.

Vislumbró una luz roja intermitente y pisó los frenos. El vehículo se detuvo con más facilidad de lo que había arrancado, y lentamente se adentró en lo que esperaba fuera el camino de entrada. Las luces rojas de freno lo guiaron hasta que pudo distinguir la oscuridad del garaje entre la pared gris, y con ella, una pequeña figura de pie en el borde de la nieve.

Aparcó y saltó fuera. —¡Eh! —gritó. Las luces de freno se apagaron y Laney bajó de la camioneta—. Muy inteligente lo de las luces.

—No estaba segura de que pudieras encontrarme —dijo ella, agachándose para recoger su bolsa—. Espero que tengas espacio para nosotras y dos perros. —Sus ojos rebosaban preocupación, y Graham quería borrarla por ella.

—Por supuesto —dijo él—. Vamos a meterlos. —Levantó una mano—. Yo lo haré. Tú espera. —Se acercó primero a Bailey—. ¿Estás lista, pequeña?

Ella le sonrió. —Lista.

—Voy a levantarte. Agárrate fuerte, ¿de acuerdo? —Levantó a la niña en sus brazos y se apresuró a través de la nieve hacia el lado del pasajero del vehículo. La metió dentro y cerró la puerta antes de volver sobre sus pasos—. Ahora los perros. —Agarró uno y repitió el paso alto a través de la nieve hasta el Hummer.

Una vez que ambos perros estaban dentro, se quedó en el garaje con Laney y aplaudió con sus manos frías. —¿Quieres que te lleve en brazos?

Ella resopló. —Puedo pisar tus huellas. —Agarró su bolsa con más fuerza como si fuera a golpearlo con ella si él la tocaba. Pensó en ese único momento fuera de su cabaña, casi un año atrás, cuando le había tomado la mano. Ella llevaba la misma cautela en su expresión ahora que entonces, y Graham le hizo un gesto para que fuera primero.

—Después de ti.

Ella bailó a través de sus huellas y subió al Hummer, ajustando su bolsa en su regazo antes de cerrar la puerta. Él se volvió para cerrar la puerta del garaje, y cuando entró en la casa de ella, ya se había enfriado aunque seguramente no hacía mucho que se había ido la luz.

Quería quedarse en este espacio que pertenecía a Laney, pero se obligó a volverse hacia la puerta principal y salir, cerrando con llave detrás de él. Luego corrió de vuelta al asiento del conductor y dijo: —Recemos para poder volver al lodge.

Hizo sus oraciones en silencio, pero Bailey en el asiento trasero comenzó a decir: —Señor, ayúdanos a volver al lodge —con la voz más dulce y aguda que Graham había escuchado jamás. En una situación normal, podría haber intercambiado una mirada con Laney, pero no confiaba en sí mismo para no sacarlos de la carretera.

—Amén —susurró, sus dedos apretándose alrededor del volante mientras salía marcha atrás del camino de entrada y dirigía el vehículo hacia la colina que llevaba al lodge. ¿Cómo no se había dado cuenta nunca de que esta colina era como escalar el Monte Everest?

Probablemente porque siempre llamaba a Laney a su casa y muy raramente iba a la de ella. Bueno, nunca había bajado a su rancho, aparte de aquel incidente de allanamiento hace casi un año. Pero era muy consciente de que ella estaba sentada a su lado en el Hummer, el aroma de su piel y su miedo pesados en el aire entre ellos.

Su corazón latía a triple velocidad, uno un latido normal. Uno con ansiedad por subir la colina, y uno porque llevaba unas semanas pensando en Laney como algo más que su mejor amiga y no tenía ni idea de cómo manejar esos sentimientos.

O si siquiera tenía sentimientos. Tal vez Bonnie simplemente había envenenado su mente, y ahora todo lo que podía hacer cuando se trataba de Laney era pensar en llevarla a cenar.

Los neumáticos resbalaron, y Graham presionó el botón de tracción a las cuatro ruedas. Agarraron de nuevo, propulsándolos colina arriba. Con el acelerador presionado hasta el fondo, logró hacer avanzar el vehículo y todos sus ocupantes hacia el lodge.

Tener huellas para guiarse ayudaba, pero aún se sentía como si estuviera tratando de empujar una montaña entera de nieve con solo dos neumáticos.

Las luces del lodge brillaban en la oscuridad, y pensó que sin importar qué, podrían caminar hasta allí ahora. El alivio se extendió por él lentamente, no lo suficiente como para que aflojara su agarre o el acelerador. Sin embargo, finalmente lo hizo, para no sacarlos del borde de la colina.

Viniendo desde el pueblo, la entrada a su propiedad era recta. Viniendo desde la casa de Laney, tenía que girar a la derecha y recorrer un largo camino de entrada pasando un pequeño estacionamiento. El giro resultó ser lo más difícil, y las ruedas traseras coletaron un poco.

Bombeó el acelerador y giró el volante bruscamente, y el costoso vehículo se enderezó. Treinta segundos después, se detuvo bajo el techo que cubría la entrada circular. El viento había soplado algo de nieve, pero no era de un metro de altura. Los limpiaparabrisas continuaban a doble velocidad, y mientras despegaba sus dedos rígidos del volante, su corazón se calmó ligeramente. —Lo logramos.

Había estado paleando los escalones de entrada todo el día, así que no tuvo que cargar a nadie, y unos segundos después, irrumpieron en el cálido y acogedor lodge. Bree había hecho un trabajo fantástico haciendo que el lodge pareciera que alguien vivía allí y se preocupaba por cada habitación, cada pieza de azulejo, cada decoración.

—Vaya.

Graham miró a Bailey y la encontró absorta en el vestíbulo, donde una corona de tres metros de ancho colgaba del pasamanos del segundo piso. Nacimientos adornaban los estantes y las

encimeras, y ramas de pino y nochebuenas se entrelazaban por la barandilla de la escalera de caracol mientras subía.

—Esto es hermoso —coincidió Laney, sus ojos también recorriendo y absorbiendo todo a su alrededor.

—Haremos un encendido del árbol en unos días —dijo él—. Creo que te lo mencioné. —Dio un paso adelante, tratando de ignorar las cosas que no había elegido pero por las que tendría que tomar crédito. No estaba seguro de por qué la idea le molestaba tanto—. Nunca me dijiste si vendrías o no. —Le dirigió a Laney una sonrisa tensa y señaló las escaleras—. Te ayudaré a instalarte arriba. Annie también está allí, y hay mucho espacio, baños, todo eso.

Él fue primero, porque Laney y Bailey no se movieron. Su acción debió haber provocado la de ellas, porque escuchó a Laney murmurar algo a su hija y luego sus pasos siguieron los suyos.

Odiaba dar recorridos por el albergue, pero se había estado preparando para hacer exactamente eso. En tres días más, toda su familia estaría aquí, y tendría que desempeñar el papel del anfitrión perfecto con la fiesta perfecta. No le molestaba esa parte; de hecho, era realmente bueno organizando fiestas. Pero no era bueno ocultando sus emociones o fingiendo que le importaban las coronas, los adornos o los árboles de Navidad.

No era un Scrooge. Simplemente tenía más cosas en su plato que campanas, hombres de jengibre y paseos en trineo.

—Así que ella está aquí. —Señaló la puerta en lo alto de las escaleras—. Pero hay otras cinco habitaciones aquí arriba. —Graham hizo una pausa. Una habitación era una habitación—. Puedes elegir la que quieras.

—¿Puedo elegir, mamá? —El rostro de Bailey tenía algo de color ahora, y bailoteó adelantándose a su madre.

Laney rio y dijo:

—Sí, ve a elegir una. —La niña salió corriendo, y Graham captó la adoración en los ojos de su madre. Ella cambió su mirada hacia él, y el sentimiento se desvaneció. Lo miró con... ¿aprecio? ¿Vacilación? ¿Anhelo?

Graham no estaba seguro. Sus perros boyeros australianos subieron los escalones y se sentaron junto a ella, y ella acarició distraídamente la cabeza de uno de ellos.

—Gracias, Graham —dijo—. Por dejarnos quedarnos aquí. Estoy segura de que estaremos fuera de tu camino por la mañana.

Él estaba seguro de que no lo estaría, y no le importaba. De hecho, esperaba que tuviera que quedarse para poder sentir lo que sería tener sus dedos pasando por su cabello...

Parpadeó, inseguro de dónde había surgido tal pensamiento. Esta era Laney. Su mejor amiga aquí en Wyoming. La mujer que lo había ayudado a averiguar cómo cuidar caballos, y sus derechos de agua, y un millón de otras pequeñas cosas que no sabía sobre graneros, establos y animales.

¿Era él también su mejor amigo?

Seguramente no. Ella había vivido aquí mucho más tiempo que él, y pensaba que no había nada que la mujer no pudiera hacer.

—Quédate todo el tiempo que quieras —dijo, con la voz áspera en los bordes. Se aclaró la garganta—. Celia dejó un asado en la olla de cocción lenta anoche, así que eso es lo que comeremos esta noche también. Debería estar listo cuando tengan hambre. —Caminó hacia las escaleras antes de decir algo de lo que no pudiera retractarse.

—Graham... —comenzó Laney, pero Bailey chilló y dijo—: ¡Mamá! ¡Ven a ver esta bañera! —y su atención se centró en su hija.

No importaba. Ya le había dado las gracias, y eso era todo lo que Graham necesitaba. Honestamente, ni siquiera necesitaba eso. Tenía la casa, las comodidades, la electricidad y el dinero para que docenas de personas vivieran con él. Podía manejar a dos más, incluso si Laney tenía los ojos más hermosos que jamás había visto.

GRAHAM CAMINABA de un lado a otro en su oficina, sintiéndose como un tigre enjaulado. Esta nieve no le hacía bien a nadie, y se preguntaba si Dios podría de alguna manera enviarle un mensaje a la Madre Naturaleza para que se detuviera ya.

Pero la nieve seguía cayendo tan furiosamente como siempre. A este ritmo, su familia tendría suerte si pudiera volar, y no digamos hacer el viaje de una hora desde el aeropuerto hasta Cañón Coral.

No podía creer que hubiera catalogado los ojos de Laney como hermosos. Aunque siempre lo había pensado, incluso en la escuela secundaria y antes de eso, cuando se hicieron amigos de niños. Su amabilidad brillaba en esas profundidades verde claro, y se apartó de la ventana donde había estado observando la nieve.

—Es tu vecina —se dijo a sí mismo, no por primera vez—. Tiene una hija.

El hecho de que Bonnie la hubiera sugerido como una posible cita no significaba que ella estuviera interesada en él. No le había dado muchas razones para estarlo, con eso de llamarla todo el tiempo y exigir su ayuda.

Recordó lo cansada que se veía, y esperaba que pudiera recargarse y relajarse aquí en el albergue. Cuando compró el lugar por primera vez, esa atmósfera tranquila había sido lo que más lo atrajo. El albergue hablaba de un lugar al que acudir cuando una persona estaba cansada, y lo había comprado en efectivo en el acto.

Su teléfono emitió el recordatorio que había establecido: *hora de cenar*.

La tarde se le había escapado, con todo el alboroto y el rescate. Así que silenció la alarma y dejó la oficina en favor de la cocina, que estaba justo al final del pasillo a la izquierda. El aroma de la carne asada llegó a su nariz, y se le hizo agua la boca un poquito.

Annie estaba en la encimera, usando un par de pinzas para mezclar un enorme bol de ensalada verde.

—Las patatas están casi listas.

Graham sabía cómo abrir un horno, pero podía ver el temporizador en el frente, y decía cinco minutos.

—De acuerdo. —Miró alrededor, tratando de recordar dónde guardaba Celia los platos.

Annie, que parecía poder sentir sus pensamientos, señaló el armario junto a la estufa.

—Los platos están ahí, si quieres sacarlos. Yo sacaré los cubiertos. —Dejó las pinzas en el bol y abrió un cajón.

Graham sacó cuatro platos, que eran cuatro veces más de lo normal. De hecho, incluso comer en un plato era más de lo que usualmente hacía. Aunque nunca le diría a Celia que comía su comida directamente de la olla en la que la dejaba, eso era exactamente lo que hacía la mayoría de las noches.

¿Y ensalada? Miró las verduras como si pudieran cobrar vida y atacarlo. No lo hicieron, y se volvió hacia el horno cuando sonó el temporizador. Orgulloso de sí mismo por saber dónde estaban los guantes de cocina, los sacó del gancho al lado del armario y sacó las patatas al horno.

Luego abrió el refrigerador y sacó crema agria, queso cheddar, aderezo ranch y un recipiente de trocitos de tocino.

Annie arregló todo y lo miró.

—Bueno. Estamos listos. ¿Deberíamos esperar?

—No les dije específicamente a qué hora era la cena —dijo, mirando hacia arriba como si pudiera ver a través del techo y hacia la habitación que Laney y Bailey habían elegido—. Le enviaré un mensaje. —No estaba seguro de confiar en sí mismo para estar a solas con Laney y no decir o hacer algo que pusiera en peligro su amistad.

Después de todo, ¿no era eso exactamente lo que Erica le había dicho?

Trabajas demasiado. Es tu culpa que tuviera que buscar a alguien más para estar.

Como si su infidelidad fuera culpa de él. Y si esas palabras no hubieran sido lo suficientemente hirientes, también le había dicho: *Estábamos mejor como amigos.*

Él le había enviado muchos mensajes pidiéndole ayuda también, ya que ella era la asistente administrativa en su departamento y a menudo necesitaba que hiciera cosas por él.

Sacudiendo el pasado de su mente, le envió un mensaje a Laney. *La cena está lista. Baja ahora si quieres comer con Annie y conmigo.*

Ella no respondió de inmediato, y Graham guardó su teléfono mientras su estómago rugía. Palear nieve, caminar por la nieve y conducir por la nieve realmente le habían abierto el apetito.

—Vamos a comer —le dijo a Annie—. Ellas pueden comer cuando bajen.

5

LANEY MIRÓ A BAILEY, quien dormía plácidamente en la litera de abajo en la habitación que había elegido. Se había dado un baño en la gran bañera con patas en forma de garra y luego se había quedado dormida con su sedoso cabello aún envuelto en la toalla sobre su cabeza.

Laney se sentía tan cansada como Bailey, especialmente después de su propia ducha caliente. Se había puesto unos pantalones de yoga y una camiseta, y estaba cepillándose el cabello cuando Graham le envió un mensaje.

La cena está lista. Baja ahora si quieres comer conmigo y Annie.

—Baja ahora —repitió, sacudiendo la cabeza. Realmente era la bestia de ese cuento de hadas infantil. *Si no come conmigo, no come en absoluto* cruzó por su mente, y dejó el teléfono en la cómoda para no responderle de inmediato.

No quería despertar a su hija, pero tenía hambre. Graham podía esperar unos minutos para obtener una respuesta, y Laney no se marchitaría si no comía por un rato más. Se acercó a la ventana y observó el clima afuera.

La visibilidad no podía ser de más de cinco pies, ya que ni siquiera podía ver los altos árboles que sabía que estaban en el patio trasero. Clearwater gimoteó, y Laney automáticamente se agachó para rascar la cabeza del perro.

—Lo sé —dijo, aunque no tenía idea de qué sabía. Sabía que había estado luchando contra sus sentimientos por Graham Whittaker desde su adolescencia. Claro, lo había superado bastante rápido cuando él se fue de Cañón Coral y se fue a la universidad. Luego conoció a Mike y se enamoró perdidamente. Solo habían estado juntos durante cuatro años y llevaban tres divorciados.

No, no había pensado en Graham durante su matrimonio. Ni en absoluto en los años desde que Mike se había ido. Bueno, hasta este último año, con Graham de vuelta en su vida, más o menos, y Mike fuera de ella.

Sus ridículos sentimientos habían sido lo que la mantenía yendo a su casa cada vez que él le enviaba un mensaje o la llamaba. Su loca esperanza se había inflado con cada interacción, y odiaba siempre estrellarse después de sus breves encuentros.

A veces ni siquiera la *miraba* cuando ella iba a ayudarlo. Para ser justos, él estaba cargando con el enorme peso de dirigir la compañía energética, además de tratar de aprender a manejar caballos, el albergue y la tierra que venía con él.

Pero era rico, y no había tenido que hacer todo el trabajo requerido. Si ella pudiera permitirse un ama de llaves y un cocinero, también los tendría.

Barry ladró, sobresaltando a Laney y alejándola de la ventana. —Shh —reprendió al perro,

echando un vistazo rápido a Bailey, quien no se había movido ni despertado—. ¿Qué pasa?

Un gran labrador negro asomó la cabeza por la esquina, claramente la fuente de los ladridos de Barry. —Hola, tú. —Sonrió al perro, que tenía pelos blancos alrededor del hocico y la nariz. Era claramente viejo y no representaba ninguna amenaza, ya que se acercó lentamente a la esquina, con la lengua colgando de su boca y los ojos entrecerrados como diciendo *Hola, chicos. ¿Quieren tomar una siesta juntos?*

Laney lo saludó y se agachó para acariciar su cabeza y rascar detrás de sus orejas. —¿Cómo te llamas, eh? —Tomó sus placas y las giró para poder leerlas—. Bear. —Sonrió al perro—. Parece apropiado. —Lo dejó moverse y olfatear a sus perros, y los tres comenzaron una cadena para llegar a todas las mejores partes de cada uno.

No había imaginado a Graham como un amante de los perros, y nunca había visto al labrador alrededor del albergue. ¿Mantenía al animal confinado en la casa? Después de todo, Laney no había estado dentro del albergue durante años, no desde que ella y Mike se habían casado aquí, y realmente le gustaba que no se pareciera en nada a como era antes.

No, este Whiskey Mountain Lodge era apto para bodas y recepciones de celebridades, y no del tipo rústico que ella había tenido. No era de extrañar que el dueño anterior lo hubiera vendido. Este lugar era demasiado elegante para la clientela que normalmente atraía Cañón Coral, y ella sabía que Will había tenido problemas para mantener el lugar lleno.

Aunque Jackson Hole, un lugar turístico de moda, muy elegante y artístico en Wyoming, estaba a solo media hora por la carretera, Cañón Coral disfrutaba de un ritmo de vida más lento. Uno que a Laney realmente le gustaba y no quería que fuera reemplazado por lo que Jackson tenía, especialmente si la gente iba a estar a menos de una milla de su puerta.

Pero Graham no estaba usando el albergue para sus propósitos previstos. Aunque las habitaciones no tenían ni una pizca de polvo, también tenían una sensación general de desuso. Vacío. Abandono.

Todas las sábanas estaban limpias, y cada habitación tenía camas que estaban hechas. Se preguntó si Graham se había encargado de eso o había contratado a alguien. Si fuera una mujer de apuestas, Laney apostaría por el ama de llaves.

Bailey gimió, y Laney decidió que era un buen momento para despertarla e ir a comer algo. De todos modos, no podía dormir mucho más o no se iría a la cama esa noche.

—Bay. —Laney pasó sus dedos por la frente de su hija, sonriendo cuando sus ojos azules se abrieron soñolientos—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres ir a comer algo?

—Sí. —Bailey bostezó y Laney la ayudó a levantarse.

—Vamos a cepillarte el cabello primero. —Laney se giró para buscar la mochila de Bailey y encontró a los tres perros acurrucados juntos al pie de la cama. Se rio, sacó el cepillo de Bailey y lo pasó por el cabello de su hija—. Muy bien. Vamos a ver qué come este vaquero soltero.

Se tomaron de las manos en el descenso, y Laney contó dieciocho escalones desde el segundo piso hasta el primero. Todo en el albergue parecía de proporciones exageradas, incluyendo al hombre sentado a la mesa del comedor con una rubia fresa al menos una década más joven que él. Annie Pruitt. Limpiaba muchos lugares en el pueblo, ya que su familia era dueña del único servicio de limpieza residencial en Cañón Coral.

—Hola —dijo Laney al pasar por el pasillo entre el comedor y la cocina, echando un vistazo a su derecha donde comían, y luego a la izquierda, donde esperaba una enorme cocina. En serio, nunca había visto tantos armarios antes. Una isla recorría el centro, y su corazón se encogió de envidia cuando vio los hornos dobles.

—Asado de res —Graham le tocó la parte baja de la espalda, lo que hizo que Laney saltara.

Ni siquiera lo había oído levantarse—. Justo ahí —la guió hacia la comida como si ella no pudiera ver la gran olla negra de carne, la bandeja de papas al horno envueltas en papel aluminio y el tazón de ensalada del tamaño de Rhode Island.

¿A cuánta gente estaba esperando?

—Hola, Bailey —dijo él—. ¿Quieres que te ayude? —Miró a Laney, pero no lo suficiente para establecer un verdadero contacto visual, y tomó un plato. La niña se acomodó el pelo tímidamente y miró a Laney.

—Adelante.

Bailey estaba acostumbrada a que Laney o su abuela la ayudaran, pero fácilmente cayó en darle órdenes a Graham, exigiendo más crutones y diciendo que no quería aderezo ranch en su papa.

Laney contuvo su sonrisa mientras preparaba su papa rellena y se servía más asado del que probablemente debería. Pero le encantaba un buen asado, y había pasado demasiado tiempo desde la última vez que comió uno. Se sentó frente a Graham, lo que probablemente fue una mala decisión, ya que tendría que mirar ese rostro hermoso durante la cena.

—Mmm —gimió al dar el primer bocado, con el jugo prácticamente goteando por su barbilla —. ¿Dónde conseguiste esto?

—Es uno de los tuyos —dijo Annie, dirigiendo una sonrisa a Laney.

El orgullo invadió a Laney, pero se encogió de hombros como si no importara que la carne proviniera de su mayor rival—. Oh, bueno, está delicioso —tomó otro bocado y observó a Graham mientras prácticamente inhalaba la comida en su plato. Tenía muy poca ensalada y bastante carne, y Laney supuso que necesitaba la proteína para mantener todos esos músculos en tan buena forma.

Avergonzada por el rumbo de sus pensamientos, agachó la cabeza y se llenó la boca con más comida. Graham no era particularmente locuaz, pero Laney tampoco lo era. Así que el roce de los cubiertos contra la porcelana se convirtió en el único sonido.

—¿Dónde estás viviendo ahora? —finalmente le preguntó Laney a Annie.

—Estoy en Blackberry —tomó un largo trago de su agua—. Vivo con mi hermana —desvió la mirada hacia Graham—. Ella cree que soy la mujer más afortunada del planeta.

—¿Por qué? —Laney observó a Graham, y aunque él no levantó la vista ni reaccionó, definitivamente estaba escuchando la conversación.

Annie inclinó la cabeza hacia Graham—. Ya sabes.

Oh, Laney lo sabía, pero quería que Annie lo dijera en voz alta—. ¿Ella cree que Graham es... guapo?

Eso hizo que él levantara la cabeza y sus ojos se encontraran con los de ella por primera vez esa noche. Tenía ojos exquisitos, y Laney se había perdido en ellos muchas veces.

Annie soltó una risita y asintió antes de recoger su plato y levantarse. Se dirigió a la cocina, y aún así Laney y Graham se miraban fijamente. Annie dijo algo, pero Laney no supo qué.

Graham parecía tener sus facultades intactas, porque asintió y dijo—: Claro, gracias, Annie —sin apartar los ojos de los de Laney.

El calor comenzó a llenarla de pies a cabeza, haciendo que su piel ardiera.

—¿Mamá?

Finalmente apartó la mirada de Graham, sintiéndose un poco mareada y definitivamente como si acabara de confesar su enamoramiento adolescente por él, y el que había estado albergando desde su regreso a Cañón Coral.

—¿Mmm? ¿Sí?

—Me preguntaba si podría alimentar a los perros y jugar con ellos —Bailey la miró, y Laney examinó el plato de su hija.

—No comiste mucho.

—No tengo tanta hambre.

—Los perros pueden comerlo —dijo Graham.

Automáticamente, Laney no quería que Bailey diera las sobras de la mesa a los perros, aunque ellos alimentaban a sus perros pastores azules con sobras todo el tiempo. Había algo en la forma en que él decía las cosas como si fueran ley y todos seguirían sus instrucciones, sin importar qué.

Al final, asintió a Bailey, quien llevó su plato a la cocina y lo colocó cerca de los tazones de los perros en el extremo de la habitación. Annie trabajaba en la cocina, guardando la comida sobrante, y parecían estar lejos de la burbuja que rodeaba a Laney y Graham.

—Oye —dijo él, atrayendo su atención de vuelta hacia él. Algo en él se había suavizado, y Laney sintió que todo su cuerpo se convertía en un malvavisco cálido. Había pasado tanto tiempo desde que un hombre la había hecho sentir así, que no tenía defensa ni forma de evitar derretirse por él.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —preguntó.

Sus cejas se alzaron—. No lo sé —rara vez tenía tiempo para sí misma, y aun cuando lo tenía, siempre había trabajo que hacer en la casa. Platos. Lavandería. Facturas. Perros. Bailey. Si tenía suerte, lograba leer veinte minutos mientras estaba acostada en la cama. La mayoría de las veces, se quedaba dormida con el e-reader sobre el pecho y se despertaba en medio de la noche cuando Barry comenzaba a roncar.

—Tal vez te gustaría ver una película —lanzó una mirada hacia la cocina, pero Annie mantuvo su atención en las tareas.

La sorpresa invadió a Laney—. No puedo recordar la última vez que vi una película —tan pronto como las palabras salieron de su boca, quiso retractarse—. Quiero decir...

—Sé exactamente lo que quieres decir —su mano se movió a través de la mesa y tocó la de ella. Casi al mismo instante, la retiró como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Laney ciertamente la había recibido, física y mentalmente. Parpadeó hacia él, deseando que se explicara.

En lugar de eso, tomó su sombrero de vaquero y se lo puso—. Trabajamos demasiado —se levantó, dejando su plato en la mesa como si un sirviente fuera a venir a limpiar después de él. De hecho, eso es exactamente lo que hizo Annie, acercándose para tomar el plato y volver a la cocina.

Graham había pasado por el arco que conducía al vestíbulo, pero sus pasos de botas ahora se movían por el pasillo hacia el lado sur de la casa, desvaneciéndose hasta que Laney ya no pudo oírlos.

¿Qué demonios acababa de pasar?

TRABAJAMOS DEMASIADO. *Trabajamos demasiado. Trabajamos demasiado.*

Las palabras resonaban en su cabeza mucho después de haber ayudado a Annie a guardar toda la comida. Estaba sentada en un sofá mullido en una sala de estar acogedora, con Annie en el otro extremo, mientras Bailey jugaba con los perros en el suelo. Annie puso algo en la

televisión que era lo suficientemente entretenido, aunque Laney no había podido concentrarse en ello.

Oh, no. Todo en lo que podía pensar era en Graham, adónde había ido y cuándo podría regresar. ¿Estaría trabajando?

—¿Trabaja todo el tiempo? —le preguntó a Annie, quien giró la cabeza hacia Laney.

—¿Qué?

—Graham. ¿Trabaja todo el tiempo?

Annie se encogió de hombros.

—La mayor parte del tiempo, sí. No me deja entrar en su oficina, y uf. —Agitó la mano frente a su nariz—. No entraría allí ni aunque me dejara.

Laney sintió de repente el impulso de ver la oficina de Graham. No podía imaginarla como algo que no fuera formal y ordenado, pero la evaluación de Annie era claramente diferente.

Pasó media hora, y Laney estaba a punto de sugerirle a Bailey que se fuera a la cama, cuando apareció Graham.

—Podríamos poner algo en la sala de cine —dijo, con una voz mucho más suave de lo que Laney le había oído usar antes.

Annie apagó el televisor con un bostezo exagerado.

—Oh, estoy cansada. Me voy a la cama.

—Bailey también necesita irse a dormir. —Laney miró a los ojos de su hija, ya preparada para la pelea—. Ya son veinte minutos pasada tu hora de dormir, y los perros pueden dormir contigo. —Inclinó la cabeza en dirección a Graham sin mirarlo—. Bueno, nuestros perros pueden. No sé qué pasa con Bear.

—Si puede subirse a la cama, puede dormir con ustedes. Tiene las caderas mal.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Bailey.

—Acaba de cumplir diez. —Graham sonaba como si se hubiera hecho gárgaras con papel de lija, su voz áspera y baja.

—Yo la llevaré arriba, si quieres —dijo Annie, con una sonrisa pura en su rostro. Laney no pudo evitar preguntarse si la mujer se había hecho alguna idea extraña sobre ella y Graham.

Bailey se levantó y puso su mano en la de Annie, para sorpresa de Laney.

Luchando contra el agotamiento y pensando en esos dieciocho escalones, Laney dijo:

—Asegúrate de cepillarte los dientes, Bay.

La niña le dio un beso a Laney y dijo:

—Vamos, perros —antes de irse con Annie. Los tres perros se pusieron de pie de un salto y las siguieron, haciendo que Laney sonriera en aprecio por los caninos.

—Te encantan los perros —dijo Graham.

Laney dejó escapar el suspiro que había estado conteniendo.

—Así es. —Miró a Graham de nuevo completamente, esperando que no se quedaran atrapados en esa extraña fiesta de miradas otra vez—. ¿Y tú? ¿Has tenido a Bear toda su vida?

—Era el perro de mi padre. —Las líneas alrededor de sus ojos se tensaron por un momento, y luego se relajó—. Realmente podemos ir a la sala de cine. Es mucho más cómoda.

Laney no tenía dudas sobre eso, y fue con más que un poco de incertidumbre que dijo:

—De acuerdo —y se levantó para seguirlo hasta un conjunto de escalones que salían del comedor y conducían al sótano. ¿O sería una mazmorra?

La bestia y su guarida, pensó con una risa interna mientras descendía los escalones detrás de sus anchos hombros.

6

GRAHAM NO TENÍA ni idea de lo que estaba haciendo. Solo sabía que no podía soportar estar confinado en su dormitorio o en su oficina. Y en una casa tan grande como la cabaña, no debería tener que hacerlo. Había sido una rara casualidad —o tal vez Dios realmente había respondido a su oración— que hubiera podido estar a solas con Laney sin hacer un gran alboroto o convertirlo en algo incómodo.

Últimamente no había estado muy al día en el tema de las citas, y ni siquiera estaba seguro de qué películas tenía.

—¿Qué te gusta? —preguntó.

—¿Perdón?

Solo el sonido de la voz de Laney le puso la piel de gallina. *Maldita sea, Bonnie*, pensó, no por primera vez. Pero en realidad no podía culparla, y lo sabía. Tal vez solo había despertado los sentimientos dormidos que tenía por Laney, los había sacado a la luz, obligándolo a reconocerlos.

El problema era que no sabía qué *hacer* con ellos. Salir con alguien en Seattle no había sido tan difícil. Podía quedar con alguien para tomar un café o encontrárselos en el piso de programación. Pero aquí, ir al pueblo era todo un acontecimiento para él. Lo hacía raramente, excepto para ir a la iglesia, y nadie allí le había interesado ni remotamente.

Probablemente porque alguien ya te ha llamado la atención, pensó mientras cogía el mando a distancia y encendía el proyector montado en el techo. —Películas —aclaró—. ¿Qué tipo de películas te gustan? ¿Qué quieres ver?

—Oh, no me importa. Elige tú.

Se volvió hacia ella, la belleza de su rostro lo dejó aturdido por un momento a pesar de haberla visto cientos de veces. ¿Siempre había sido tan guapa?

—Probablemente me quedaré dormido —dijo con una sonrisa.

Ella se rio. —Yo también.

—Así que tal vez no queramos ver una película. —La pantalla azul cobró vida, proyectando sombras inquietantes sobre ellos en la oscura sala de cine. Presionó otro botón en el mando y las luces se intensificaron lentamente hasta que las bombillas estaban a media potencia.

Laney metió los pies debajo de ella mientras se acurrucaba en uno de los sillones reclinables. Lo miró, con un brillo en sus ojos que solo podía clasificar como coqueto. Frunció el ceño. No podía ser eso. Tal vez no se sentía bien después de comer toda esa ensalada. O algo así.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

—Sí. —Dejó el mando y se sentó en el sillón reclinable junto al de ella—. Sí. —Se pasó ambas manos por la cara—. Solo estoy cansado. Ha sido un día ajetreado.

—¿Alguna vez te tomas tiempo libre?

—Normalmente no —dijo—. Intento trabajar lo menos posible en el día de reposo. A veces surgen cosas.

—Yo siempre tengo trabajo en el rancho en el día de reposo.

—Pero vas a la iglesia todas las semanas.

Sus cejas se alzaron solo por medio segundo. —Sí. Es importante para mí que Bailey vaya. Además, me gusta... me gusta ir a la iglesia. —Lo observó, de alguna manera tomando más de lo que él quería darle—. ¿Te gusta la iglesia?

—Lo suficiente. Hace feliz a mi madre, y me obliga a ir más despacio. —Graham no podía creer que hubiera revelado tanto sobre sí mismo. Lo que realmente quería decirle era que dirigir esta empresa lo iba a matar.

Había querido aprender todo lo que pudiera sobre Springside Energy, así que había tomado el control de todo. El gerente general, Dwight Rogers, lo presionaba en todo, y Graham estaba cansado de pelear con el hombre.

Cansado de mirar datos. Cansado de trabajar en una oficina rancia que olía a la pizza de la semana pasada. Echaba de menos la vitalidad de crear nuevos programas, de experimentar con tecnología emocionante, del grupo más joven que trabajaba en su piso y traía sus extrañas tendencias de vestimenta, sus gafas de montura gruesa y sus ideas innovadoras.

Su trabajo en Seattle lo había mantenido joven, y aquí, se sentía viejo. Se sentía como su padre.

Los dedos de Laney aterrizaron en el dorso de su mano, marcándolo. Una chispa saltó entre ellos y se convirtió en un calor lento cuanto más tiempo mantenía ella su mano allí.

Lentamente, levantó los ojos hacia los de ella. Ella tenía que sentir lo mismo que él. ¿No? No había forma de que esta descarga, este fuego entre ellos, pudiera ser unilateral.

—Te perdí —dijo ella—. Te pregunté cómo les iba a tus hermanos.

—Oh. —Sacudió la cabeza—. Están bien. Genial. Los verás a todos en unos días.

Ella lo miró con cariño en su mirada. —¿Recuerdas cuando todos nos apretujamos en ese coche biplaza de tu padre? Seis personas para dos cinturones de seguridad. —Se rio, y los recuerdos de Graham fluyeron por su mente.

—Sé que me daban rodillazos en la espalda constantemente. —Él también se rio—. Y ese Sheriff Barnaby sabía que estábamos tramando algo, aunque no nos detuvo.

—Fue un gran día de pesca, sin embargo. —Laney sonrió, y su sonrisa contenía tanta felicidad. Felicidad de tiempos más fáciles, días más perezosos, una vida más encantadora—. Recuerdo que pescaste una trucha arcoíris y actuaste como si fuera la ballena blanca.

Graham echó la cabeza hacia atrás y se rio, una risa profunda que envió endorfinas y alegría directamente a su sangre. —La ballena blanca. —Negó con la cabeza mientras terminaba de reír —. No recuerdo que tú pescaras nada.

—Eso es porque *alguien* no quiso ayudarme a poner el cebo en el anzuelo —le dio un manotazo juguetón, otro contacto que lo hizo sentir embriagado de placer.

—Y eso es porque alguien de diecisiete años debería ser capaz de poner su propio cebo —le sonrió, aliviado de que esta conversación coqueta fuera tan fácil.

Laney levantó el mentón una fracción de pulgada.

—La pesca nunca fue lo mío.

—Obviamente —la observó por un momento, preguntándose si podría voltear su mano y sostener la de ella—. Pero la ganadería sí lo es. Naciste para eso. ¿Recuerdas cómo solías decírmelo?

Voltea tu mano, se animó a sí mismo. Era obvio que ella mantenía la suya en su lugar contra el dorso de la de él. Y aun así, no podía hacerlo.

—Lo recuerdo —sus ojos brillaban como estrellas de esmeralda, y Graham empleó todo su valor y lentamente volteó su mano, sus nudillos rozando las yemas de los dedos de ella. Aun así, ella no retiró su mano.

Parecía que habían pasado siglos antes de que alineara sus dedos con los de ella y entrelazara sus manos. Encontró sus ojos y vio aceptación allí, con un toque de calor que definitivamente demostraba que ella quería sostener su mano tanto como él quería sostener la de ella.

—Muy bien, entonces —murmuró, y ella bajó la cabeza para ocultar una sonrisa que curvaba sus labios. Sin embargo, él la captó, y un escalofrío le recorrió hasta los dedos de los pies.

—Cuéntame qué tienes planeado para Navidad —dijo ella, y Graham gimió.

—¿No podemos simplemente sentarnos aquí, tomarnos de las manos y echarnos una siesta? —preguntó.

—Son casi las nueve —soltó una risita—. Si estás cansado, deberías irte a la cama.

Se reclinó en el sillón, cerró los ojos y le apretó la mano.

—Demasiado temprano. Solo una pequeña siesta... —abrió un ojo y le dio una sonrisa pícara —. Puedes contarme más recuerdos de nuestra adolescencia.

—Oh, no puedo hacer eso.

La miró completamente ahora.

—¿Por qué no?

Ella pareció incómoda y se encogió de hombros.

—No lo sé. Simplemente no puedo.

—Entonces cuéntame sobre tu ex.

—Paso rotundamente.

Así que había una historia allí. Por supuesto que la había. Se había casado con alguien y había tenido un hijo con esa persona.

—¿Por qué viniste a Cañón Coral? —preguntó ella.

—Mi padre murió —dijo él.

—Sí, pero tenía un gerente general. No tenías que quedarte.

No, no tenía que hacerlo.

—Sentí un sentido de obligación —dijo, diciendo algo que no le había dicho a nadie antes—. Y necesitaba un cambio de escenario.

—¿Ah, sí? ¿No te gustaba vivir en Seattle?

—¿Sabías que vivía en Seattle? —permaneció reclinado, pero giró la cabeza hacia ella.

—Es un pueblo pequeño —dijo ella—. Cuando alguien de una de las familias más ricas se va, todos saben dónde están.

Graham detectó una pequeña mentira en la declaración, pero la aceptó de todos modos.

—Es justo.

—¿Qué hacías allí, de todos modos?

—Ciencias de la computación —dijo—. Era el líder del equipo de desarrollo para nueva producción.

—Vaya, suena elegante. Y inventado —le dio una sonrisa coqueta, y él negó con la cabeza como si no lo creyera.

—Ese era el título oficial. Hacíamos aplicaciones de productividad para robots. Lettucebot salió de mi departamento.

—No tengo idea de lo que estás hablando.

—Trabajaba para hacer las tareas cotidianas más fáciles para las personas en una amplia variedad de profesiones. Desde la moda hasta la energía y la agricultura. Lettucebot puede analizar cientos de miles de plantas de lechuga e informar a los agricultores cómo mejorar su productividad y cosechas mientras gastan menos dinero —trató de mantener el orgullo fuera de su voz, pero había amado su trabajo en Seattle.

—Suena como si lo hubieras disfrutado —Laney era nada si no perceptiva, y Graham debería haberlo sabido mejor. Ella siempre había sido capaz de identificar exactamente lo que él pensaba y sentía, incluso cuando no lo había dicho muy explícitamente.

—Así fue.

—¿Pero aun así necesitabas un cambio?

No sabía cuánto decir sobre su partida de Seattle —y por qué lo había hecho— y cuánto guardarse para sí mismo.

—Mi padre murió justo después de Navidad —se encogió de hombros—. Era un buen momento para irme. Empezar de nuevo.

Ella extendió su mano libre y le apartó el cabello de la frente. El gesto se sintió increíblemente íntimo y él la miró fijamente, seguro de que todos sus sentimientos estaban claramente visibles en su rostro.

—No pareces tan renovado —dijo ella—. ¿Siquiera te gusta dirigir Springside Energy?

Su primera inclinación fue decir que por supuesto le gustaba dirigir la empresa familiar. Pero la verdad era que había encontrado todo el asunto tedioso y abrumador.

—No está mal —evadió—. Solo más ocupado de lo que pensaba.

Ella lo estudió y finalmente dijo:

—Creo que podrías estar eligiendo eso.

Él cerró los ojos de nuevo.

—Probablemente lo esté haciendo —pero no había ningún "probablemente" al respecto. De hecho, Graham tenía el pensamiento distintivo de que hacía todo más difícil de lo necesario, incluido el comenzar algo con Laney.

¿Por qué no podían tomarse de las manos y ayudarse mutuamente en sus granjas y ranchos? ¿Por qué no podía besarla y seguir siendo su mejor amigo?

—Oye, Laney —preguntó, decidiendo hacer algo en lugar de solo pensar en ello hasta que sus pensamientos lo volvieran loco.

—¿Sí?

—Cuando los caminos estén despejados, ¿te gustaría ir a cenar conmigo? —no se atrevió a abrir los ojos para ver su reacción.

Pasaron varios segundos largos antes de que ella dijera:

—Sí, creo que eso sería agradable.

La sonrisa de Graham se sintió como la primera cosa genuina que había hecho en mucho tiempo, y le apretó la mano, contento cuando ella le devolvió el apretón.

7

LANEY DURMIÓ MÁS tarde de lo que lo había hecho en años. Cuando despertó, la cama debajo de ella se sentía extraña, y se sentó de golpe, preguntándose por qué no había sonado su alarma o por qué Bailey no la había despertado para ir a alimentar a los caballos.

El cristal a su izquierda traqueteó, y ella miró en esa dirección. La tormenta más allá aún aullaba, y todo volvió a ella de golpe. La ventisca. El corte de energía. La cena, el agarre de manos, la conversación en el pabellón.

Se recostó de nuevo contra las almohadas, una lenta sonrisa tocando sus labios. ¿Podría ser que Graham realmente le gustara?

—Te invitó a cenar —se recordó Laney, como si no se hubiera repetido la pregunta una docena de veces anoche mientras intentaba conciliar el sueño. Y luego sus sueños los habían presentado a los dos bailando y cenando, riendo y almorzando. Diablos, incluso había imaginado una cita para tomar café con él por la mañana, lo cual era absolutamente ridículo ya que nunca tenía tiempo por las mañanas para simplemente sentarse y sorber café.

Excepto hoy, ya que aparentemente no iba a hacer ninguna tarea. Sintió que el peso que normalmente cargaba se desvanecía de sus hombros, y era cálido y maravilloso simplemente no tener nada que hacer, nada de qué estresarse, nada que dividiera su atención.

Agarró su teléfono de la mesita de noche y comprobó el reloj. Casi las ocho y media. Se quitó las mantas de encima, aunque quería quedarse en la cama un rato más, y se puso la sudadera sobre el pijama.

—¿Bailey? —Abrió su puerta y encontró la de enfrente entreabierta también. Genial, su hija estaba despierta y quién sabe dónde. La inquietud la invadió y se movió por el pasillo hacia la barandilla para poder ver el vestíbulo. El aroma a canela y levadura llegó a su nariz e hizo que su estómago rugiera. Pero no podía oír nada.

—Los perros —murmuró, preguntándose dónde se habrían metido. Esperaba que Bailey los hubiera alimentado, y esperaba que a Graham no le importara que Laney se hubiera tomado la libertad de eludir prácticamente todas sus responsabilidades. Esperaba que no pensara que así era como siempre actuaba.

Se apresuró a bajar las escaleras, rodeó el enorme árbol de Navidad que parecía un poco ominoso sin luces, adornos ni decoración de ningún tipo, y atravesó el arco que conducía a la cocina y el comedor.

Allí, encontró a Annie mostrándole a Bailey cómo cortar rollos de canela con un trozo de hilo dental que Laney esperaba que no fuera encerado ni perfumado. Ambas llevaban delantales, y el cabello de Bailey había sido trenzado en dos trenzas que corrían por los lados de su cabeza.

Laney se quedó mirando, preguntándose cómo diablos Annie había hecho las trenzas. Laney

era un desastre con cosas como esa, y Bailey llevaba el pelo en una cola de caballo la mayoría de los días.

Bailey la vio y dijo:

—Mamá. —Bailó hacia ella y le tomó la mano—. Ven a ver lo que estamos haciendo.

Los pies de Laney se sentían como si alguien los hubiera llenado de plomo, pero logró moverse hacia el tramo de mostrador donde trabajaba Annie.

—Lo siento mucho —dijo—. Me quedé dormida.

—No hay problema. —Annie le dedicó una sonrisa—. Hemos estado despiertas ¿cuánto? —Sonrió a Bailey—. ¿Quizás cuarenta y cinco minutos?

—Mira mi pelo, mamá. —Todo el rostro de Bailey se había iluminado, y Laney no podía recordar la última vez que había visto a su hija tan sonrojada, tan feliz, tan comprometida. Normalmente veía la televisión o jugaba en su tableta para que Laney pudiera cocinar la cena o trabajar en el rancho. A veces, cuando jugaba con los perros del granero en verano, parecía que se estaba divirtiendo.

Nunca se le había ocurrido a Laney involucrar a Bailey en la cocina, pero la niña observaba con atención mientras Annie pasaba el hilo por la masa. Bailey tomó la rebanada y la puso en la bandeja con las demás.

—Y estamos haciendo rollos de canela. Annie dice que es la receta de su madre.

Entonces sería buena. Susannah Pruitt había ganado el concurso de repostería del picnic del pueblo varias veces. Tal vez no con rollos de canela, pero sí con pan de trigo y miel, pan de limón y calabacín, y el favorito personal de Laney: galletas de avena y pasas.

—Tu pelo está precioso. —Laney tocó un bucle de la trenza, aún sin estar segura de cómo lo había hecho Annie—. Y me encantan los rollos de canela.

—He alimentado a los perros —dijo Bailey, recogiendo otra rebanada después de que Annie la cortara—. Y Graham dijo que te dejara dormir todo lo que quisieras.

Una oleada de calor la llenó, y esperó no sonrojarse demasiado.

—¿Dónde está él? —preguntó, sabiendo que Bailey no oiría nada en su voz, pero sospechando que Annie sí lo haría.

—Probablemente en la oficina —dijo Annie—. Ahí es donde siempre está cuando vengo.

—¿Con qué frecuencia limpias? —preguntó Laney.

—Dos veces por semana —dijo—. A veces tres si Graham está teniendo una... semana desordenada. —Hizo una pausa en el corte de la masa y miró por encima de la cabeza de Bailey hacia Laney—. No es la persona más ordenada del planeta. Así que si hace mal tiempo o algo así, vengo más a menudo.

Laney le dedicó una sonrisa y ella volvió a tirar del hilo. Así que Graham no era muy limpio. Laney tampoco lo era, si las pilas de papeles alrededor de su casa eran una indicación.

—¿Crees que le importaría si fuera a darle los buenos días?

Eso hizo que Annie se detuviera por completo, incluso a mitad de un corte.

—Bajo tu propio riesgo —dijo, con los ojos muy abiertos—. No permite que nadie entre en la oficina.

—Solo me apoyaré en el marco de la puerta. —Laney puso su brazo alrededor de Bailey y le dio un abrazo lateral—. Te quiero, bichito.

—Yo también te quiero, mami.

Con eso, Laney los dejó a los dos en la cocina y recorrió el largo de esta hasta encontrar un cuarto de servicio a su derecha, donde esperaban los platillos de comida para perros y al menos una docena de chaquetas, sudaderas y abrigos colgaban de perchas. Tres pares de botas de

trabajo descansaban en el suelo, ninguna de ellas limpia, junto con un surtido de zapatillas deportivas y zapatos de senderismo.

A su izquierda, y a través de otro arco, recorrió un pasillo con varias puertas que salían de él. Supuso que un par serían armarios, pero vio un baño antes de llegar a una puerta casi completamente cerrada.

El aroma de algo dulce llegó a su nariz, pero no estaba segura de si quería saber la fuente. —Toc, toc —dijo al mismo tiempo que golpeaba la madera. Todo en el albergue se había hecho con los mejores materiales, y aunque apenas la había tocado, la puerta se entreabrió un poco.

Laney se movió al otro lado del marco y miró dentro. —¿Graham?

La música llenaba el aire ahora y encontró su silueta al otro lado de la oficina, de pie con la espalda hacia ella mientras contemplaba por la ventana. No reconoció la canción que sonaba, pero eso no era inusual. Tenía poco tiempo para la cultura pop y rara vez escuchaba música.

Graham la conocía, sin embargo, y lo suficientemente bien como para cantar junto con la letra. Su voz, un hermoso tenor rico, se elevó en el aire y le envió escalofríos por la espalda y los hombros. Ni siquiera estaba segura de lo que decía, porque la riqueza de su canto era tan impresionante.

La canción terminó, y Laney no pudo evitar aplaudir. Cuando alguien cantaba así, merecía una ovación de pie.

Graham se giró bruscamente desde la ventana, su rostro una máscara de ira. —¿Qué estás haciendo? —Dio largas zancadas a través de la oficina, su ceño tan profundo que Laney pensó que caería en él y nunca saldría.

—Solo vine a decir buenos días. —Laney retrocedió un paso, segura de que Graham la arrollaría, sacándola físicamente de su oficina aunque aún no había puesto un solo pie dentro.

Se congeló como si alguien hubiera encerrado sus pies en nitrógeno líquido. Su furia se suavizó, y miró alrededor de la oficina y de vuelta a ella, su rostro mostrando un ligero rubor que no tenía hace unos momentos.

—Laney —dijo como si acabara de recordar su nombre.

—Graham. —Sonrió y dio un paso adelante de nuevo, aún sin entrar a la oficina—. No quise sorprenderte. Te escuché cantar. Fue hermoso.

Él agachó la cabeza aunque no llevaba sombrero de vaquero esa mañana. A ella le gustaba con y sin él, su cabello oscuro cayendo sobre su frente. Tuvo el impulso más fuerte de extender la mano y apartárselo, pero mantuvo sus manos firmemente a los costados.

Echó un vistazo a la oficina, y de hecho podía necesitar una ama de llaves. —Eres un apilador.

—¿Hmm? —Levantó los ojos hacia ella, y ella señaló la oficina.

—Un apilador. Un amontonador. Yo hago todo tipo de pilas. Mi ex... —Su voz se cortó por un momento, pero se obligó a continuar—. Mike solía burlarse de mí por eso todo el tiempo. —Levantó la barbilla—. Pero yo sabía dónde estaba todo. Y si no, sabía que estaba en una de mis pilas.

—¿En serio? —Graham se suavizó cuando sonrió, y el corazón de Laney se derritió.

—No quise dormir de más hoy —dijo ella.

—Y yo no quise venir pisoteando por la oficina.

—Podría ayudarte a ordenarla.

Él frunció el ceño de nuevo. —Está bien. Me pregunto, sin embargo, si me ayudarías a asignar habitaciones a todos los huéspedes.

Las cejas de Laney se alzaron. —¿No vienen solo tus hermanos?

—Ojalá. —Graham se pasó la mano por el pelo—. Mi madre viene a quedarse unos días, aunque vive en el pueblo. Lo mismo con Beau. Y sí, Andrew y Eli vienen. Pero Andrew trae a su asistente, una mujer, y necesita su propia habitación. O algún lugar para compartir con alguien. Y Eli trae a un par de amigos que no tenían otro lugar donde ir para las fiestas, junto con su niñera y su hijo de cinco años.

—No sabía que Eli tenía un hijo.

—Sí. —Graham exhaló y se pasó las manos por el pelo—. Su esposa murió hace un par de años en un accidente. Eli hace... bueno, Eli está haciendo lo mejor que puede, como todos nosotros.

—¿Dónde vive?

—Está en Bora Bora ahora mismo. Dirige un gran resort y spa allí.

—Oh, entonces le va a encantar la nieve. —Laney se rio, contenta cuando Graham se suavizó lo suficiente para reír también.

—Muy bien. Entonces los huéspedes. —Laney contó mentalmente. Cuatro hermanos. Una madre. Cinco más—. Eso es solo diez personas —dijo—. ¿Tienes qué? ¿Al menos esa cantidad de habitaciones aquí? —Había estado en la planta baja anoche, pero no había recibido un gran recorrido ni nada.

—Doce —dijo, agitando su mano hacia la pared lejana—. Más la mía.

—Así que hay espacio de sobra.

—Celia viene esta noche para cocinar el resto de las fiestas —dijo él.

—¿En serio? —Laney se arriesgó y entró en la oficina—. ¿Puede atravesar la tormenta?

—Se supone que amainará por unas horas esta tarde. —Graham se alejó de ella y se adentró más en la oficina, dejando que Laney lo siguiera si así lo decidía.

Lo hizo, y quería tomarle la mano de nuevo, así que dio pasos lentos y cuidadosos tras él y deslizó su mano en la suya, esperando que cualquier cosa que lo estuviera preocupando se aliviara con el contacto humano.

Él inclinó la barbilla y miró sus manos unidas, luego la miró a ella. Ella le devolvió la mirada, sin miedo de dejarle saber que estaba interesada.

—Llévame de tour —dijo ella—. Te ayudaré a hacer las asignaciones de habitaciones. Bailey probablemente hará placas con los nombres si quieres. —Sonrió, contenta cuando parte de su melancolía se evaporó justo allí y entonces.

—¿Sí?

—Oh, sí. Le encanta colorear. Por supuesto, vas a tener que arrancarla de los rollos de canela que están horneando, pero apuesto a que tiene tiempo. —Soltó una risita, y cuando él añadió su risa al sonido, hizo la armonía más hermosa.

—De acuerdo. —Deslizó sus labios por su sien, dejando tras de sí un rastro de fuego, y añadió—: Vamos a hacer un recorrido.

8

GRAHAM SOSTENÍA la mano de Laney en la entrada de la oficina y miró en ambas direcciones como si hubiera metido a escondidas a una chica en su habitación y quisiera sacarla de la casa antes de que sus padres se enteraran.

—Mi habitación está por allá —dijo, señalando la puerta al final del pasillo—. A la vuelta de la esquina hay dos dormitorios más. Estaba pensando que mi madre debería quedarse en uno de ellos.

—¿Puedo verlos?

Él no quería mostrarle su desorden, pero los otros dormitorios tenían sábanas limpias y velas aromáticas, así que supuso que estarían presentables. La condujo por allí, pasando de largo su habitación y entrando en la que estaba en diagonal al otro lado del pasillo.

—Esta habitación es algo pequeña. Tal vez nadie se quede aquí si podemos evitarlo. —La puerta se abrió por completo para revelar más de las paredes color crema que lucía el resto de la planta principal, con paneles blancos en el tercio inferior. Su diseñadora de interiores había decorado esta habitación con colores fríos, siendo el melocotón y el azul huevo de petirrojo los tonos dominantes.

La cama de matrimonio ocupaba la mayor parte de la habitación, pero una pequeña cómoda sostenía un televisor. Graham lo miró con desagrado. ¿Por qué había un televisor en esta habitación donde nunca se había alojado nadie?

—Está bonita. —Laney le sonrió radiante, pero Graham mantuvo su atención en el dormitorio.

—La otra es más grande. —La llevó allí y entró completamente—. Esta también tiene una cama de matrimonio, con dos sillones reclinables flanqueando la ventana. —Hay un baño entre las dos —dijo—. Supongo que es una especie de suite familiar.

—A tu madre le gustaría esta. —Laney pasó las yemas de los dedos de su mano libre por la superficie de la mesita de noche y añadió—: Me gustan las conchas marinas. ¿Las elegiste tú?

—Por Dios, no. —Resopló y se rio—. Seguramente ya sabes que pago por las cosas que no quiero manejar o no sé cómo hacer.

—Entonces, ¿cuál es esta? —Hizo un gesto hacia la habitación—. ¿No quieres lidiar con ella o no sabes cómo hacerlo?

Él examinó la habitación, con la obra de arte del faro, la cuerda de marinero en la pared al lado y todos los demás adornos náuticos. —Ambas.

Laney se rio, un sonido delicioso para sus oídos, y él le sonrió. Sus miradas se encontraron y el momento entre ellos se alargó y alargó. Los pensamientos de Graham se desviaron hacia los besos, y su mirada se posó en la boca de ella.

Esos labios carnosos lo provocaban, especialmente cuando ella se los humedeció y tragó saliva como si estuviera nerviosa. Estaba a punto de inclinarse para ver hasta dónde lo dejaría llegar cuando ella dijo:

—¿Deberíamos bajar?

Él se echó hacia atrás de golpe, el mensaje de ella resonando fuerte y claro en sus oídos. —Sí. —Su voz sonaba como la de un oso gruñón, y le soltó la mano al salir del dormitorio. De todos modos lo habría hecho tan pronto como se acercaran a la cocina. Esto era solo un par de pasillos y un giro antes de lo que había anticipado hacerlo.

El sótano se sentía frío y solitario, aunque había estado aquí abajo apenas anoche. Las cuatro habitaciones de aquí abajo probablemente deberían ser el apartamento de soltero para Andrew, Eli y sus amigos, y Laney estuvo de acuerdo.

—La niñera puede quedarse arriba con la asistente —dijo Laney.

—Y le daremos a Eli y a su hijo una habitación para ellos solos. Los otros pueden compartir.

Además de las cuatro habitaciones y dos baños, el sótano albergaba una sala de cine, una segunda cocina mucho más pequeña y una sala de juegos con una mesa de billar, hockey de aire y una consola de videojuegos vintage.

Graham no tenía uso para nada de eso. Las puertas dobles conducían desde la sala de juegos al patio trasero, pero una montaña de nieve presionaba contra el cristal, y nadie saldría por ahí durante esta temporada navideña.

—Entonces solo queda la asistente de tu hermano —dijo Laney mientras subían las escaleras hacia la planta principal—. ¿Qué hay allí abajo? —Señaló un par de puertas más allá de la cocina.

—Esa va al garaje —dijo—. La otra es un cuarto de servicio. Lavadora, secadora, ese tipo de cosas.

—Qué funcional —dijo, y Graham no estaba seguro de si realmente no quería el tour de la cabaña o no.

—Y ya has visto arriba —dijo, decidiendo terminar aquí—. Estoy seguro de que estaremos bien.

—¿Estaremos? —Laney lo enfrentó, con un claro desafío en sus ojos ahora—. Quieres decir que tú estarás bien.

—Vas a venir, ¿no?

—Venir a cenar no es lo mismo que quedarse a dormir.

—Es más que una cena —dijo—. Ya le he hablado a Bailey sobre la ceremonia de encendido del árbol, y parecía emocionada. —Su corazón se encogió con cada segundo que pasaba sin que ella confirmara que traería a Bailey a todos los eventos que había planeado para las fiestas.

—Tendremos que ver —dijo Laney, como él sospechaba que haría—. Tengo un rancho que dirigir, y con la nieve, será diez veces más trabajo de lo normal. —Un atisbo de agotamiento cruzó sus ojos, y Graham quiso borrarlo por ella.

—Iré a ayudar —dijo.

Ella se rio, este sonido solo la mitad de alegre que antes. —He visto cómo trabajas en la granja —dijo—. Probablemente esté mejor sin ti.

—Auch. —Le sonrió y le colocó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Qué acaba de pasar ahí?

—¿Dónde?

—En el sótano. Entre el sótano y aquí.

Sus ojos se desviaron, hacia el garaje, y luego volvieron a los suyos. —Es solo que... quiero

decir, sabía que tenías mucho dinero.

—Mm hm. —Graham no quería hablar de dinero, especialmente del suyo.

—¿Cuánto tienes exactamente?

—¿Por qué importa eso?

Las facciones de Laney se endurecieron, y dijo:

—No importa. Lo siento. No debí preguntar.

Y de repente Graham quiso contárselo. Echó un vistazo a la cocina, pero no pudo ver ni oír a Bailey ni a Annie.

—Cuando mi padre murió, su fortuna pasó en gran parte a mi madre. Nosotros, los chicos, recibimos una parte cada uno, y...

Laney deslizó su mano en la de Graham nuevamente y caminaron hacia el vestíbulo. Él esperó hasta que estaban subiendo las escaleras constantemente antes de decir:

—Yo dirijo la empresa, así que recibí una parte mayor. Es... grande. —¿Por qué no podía decirlo en voz alta?

Laney no preguntó, y él se dijo a sí mismo que si lo hacía, se lo diría.

—¿Dirías que somos amigos? —preguntó ella.

Él levantó sus manos unidas.

—Yo diría que sí.

Ella esbozó una sonrisa tensa.

—Yo diría que eres mi mejor amigo. —Su voz apenas se podía oír, aunque el resto de la casa estaba en silencio—. Igual que en la secundaria y durante toda nuestra infancia.

—Fueron buenos tiempos.

—Los mejores.

Graham respiró hondo.

—Laney, tú también eres mi mejor amiga. —Apretó su agarre en los dedos de ella—. Por eso no estaba seguro de si debería hacer esto.

—¿Has pensado mucho en ello?

—Lo suficiente. —Se había vuelto bueno en no decir nada durante el último año. La mayoría de la gente no exigía una respuesta directa, y Laney era una de ellas.

—Así que mi rancho apenas se mantiene a flote —dijo ella—. Estoy haciendo lo mejor que puedo, pero a veces es difícil.

Graham inmediatamente quiso ayudarla, pero sabía que Laney se negaría. Y probablemente dejaría de tomarle la mano. Y de hablarle. Era hermosa y amable, pero también terca y trabajadora. No aceptaría su caridad, incluso si intentara dársela de forma anónima.

—Tengo nueve ceros en mi cuenta bancaria —dijo él cuando llegaron a la primera puerta en la parte superior de las escaleras, la habitación donde Annie se había estado quedando.

Laney se rio.

—Ah, así que tengo un mejor amigo vaquero multimillonario. Bueno saberlo.

—Bueno, yo no me llamaría realmente un vaquero.

—Tienes el sombrero.

—¿Eso es todo lo que se necesita?

—¿Por estos lares? —Laney lo miró con una expresión juguetona en su rostro—. Yo diría que sí.

Él se rio suavemente y la acercó a su lado, dándose cuenta de que era justo ahí donde quería que estuviera.

TRABAJANDO JUNTOS, él y Laney se encargaron de sus caballos y luego fueron al rancho de ella también. Ella tenía muchos más animales que él, pero todos parecían haber sobrevivido lo peor de la tormenta.

Revisaron las mantas y llenaron los abrevaderos. Los perros del granero tenían una acogedora habitación donde se refugiaban, y ella puso tres veces más comida de la que necesitaban. Sin los calentadores, las gallinas no habían sobrevivido tan bien.

—Oh, no. —Laney recogió un ave congelada—. Bailey estará muy triste. Les ha puesto nombre a todas. Es su trabajo alimentar a las gallinas.

—Movamos el resto al granero.

Lo hicieron, el trabajo era duro a través de la nieve, el cielo gris y el frío. Con todo arreglado, ella revisó la casa y salió solo unos minutos después.

—Aún no hay electricidad —le gritó, con una mirada preocupada en su rostro—. Voy a hacer otra maleta. ¿Podemos quedarnos contigo?

—Por supuesto. —Mantuvo la amplia sonrisa fuera de su rostro, pero sintió el calor extendiéndose por todo su cuerpo.

—Haré que Bailey duerma conmigo —dijo ella—. No ocuparemos dos de tus habitaciones.

—Está bien —dijo él—. Por mi cuenta, solo necesitamos una habitación más arriba, y tenemos tres. —La miró, preguntándose cómo ayudarla—. Además, de todos modos no van a venir hasta dentro de otro día.

—Llamaré sobre la electricidad mañana —dijo, mirando hacia su casa—. No sé por qué no llamé hoy. —Se volvió hacia él de nuevo—. Todas mis tuberías van a estar congeladas.

—La compañía eléctrica no habría podido venir de todos modos. —Graham tampoco lo había pensado, y el hecho era que le gustaba tener a Laney y Bailey arriba, y esperaba que pudieran quedarse varios días más. Miró hacia el cielo—. Recién está empezando a despejarse.

—Y el pronóstico dice que se supone que nevará durante la noche. —Laney dio un gran suspiro y extendió sus brazos hacia el cielo. Giró en un círculo y dijo—: ¿Recuerdas cuando solíamos gritar lo que queríamos al cielo?

Graham lo recordaba, pero no quería jugar a ese juego ahora. Porque estaba mirando lo que quería, y no estaba seguro de poder censurarse si ella insistía en que gritara a las nubes como lo habían hecho cuando estaban en octavo grado.

—¿Qué vas a gritar? —La observó, su presencia tan fuerte mientras giraba en la nieve, sus botas aplastándola.

Ella se detuvo y lo miró, con una enorme sonrisa en su rostro. Él le devolvió la sonrisa, su felicidad casi contagiosa, y las cargas eléctricas en su pulso testificaban que sus sentimientos por ella no eran porque Bonnie hubiera puesto en su cabeza la idea de invitarla a salir.

—¿Por qué nunca salimos antes? —preguntó, inclinando la cabeza.

Su sonrisa se desvaneció, y Graham retrocedió considerablemente.

—Quiero decir, yo estaba saliendo con... alguien. ¿Cómo se llamaba? —¿Y por qué no podía recordarlo?

—Emma Darrow —dijo Laney inmediatamente—. Se casó con Flynn Mason, ¿sabes?

—Creo que oí algo de eso. —Hace mucho, mucho tiempo. Probablemente tenía hijos de la misma edad que él la última vez que había pensado en Emma.

—Y nunca salimos porque no éramos ese tipo de amigos. —Laney se cruzó de brazos como si se abrazara para mantenerse caliente.

Graham dio un paso hacia ella y luego otro.

—¿Somos ese tipo de amigos ahora? —Pasó sus manos enguantadas desde los codos hasta los hombros de ella y de vuelta, realmente esperando que dijera que sí.

—Creo que probablemente deberíamos definir qué tipo de amigos somos —dijo ella, con una nota temblorosa en su voz en las últimas palabras—. Con tu familia viniendo a la ciudad y todo eso.

Graham asintió, pero no abrió la boca para hacer tales definiciones.

—Oh, ¿quieres que yo empiece? —Sus ojos se arrugaron mientras sonreía y sacudía la cabeza—. Siempre haciéndome hacer el trabajo pesado.

—Oye, yo bajé todo el heno para alimentar a los caballos aquí. —Le sonrió.

—Sí, bueno. —Ella puso sus manos en sus bíceps y apretó, aunque seguramente no podía sentir nada a través de su grueso abrigo de invierno—. Estos músculos deberían servir para mucho más que eso.

—Otro tipo de levantamiento —dijo él, aún deseando que ella comenzara. Parecía interesada en él, y se preguntaba desde cuándo lo había visto como un hombre con quien le gustaría cenar. Tomarse de las manos. Tal vez incluso besarse...

—Estaba enamorada de ti en el instituto —dijo ella tragando saliva—. ¿Lo sabías?

Graham parpadeó, seguro de haber oído mal. —No tenía ni idea. —Una sensación de necedad lo recorrió a la velocidad de la luz—. Nunca actuaste como si lo estuvieras.

Ella se encogió de hombros y Graham dejó caer sus manos a la cintura de Laney. El deseo de besarla se elevó hacia los cielos cuando ella apoyó su mejilla contra su pecho y exhaló. —Siempre estabas con Emma, y yo siempre supe que te irías de Cañón Coral. De hecho, me sorprende que hayas vuelto. —Se alejó un poco de él y escrutó su rostro—. Piensas quedarte, ¿verdad?

Si quería mantener esos nueve ceros. —Sí —dijo—. Planeo quedarme.

Laney pareció no creerle del todo, pero asintió.

—Así que... —dijo él.

Un destello coqueto iluminó sus ojos claros, haciéndolos brillar como gemas. —¿Así que qué?

—Así que dime qué tipo de amigos somos para que pueda decidir qué hacer a continuación.

—¿Qué quieres hacer a continuación?

Tragó saliva, sintiendo la garganta muy, muy seca. —¿Tengo que gritarlo al cielo?

Ella negó con la cabeza lentamente, como si supiera exactamente lo que él quería, las puntas de su cabello rozando el dorso de sus guantes.

—No —dijo despacio—. Puedes susurrármelo si quieres.

Él se inclinó, respirando con cuidado el aroma de su cabello, su piel. Percibió algo suave mezclado con algo afrutado, y la combinación de olores casi lo volvió loco.

—Quiero besarte —susurró, con los labios peligrosamente cerca de su lóbulo.

Ella se estremeció entre sus brazos, y él esperó que no fuera solo por las bajas temperaturas. —De acuerdo.

Él se apartó ligeramente para poder ver su rostro. —¿De acuerdo?

Ella asintió, y Graham desvió su mirada hacia esos labios que lo habían atormentado durante veinticuatro horas completas. Bajó su cabeza hacia ella, emocionado cuando ella se estiró de puntillas. Centímetro a centímetro, cerró la distancia entre ellos, seguro de que estaba a punto de besarla.

—Espera —dijo ella, poniendo una mano en su pecho.

Él se quedó inmóvil, esperando, pero ella no dijo nada.

9

EL CORAZÓN de Laney latía con fuerza contra sus costillas como si estuviera a punto de caer por una cascada empinada en un bote sin chaleco salvavidas.

—Yo... —comenzó, pero su voz le falló.

—Está bien —Graham empezó a retroceder, tanto física como emocionalmente, y ella odiaba eso. Lo quería justo a su lado, confiando en ella, ayudándola en este rancho.

—No —dijo rápidamente, apretando su agarre en el hombro de él y moviendo su mano del pecho de Graham a su nuca—. No te vayas.

—¿Qué pasa?

Le gustaba que no fuera exigente pero aun así quisiera saber. Esos ojos oscuros escudriñaban los suyos, llenos de compasión y deseo, y una pizca de frustración.

—No he besado a un hombre en mucho tiempo —soltó de golpe—. Llevo tres años divorciada, y todo terminó mucho antes de eso —se lamió los labios, deseando que sus glándulas salivales no se hubieran ido de vacaciones durante esta conversación.

La expresión de Graham se llenó de amabilidad.

—¿Y crees que has olvidado cómo hacerlo?

Ella se encogió de hombros otra vez.

—Tal vez.

—¿Qué tal si lo intentamos y yo te digo? —Sus ojos brillaron con peligro ahora, con necesidad.

Ella soltó una risita.

—Siento que he arruinado el momento.

—Para nada —Él inclinó la cabeza y pasó la punta de su nariz por la mejilla de ella, sus labios rozando la suave piel justo detrás de la mandíbula. Ella contuvo la respiración y se aferró con más fuerza a sus hombros.

Si él la besaba, estaba segura de que ni siquiera podría mantenerse en pie. El calor llenó su cuerpo, haciéndola sentir como si estuviera al vapor en las temperaturas bajo cero.

Graham la atrajo más cerca, y ella había pasado mucho tiempo pensando en cómo sería besarlo, así que cuando finalmente tocó sus labios con los de ella, sabía exactamente qué esperar.

Al menos eso creía.

Una explosión de fuego estalló en su interior, y se puso de puntillas para hacer que su toque ligero como una pluma fuera más fuerte. Lo igualó caricia por caricia, y supo que todas sus fantasías de adolescente estaban muy lejos de la realidad.

También lo estaban los sueños que había tenido este último año.

Porque besar a Graham era mucho mejor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Pasaron varios segundos antes de que él rompiera la conexión solo el tiempo suficiente para murmurar:

—Todavía sabes cómo hacerlo, Laney —antes de besarla de nuevo.

LANEY REGRESÓ FLOTANDO AL ALBERGUE, sin sentir el frío del aire invernal hasta que estuvo de vuelta adentro, donde hacía calor y podía apreciar lo frío que había estado afuera.

—Mamá, ayudé a Annie a preparar el almuerzo.

—¿Mmm? —Laney miró hacia abajo al ángel rubio frente a ella, tardando un momento extra en reconocer a la niña como su hija—. ¿Ya es hora del almuerzo?

—Fue hace una hora —dijo Annie, todavía llevando el delantal de esa mañana. Puso ambas manos en sus caderas y también lucía una expresión conocedora.

El estómago de Laney gruñó.

—Tengo hambre.

—Yo también —Graham acomodó sus botas en la alfombrilla de secado en el cuarto de servicio donde también había colgado su abrigo—. No tenías que hacer nada, Annie. Hay sobras en el refrigerador.

—La señorita Bailey quería sándwiches de queso a la plancha —La pelirroja miró con cariño a Bailey y le revolvió el cabello—. Hizo un gran trabajo untando mantequilla en el pan.

Una vez más, la culpa fluyó a través de Laney con la fuerza de los rápidos de un río. Si todavía estuvieran en su casa, Bailey probablemente habría comido cereales fríos o un sándwich de mantequilla de maní y mermelada para almorzar. Laney habría hablado con ella sobre eso antes de salir a hacer las tareas, y no sentiría esta punzada de culpa detrás de su corazón porque alguien más hubiera estado cuidando a su hija mientras ella besaba a un hombre guapo junto al granero.

El fantasma de ese beso aún persistía en sus labios, pero se negó a dejar que sus manos se elevaran para tocarlos.

—Calentaré algo —dijo Graham, completamente ajeno al tormento interno de Laney. Por supuesto que lo estaba. Bailey no era su hija, y aunque lo fuera, no se sentiría igual. Ella lo sabía por experiencia personal.

Mike a menudo le había dicho que tenía un corazón demasiado blando, que Bailey necesitaba ser criada con amor, pero que las decepciones, las tareas y los momentos difíciles también estaban bien.

Bueno, ella había tenido mucha experiencia con todo lo anterior desde que él las había abandonado.

—¿Rosbif de anoche? —Graham levantó un recipiente de plástico—. ¿O pollo a la naranja con arroz integral?

—Pollo a la naranja —dijo Laney, dejando atrás la culpa y permitiendo que su interés por la comida tomara el control—. ¿Quién hace su propio pollo a la naranja? Pensé que solo se podía conseguir en El Fideo Mágico.

Graham hizo una mueca.

—El Fideo Mágico ni siquiera es bueno —Abrió la tapa del recipiente y lo metió en el microondas.

—A mi madre le gustan los fideos teriyaki.

—Me encantan los fideos —admitió Laney con un encogimiento de hombros y una sonrisa —. Y no voy a conducir una hora de ida y vuelta a Jackson para ir a Chu's, aunque sea mejor. — Pero si tuviera ese tiempo y dinero, no habría estado rezando todas estas semanas para que Dios le enviara un milagro.

Mientras observaba a Graham moverse por su cocina, sacando platos y cubiertos para que pudieran comer, se preguntó si el Señor había respondido a sus oraciones, solo que no de la manera que ella pensaba que deberían ser respondidas.

El resto del día transcurrió con Bailey haciendo tarjetas con nombres para todos los que venían al pueblo mientras Laney supervisaba. Annie se marchó en algún momento de la tarde temprana, y Celia llegó con bolsas y bolsas de comestibles.

Laney se hizo útil, sin saber muy bien qué hacer con las horas vacías. Estaba tan acostumbrada a tener docenas de cosas en su lista de tareas pendientes y nunca llegar a tacharlas todas. Sentarse a la mesa de la cocina mientras su hija coloreaba y ella no hacía nada... bueno, Laney pensó que se volvería loca si tuviera que hacerlo por mucho más tiempo.

Celia tenía la edad de su madre y era residente de toda la vida de Cañón Coral, así que Laney se puso el delantal que Annie había estado usando antes ese día, se lavó las manos y dijo con una sonrisa que probablemente era una parte amabilidad y dos partes demasiado entusiasmo:

—Ponme a trabajar, Celia.

—¿Puedes pelar zanahorias y patatas? —Celia seguía desempacando los comestibles.

—Sí, señora.

Señaló una bolsa de diez libras de patatas russet.

—Todas estas. —Golpeó una bolsa de zanahorias de aproximadamente la mitad de tamaño —. Y estas.

Aunque pelar patatas no estaba en lo alto de la lista de cosas divertidas para pasar el tiempo de Laney, tomó el pelador y se puso manos a la obra.

—¿Qué estás preparando?

—Estofado de carne —dijo—. Pastel de pollo. Cazuela de tostadas francesas para el desayuno. Lasaña. Cosas que Graham pueda meter en el horno y servir con panecillos o ensalada de bolsa o fruta.

—No creo que coma fruta. —Laney enviaba largas tiras de piel marrón al fregadero.

Celia se rio, el sonido llenando la cocina con más vida de la que Laney había sentido en años. Sonrió a la mujer mayor.

—Probablemente tengas razón en eso. —Terminó de reír y dobló las bolsas de compra reutilizables—. Pero escuché que habrá mujeres y niños aquí, y probablemente deberían tener acceso a algo que no sea marrón.

—De acuerdo. —Puso las patatas peladas en una olla con agua para que no se decoloraran hasta que Celia las necesitara.

Se movía por la cocina con facilidad, y Laney preguntó:

—¿Cuánto tiempo llevas cocinando para Graham?

—Unos siete meses —dijo—. Deberías haberlo visto cuando aparecí por primera vez. — Sacudió la cabeza y chasqueó la lengua—. Pensé que iba a consumirse.

Laney se rio, dándose cuenta demasiado tarde de que la otra mujer no estaba bromeando.

—Lo vi cuando se mudó aquí. Parecía estar bien. —Lo suficientemente bien como para llamarla día por medio por algún problema durante esos primeros dos meses.

—Si crees que no come verduras ahora, deberías haberlo visto cuando me contrató. —Celia

apuntó la punta de su cuchillo en dirección a Laney, aunque estaban separadas por metros—. Lo puse con vitaminas y se ha animado mucho.

Sí, animado era como Laney lo describiría también. Sacudió la cabeza ante la evaluación, con una sonrisa irónica curvando sus labios.

—¿Cómo está tu hija? —preguntó, decidiendo que Graham era un territorio peligroso para una conversación con alguien tan perspicaz como Celia Armstrong. Prácticamente dirigía el molino de chismes en el pueblo, y Laney no necesitaba que su nombre circulara por los salones y las funciones de la iglesia.

—Oh, Diana está bien —dijo—. Tiene las manos llenas con los gemelos. Han estado actuando mal desde que diagnosticaron a su padre.

—¿Y cómo está Devon? —Laney sintió un tirón de pena atravesarla. Diana y Devon ya habían pasado por tanto juntos. No parecía justo que tuviera que lidiar con el cáncer ahora también, después de todo lo que habían pasado para tener a sus bebés.

—Como era de esperar. —El silbido del cuchillo atravesó cebollas y apio, y Celia se acercó para tomar las zanahorias peladas—. El cáncer no se ha extendido, pero tampoco está disminuyendo. —Le dio a Laney una sonrisa triste—. Al menos los gemelos pueden conducir ahora, así que Diana no tiene que hacer tantos arreglos cuando tienen que ir al hospital para los tratamientos.

Laney recordó la hoja de inscripción que había circulado en la iglesia durante meses para ayudar a llevar a los gemelos a la escuela o recogerlos de sus actividades los días que Diana tenía que llevar a Devon a sus sesiones de tratamiento, a una hora y media de distancia.

Nunca había podido inscribirse y ayudar, porque le tomaba veinte minutos solo llegar del rancho al pueblo, y tenía su propia hija de quien cuidar. Al menos así había justificado no inscribirse.

—Entonces —dijo Celia, y las defensas de Laney se levantaron de inmediato ante el tono. Había algo en él. Algo que decía que estaba a punto de entrometerse.

—¿Te quedarás en Whiskey Mountain durante las fiestas?

—Oh, no. —Laney se rio, de nuevo la única en hacerlo, lo que lo hizo incómodo—. No. Solo estoy aquí hasta que vuelva la luz en mi casa.

—¿Se te ha ido la luz?

Laney levantó la mirada.

—Sí.

Celia frunció el ceño y volvió a cortar la carne en cubos.

—No he oído hablar de ningún corte de energía.

—Tengo líneas privadas que se conectan al condado —dijo Laney—. Estoy segura de que solo necesito que alguien venga a revisarlas. —Al menos eso esperaba. No necesitaba otra factura, u otra preocupación que añadir a las que ya tenía sobre los animales congelándose, o las tuberías reventando, o cómo le explicaría a Bailey que Santa las encontraría aquí en el albergue si no podían volver a casa a tiempo para Navidad.

—¿Cómo se llevan tú y Graham? —preguntó Celia a continuación, y Laney se quedó helada. Las verduras chisporroteaban en la estufa a varios pasos de distancia, donde Celia trabajaba, el aroma de cebollas y mantequilla tan hogareño para la nariz de Laney.

—Bien —tardó demasiado en decir.

—Mm hm.

Laney levantó la mirada justo a tiempo para ver la expresión conocedora en el rostro de Celia, casi como si pudiera decir que Laney había experimentado el mejor beso de su vida solo

unas horas antes.

—Es un poco bestia, para ser honesta —dijo Laney, esperando desviar algo de la tensión—. ¿No crees?

Celia se rio y dejó caer la carne en la olla, donde siseó al tocar la superficie caliente. Añadió una cantidad generosa de sal y pimienta mientras decía:

—Aunque se puede domar. Tiene buen corazón. Si te quedas el tiempo suficiente, lo verás.

Laney ya lo había visto, pero se preguntaba si él era consciente de lo exigente que era, o de cómo sonaban algunas de sus «peticiones».

Afortunadamente, Celia cambió de tema, pasando a un rumor que circulaba desde Halloween, y Laney pudo apenas escuchar mientras revivía el beso una y otra vez.

10

GRAHAM APOYÓ la espalda contra la pared, las voces de las mujeres al otro lado llegaban a sus oídos, pero las palabras eran como cintas sin sonido.

Es un poco bestia, para ser sincera.

¿Laney pensaba que era una bestia?

Sus dedos se cerraron en puños, apretándolos con fuerza antes de soltarlos. Tal vez había sido un poco brusco con ella en el pasado. Tal vez. En realidad, no podía recordar haber sido algo distinto a sí mismo, pero eso no significaba que no hubiera parecido una bestia.

Una bestia.

No podía creer que ella hubiera dicho eso sobre él a su chef personal. Pero claro, conocía a Celia Armstrong, la cocinera original del restaurante del pueblo durante treinta y cinco años antes de jubilarse hace unos años.

¿Qué iba a hacer ahora? Había bajado por el pasillo hasta su oficina por un momento, principalmente para volver a centrarse después del beso derretidor que había compartido con Laney cerca de su granero. Ahora esperaba conseguir algunos momentos más a solas con ella de alguna manera.

No podía sugerir un paseo debido al clima, pero había planeado pedirle que lo acompañara a colgar las placas con los nombres que su hija había hecho. Tal vez se había imaginado besándola en la penumbra de la sala de cine, o en la esquina del pasillo de arriba.

La Bestia consiguió su beso con Bella, ¿no?

Quizás ya has conseguido el tuyo, pensó, sintiendo que su corazón se hundía hasta la planta de sus pies. Y tal vez necesitaba comportarse como el hombre de cuarenta años que era y hablar con ella sobre todo, desde el beso hasta por qué pensaba que era una bestia.

Así que dio la vuelta a la esquina hacia el delicioso aroma del estofado de carne de Celia y Laney lavándose las manos y diciendo:

—¿Qué necesitas ahora?

—Me preguntaba si podría robarme a Laney por unos minutos —dijo él, dirigiendo una sonrisa nada bestial a Celia—. Está ayudándome a preparar las habitaciones para los huéspedes.

Ambas mujeres alzaron las cejas. Laney se recuperó primero, tomándose unos segundos extra para secarse las manos con una toalla y decir:

—Déjame buscar a Bailey.

—Me dio las placas con los nombres —dijo Graham—. Están en la oficina. Y esperaba que pudiéramos trabajar en la decoración del árbol esta noche y mañana también. Quiero tener la gran ceremonia de iluminación por la noche después de que lleguen todos.

—Pensé que ibas a hacer que Bree se encargara de la decoración.

—Se quedó sin tiempo —dijo Graham simplemente, esperando que Celia no revelara todos los secretos que había mantenido tras las puertas cerradas de Whiskey Mountain Lodge. Laney no necesitaba saber que a Bree se le había acabado el tiempo para decorar el árbol de Navidad de seis metros en el vestíbulo porque Graham le había encargado la tarea de encontrar suficientes calcetines para todos los huéspedes que llegaban y hacer todas sus compras de regalos.

Bree se había convertido en algo así como su asistente personal este invierno, y de repente se sintió como una *bestia* por no haber bajado al pueblo a comprar él mismo los regalos para sus hermanos.

—Estoy segura de que a Bailey le encantaría hacer eso —dijo ella—. Ni siquiera tenemos un árbol en casa —sostuvo su mirada solo por un momento y luego metió las manos en sus bolsillos.

El segundo se alargó, con los tres de pie en un triángulo incómodo. Finalmente, Celia dijo:

—Bueno, vayan entonces. Puedo arreglármelas bien sola aquí —su mirada rebotó entre Graham y Laney—. Probablemente sea mejor si nadie me estorba —se volvió hacia la olla grande en la estufa, dejando a Graham sin otro lugar donde mirar que a Laney.

—¿Vamos? —quiso retirar las palabras tan pronto como salieron de su boca. Esto no era una cita, y no necesitaba actuar como si lo fuera. Sin saber qué más decir, salió de la cocina y empezó a caminar por el pasillo hacia su oficina.

Celia lo alcanzó en el segundo arco, que también conducía a la cocina, justo al otro lado donde estaba el cuarto de servicio, con un rollo de cinta adhesiva transparente en la mano. No dijo nada, pero arqueó una ceja y volvió a entrar en la cocina.

Recogió las placas con los nombres de su escritorio y dio la vuelta a la esquina para colocar la de su madre. Las palabras que quería decir, las preguntas que tenía que hacer, parecían amontonarse unas sobre otras, incapaces de salir una a una.

Así que pegó el papel de colores del arcoíris que decía *Amanda* en mayúsculas.

—Bailey es realmente creativa —dijo.

—Lo es —Laney se acercó un poco más, y él captó un soplo de su perfume.

Dio un paso atrás y se dirigió a la siguiente puerta.

—No pensé que nadie se quedaría aquí —dijo ella.

—Andrew solicitó un ala tranquila para su asistente —puso los ojos en blanco mientras arrancaba otro trozo de cinta—. Aparentemente, el personal de relaciones públicas siempre está trabajando, incluso en Navidad.

—No pareces feliz por eso.

Alisó la cinta para que sostuviera el cartel con *Tilly*, pequeñas criaturas marinas flotando en la escena oceánica que rodeaba las letras.

—Oh, ¿estoy siendo un poco bestia? —le lanzó una mirada, levantó las cejas y dio la vuelta a la esquina antes de que ella pudiera responder. Había dado tres pasos antes de girar sobre sí mismo, su pulso rebotando dentro de su pecho. Pero no iba a alejarse.

Graham se detuvo en seco cuando encontró a Laney a solo un paso detrás de él.

—¿Sabes qué? —preguntó—. Este año no ha sido fácil para mí. Así que tal vez he parecido un poco áspero. Eso no significa que sea una bestia.

Sus ojos ardieron con algo parecido a un relámpago. —¿Estabas espiando?

—Hay media docena de entradas a esa cocina. Pasaba por ahí.

Su semblante decayó. —No quise decir nada con eso —puso la palma de su mano contra su esternón, y vaya si su corazón no latió más rápido. Y probablemente ella podría sentirlo—. Es solo que no quería que Celia supiera sobre... ya sabes.

—Que nos besamos —dijo él, sin avergonzarse. ¿Acaso ella lo estaba?

Ella lo agarró del codo y lo llevó de vuelta a la esquina, con ojos ansiosos y un agarre firme. De alguna manera, esto hizo que su sangre hirviera más.

—Laney, ¿no querías que te besara?

—No —dijo ella—. Quiero decir, sí —exhaló y pasó la palma por su cabello, alisando los mechones rebeldes.

—Simplemente no quieres que nadie lo sepa.

Ella lo miró, con el fuego y la fuerza que él había visto en ella a los diez años cuando golpeó a los bravucones en el autobús escolar que seguían robándole su chicle, ardiendo en esos ojos verde claro.

Había visto esta determinación cuando ella entraba en las competencias de FFA. Y cuando lo reprendió por invadir su propiedad.

—Graham —dijo con una voz extrañamente calmada—. Tengo una hija de seis años. He estado casada antes. Me perdonarás si esto necesita ir... despacio.

Graham no estaba seguro de cómo responder. Tampoco estaba seguro de haber considerado alguna vez la posición en la que ella estaba, y de dónde vendría, o lo que traía de su pasado a su presente.

—¿Estás interesada en mí, verdad? —preguntó.

Ella soltó una risa y se estiró de puntillas para besarle la mejilla. —Graham, estoy muy interesada en ti —sus ojos brillaron ahora, pero esa determinación se mantenía justo debajo de la superficie. Todo se desvaneció en miedo—. Pero necesito que esto vaya despacio, y necesito que entiendas que puede llevar tiempo para que llegue a ciertas... decisiones.

—Puedo ir despacio —dijo casi tontamente, sintiéndose estúpido por haberse sentido herido tan rápida y furiosamente—. Y supongo que ahora es un buen momento para decir que no me gusta que me llamen bestia. No estoy tratando de ser grosero.

Ella no tenía idea de cómo era, ponerse en los zapatos de su padre después de una muerte repentina, y tratar de dirigir una empresa de la que no tenía conocimiento ni inclinación para dirigir. Había trabajado sin parar durante meses para entender todo lo que hacía Springside Energy, todo mientras el gerente general simplemente quería que se fuera.

Y cuando ese trabajo terminaba por el día —lo cual era risible. El trabajo en Springside nunca terminaba realmente— tenía todo el albergue, los terrenos y la granja que cuidar.

—¿Qué hice? —preguntó, atrayéndola a sus brazos y sosteniéndola contra su pecho—. ¿Para que pienses que soy un poco bestia?

—Es solo... es solo la manera en que dices las cosas —dijo ella—. No suena como si preguntaras. Suena como si estuvieras ordenando.

—Necesitaba tu ayuda —dijo él—. No quise exigirla.

—Lo sé.

—Trabajaré en ello —dijo.

—Yo también tengo algunas cosas en las que trabajar —dijo ella—. Pero ahora, solo quiero colgar estas placas con nombres y luego decorar el árbol —dio un paso atrás y le sonrió, una sonrisa cautelosa y hermosa—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —pasó una mano alrededor de su cintura y la acercó de nuevo—. Pero creo que tal vez necesito un beso para compensar que me llamaran bestia a mis espaldas —le sonrió, contento cuando ella captó el tono de broma en su voz.

Sus ojos se cerraron y ella inclinó la cabeza hacia atrás, una invitación abierta para que la besara. Él se tomó un momento extra para absorber su belleza, y luego reclamó su boca, este

beso tan maravilloso, tan apasionado y tan transformador como el primero.

GRAHAM TRAJO otra caja de adornos del garaje, el calor golpeándole en la cara. —Esta es la última —dijo mientras colocaba las esferas brillantes en el suelo del vestíbulo.

Laney exhaló y se enderezó, observando el desorden de cajas esparcidas entre los dos. —No sé si podemos hacer esto en un solo día.

Bailey tarareaba para sí misma mientras deslizaba otro gancho a través de la parte superior de una bola roja y la colgaba en una de las ramas más bajas. Graham dejó que sus ojos recorrieran el árbol, dándose cuenta de lo alto que era y lo ancho que se extendía, y de cómo probablemente no debería haber dejado esta tarea para el último día.

O para sí mismo.

Sus ojos se encontraron con los de Laney y se fijaron, y ella se encogió de hombros de esa manera tan clásica de Laney y dijo: —Tal vez si tenemos chocolate...

Graham sonrió y volvió a la cocina. Una olla de agua hirviendo estaba en la estufa y Celia deslizó un puñado de fideos de lasaña en ella. —Celia —dijo, escuchando su propia voz. ¿Sonaba demasiado exigente? No había entrado pisando fuerte y gritado: "¡Chocolate caliente en los próximos dos minutos o estás despedida!" Eso era algo, ¿verdad?

Ella se volvió hacia él y se apartó el flequillo de la frente. —Hola, Graham —le recordaba tanto a su madre, y Graham se alegró de que su mamá hubiera decidido quedarse en el albergue durante las fiestas. Así todos los hermanos podrían mimarla en este primer año que estaba sola para las fiestas.

Ella había ido a Bora Bora para el Día de Acción de Gracias, y Eli ni siquiera había servido pavo o puré de papas.

—Estamos empezando a decorar el árbol —dijo, sintiéndose como un idiota por cómo estaba hablando. Esto no era normal ni quien él era—. ¿Y Laney se pregunta cuál es la posibilidad de tomar chocolate caliente? —elevó su voz en la última palabra como si fuera una pregunta.

Celia parpadeó hacia él, con confusión en su rostro. —¿Graham?

Él estaba igualmente confundido. —¿Puedes hacernos un poco de chocolate caliente mientras decoramos el árbol?

—Claro —fue al armario y sacó tres tazas—. Ya tengo agua calentándose.

—Gracias —regresó al vestíbulo y encontró a Laney tratando de ocultar su sonrisa—. ¿Qué?

—Ah, ahí está él —comenzó a reír mientras desenvolvía otra caja de luces.

Él puso los ojos en blanco y gruñó, algo muy bestial, antes de agacharse para recoger una caja de adornos en forma de carámbanos de rayas rojas y blancas. —Muy bien, Bailey, dame algunos de estos.

La niña rubia se acercó, sus brillantes ojos azules tan fuera de lugar en un rostro que se parecía tanto al de Laney. Él no conocía a su esposo, pero el hombre debía tener ojos azules.

Trabajaron juntos, y el chocolate caliente estuvo listo solo unos minutos después. Adorno por adorno, bastón de caramelo por bastón de caramelo y villancico tras villancico, el árbol quedó decorado.

Graham gimió al bajar de la escalera por lo que parecía la millonésima vez y estiró su espalda. Bailey había vagado hacia la cocina hacía al menos una hora, y Celia le había dicho a Graham que el almuerzo estaba listo tres veces antes de rendirse.

Laney se apartó, casi bajo el arco que conducía por el pasillo a su dormitorio, sus ojos recorriendo desde la punta del árbol hasta la base. —Creo que se ve bastante bien.

Graham notó que se detenía en un punto cerca de la parte superior. —Hay un espacio vacío allá arriba —miró el desorden en el suelo, odiando tener que limpiarlo todo. Esto de decorar era demasiado trabajo—. ¿Tenemos algo más?

—Está bien —dijo Laney—. Todavía tenemos trabajo en la granja.

Él miró hacia el pasillo en dirección al garaje antes de rodearle la cintura con el brazo. —No ha nevado tanto hoy. Deberíamos terminar más rápido.

Ella se apoyó un poco en él, y a Graham le gustó que le confiara su cansancio. Con gusto lo cargaría por ella. —Vamos a limpiar esto.

—¿Qué tal si tú limpias esto y yo hago las tareas de afuera?

Laney se quedó inmóvil, sus ojos ahora abiertos y brillantes. —¿Qué?

—Solo tengo los tres caballos. Puedo encargarme de ellos en un santiamén y bajar a tu casa antes de que hayas guardado siquiera la mitad de esto —vio la indecisión en sus ojos y se encogió de hombros—. Quiero decir, podemos hacer una carrera.

Cerró los ojos en un momento de idiotez. *¿Podemos hacer una carrera?* ¿Acaso tenían cuatro años?

—Trato hecho —dijo ella—. Te enviaré un mensaje cuando termine, y si no has acabado con tus caballos antes de que yo guarde todo esto, tú... —se interrumpió, y Graham quería sacarla del apuro, pero también realmente quería saber cómo terminaría esa frase.

—¿Yo qué? —preguntó.

—Me llevarás a cenar.

—Ya te invité a cenar —sonrió y arqueó una ceja.

—Eres una bestia —ella empujó su pecho, con una sonrisa bailando en sus ojos.

—Oh, no puedes decir eso de todo —se rio y añadió—: Tengo algo de tiempo para vestirme adecuadamente para el exterior —le dio un rápido beso en la mejilla y se dirigió al cuarto de servicio—. Te gritaré cuando puedas empezar.

Oyó cajas deslizándose y plástico crujiendo, y gritó: —¡Tramposa! —mientras se metía los pies en las botas. Laney soltó una risita, un sonido agudo y juvenil que se clavó directamente en los lugares más tiernos de su corazón.

Pensó en la palabra que había gritado mientras terminaba de prepararse y salía al frío. *Tramposa.*

Erica lo había engañado en Seattle, y él había esperado que el dolor, la opresión en su pecho, persistiera para siempre. Pero se había ido. Echó una última mirada a la puerta trasera del albergue, preguntándose si Laney tenía algo que ver con lo sanado que se sentía su corazón.

11

LANEY SE DESPERTÓ a la mañana siguiente, sintiendo el calor en la cabaña más agradable de lo que esperaba. Tal vez había etiquetado a Graham como una bestia peluda que se había encerrado en esta casa gigante. Pero tenía buen corazón, y todos los que lo conocían parecían amarlo, y ella realmente había disfrutado su tiempo allí.

Pero se predecía que la nieve se detendría, y la compañía eléctrica había dicho que vendrían esa tarde a revisar las líneas, y él tenía un montón de gente viniendo al pueblo para las fiestas.

Deberías volver al rancho, se dijo a sí misma mientras la noche comenzaba a dar paso al amanecer. Obviamente no podía irse hasta que se restaurara la electricidad y la calefacción hubiera tenido la oportunidad de calentar todo de nuevo.

Así que tal vez otra noche, pensó, aferrándose a la idea. Y si estaba aquí mañana, bien podría quedarse hasta el día de Navidad.

Un golpe suave sonó en la puerta y luego la vocecita de Bailey dijo:

—Mamá, ¿estás despierta?

—Sí. Pasa, bichito.

La puerta se abrió y Bailey entró con su camisón rosa, llevando su llama de peluche y los tres perros siguiéndola. Laney no dejaba que sus dos animales se subieran a su cama, pero aparentemente Barry y Clearwater habían perdido toda civilización, porque saltaron a la cama y le dieron miradas como diciendo: *No podemos creer que nos hayamos perdido estos colchones tan suaves todos estos años*, antes de darse la vuelta y acostarse.

Laney abrió sus brazos y Bailey se deslizó en la cama con ella.

—¿Qué pasa?

—Algo golpeó mi ventana.

Laney miró hacia la ventana a su izquierda, pero todavía estaba demasiado oscuro para ver mucho.

—Tal vez haya viento.

—Clearwater ladró.

—Clearwater ladra si estornudo.

Bailey se acurrucó más profundamente, y Laney la arropó con la manta y le acarició el cabello.

—Hoy vamos a hacer el encendido del árbol. Estás emocionada por eso, ¿verdad?

—Sí.

—Toda la familia de Graham viene.

—Lo sé. Celia dijo que esta noche cenaremos pastel de pollo.

A Laney se le hizo la boca agua solo de pensarlo. Ella servía pastel de pollo, pero eran los

congelados que simplemente ponía en el horno durante una hora mientras se duchaba y se recogía el pelo mojado en un moño, tal vez pasaba la aspiradora y luego se echaba una siesta de diez minutos hasta que sonaba el temporizador.

—Puede que no estemos aquí esta noche —dijo.

—¿Por qué no? —Bailey giró la cabeza para mirarla.

—Cuando nos devuelvan la electricidad, volveremos al rancho.

—Pero dijiste que Santa podía traer los regalos aquí.

—Y puede hacerlo. Pero si nuestra casa está arreglada, volveremos allí.

Bailey frunció el ceño, pero se volvió a acomodar contra el costado de Laney.

—Creo que podría confundirse con tanto cambio.

Laney no quería aplastar los sueños de su hija, pero tampoco quería hacer sus planes basándose en lo que una niña de seis años creía sobre una figura mítica.

—Ya veremos —dijo, su respuesta estándar cuando no sabía qué hacer como madre, lo cual era todo el tiempo.

Se quedaron en silencio, y Laney sí escuchó el viento azotando afuera, y secretamente esperaba que las líneas eléctricas no pudieran ser reparadas esa tarde. Entonces no tendría que tomar una decisión, y Bailey estaría satisfecha.

Dormitaron un rato, hasta que el aroma del café y algo con levadura se elevó en el aire. Bailey se removió primero, y cuando Laney abrió los ojos, encontró a los tres perros esperando en la puerta. Clearwater gimió, y Bailey salió de la cama.

—Bajaré en un momento, ¿de acuerdo? —preguntó Laney.

—De acuerdo.

Bailey abrió la puerta y dejó pasar a los perros primero. Dejó la puerta entreabierta y Laney oyó sus pasos alejarse y luego bajar las escaleras. Laney no estaba particularmente cansada, pero le encantaba quedarse unos minutos más en la cama calentita.

Cuando finalmente se levantó y se puso un suéter gris con un par de vaqueros y bajó, encontró a todos sentados a la mesa del comedor, con montañas de gofres belgas frente a ellos.

—Ahí estás —dijo Celia, de la manera en que lo habría hecho la madre de Laney cuando se quedaba dormida—. Te guardé algo de tocino. Estos dos eran como lobos.

Graham se encogió de hombros sin disculparse, ya que tenía la boca llena de gofres y jarabe.

—Oh, gracias —dijo Laney, sin estar muy segura de cómo tomar que se preocuparan por ella. Hacía tanto tiempo que no sucedía, y su primer instinto fue decir: "Estoy bien. Ni siquiera me gusta el tocino", aunque lo contrario era cierto.

Dejó que Celia sacara el tocino del horno y ella se sirvió un gofre belga con fresas y crema.

—Entonces —dijo—. ¿Cuál es el plan para hoy?

—Beau me está ayudando a trasladar a todos desde el aeropuerto —dijo Graham—. Tareas de la granja esta mañana. Encendido del árbol a las seis.

—Cena a las seis y cuarto —dijo Celia.

—Todos estarán aquí para las cuatro —dijo Graham—. Eso espero. —Miró hacia las ventanas al final de la mesa—. Si el clima lo permite.

El sol brillaba afuera, pero Laney sabía que era un falso calor. Había pasado muchos inviernos en Wyoming, y sabía lo que el viento podía hacer a las narices y las puntas de los dedos.

El desayuno terminó, y ella se tomó unos minutos extra para saborear su café mientras Bailey ayudaba a Celia en la cocina. Graham desapareció por el pasillo hacia su oficina con una mirada en dirección a Laney, pero ella no lo siguió.

Esta realidad se sentía un poco demasiado... fácil. Un poco demasiado buena para ser verdad. Tan pronto como regresara al Rancho Echo Ridge, se vería recordada de la cruda verdad de las cosas. No había suficientes horas para hacer todo lo que necesitaba hacerse. No había suficiente dinero para todo.

Pero sí quería a Bailey, y Bailey la quería a ella, a los perros, a los caballos, a todo. Así que Echo Ridge tenía algo que este albergue no tenía. Corazón. Espíritu. Amor.

Suspirando, Laney enjuagó sus platos y los puso en el lavavajillas antes de decir:

—Vamos, Bailey. Tenemos trabajo que hacer.

CUANDO CAYÓ LA OSCURIDAD, Laney subió pesadamente por el camino hacia el albergue, que brillaba con alegres luces amarillas en las ventanas delanteras. Al final del camino, se tomó un momento para contemplar el edificio, que se veía cálido, acogedor y maravilloso.

Todos deberían haber llegado esa tarde, y se preguntaba qué tipo de recepción recibiría de los hermanos Whittaker, sus amigos y otros familiares. Bailey había pasado la mañana trabajando en el rancho con ella, pero Laney la había traído de vuelta para el almuerzo y había regresado al rancho para reunirse con la compañía eléctrica sola.

Una respiración profunda la ayudó a centrarse. A fortalecer su resolución para lo que necesitaba hacer. Su teléfono sonó cuando dio el primer paso por el camino despejado, y lo sacó para ver el nombre de Graham en la pantalla, y que llegaba tarde.

¿Qué tan cerca estás? decía su mensaje.

Dos minutos, escribió. *Bajando por el camino ahora.*

Unos segundos después, la puerta principal se abrió, y una figura alta y de hombros anchos bloqueó la luz que se derramaba. A Laney se le cortó la respiración y ni siquiera podía ver al hombre. No podía evitar sentirse nerviosa por conocer a toda su familia y pasar la Navidad con ellos, pero también sabía que algunas de las mariposas eran simplemente porque aún no había besado a Graham ese día y quería hacerlo.

Él la encontró en la acera, su chaqueta de cuero no era lo suficientemente gruesa como para protegerlo del frío. Su aliento salió en una nube mientras sonreía.

—Hola, linda dama.

La sonrisa de Laney apareció en su rostro y se detuvo para apoyarse en su calidez.

—Hola.

—¿Cómo te fue allá abajo?

Ella exhaló, enviando su propia nube blanca al aire frío.

—No muy bien. Las líneas están cortadas y requieren un equipo completo.

Sus brazos la rodearon, sosteniéndola cerca de su corazón, envolviéndola en el aroma de su piel, su ropa, él. Olía a algodón, ambientador, jabón y algo amaderado.

—¿Cuándo pueden enviar un equipo completo?

—No tendrán un equipo completo hasta después de año nuevo —habló con sílabas medidas, esperando que él oyera la desesperación en su voz—. Oye, me ahorra en calefacción, ¿no? —Intentó una risita, pero no le salió del todo bien.

—Entonces te quedarás conmigo hasta entonces —La forma en que lo dijo, como si simplemente fuera a ser así, realmente calentó a Laney esta vez.

—Si podemos —dijo ella—. Puedo pagar por la habitación.

—No seas ridícula.

—La gente solía pagar por esas habitaciones, ¿sabes?

—Lo sé —Entrelazó sus dedos con los de ella y se enfrentó a la casa—. ¿Estás lista para esto? —Eso fue todo. Sin negociación. Simplemente no iba a pagar alquiler.

—¿Qué tan loco está?

—¿Comparado con vivir solo? Una pesadilla —Se rio entre dientes—. Pero en realidad se siente bastante bien tener a todos aquí también.

Ella le apretó la mano.

—Muy bien, vaquero. Hagámoslo.

Pero él no se movió.

—Solo... —La miró fijamente, y Laney se perdió en la oscuridad de sus ojos, en la emoción que emanaba de ellos—. Me pregunto cómo presentarte.

Porque quería hacerlo, se puso de puntillas y rozó sus labios con los de él. Él rápidamente la tomó por la cintura y la acercó de nuevo, besándola más firmemente la segunda vez.

—Así que novia debería funcionar —susurró Laney contra sus labios, besándolo una vez más y esperando que el término no lo sorprendiera demasiado a él o a su familia.

—¿No mejor amiga? —preguntó él.

—Creo que puedo ser ambas cosas —Puso un par de centímetros entre ellos y escudriñó su rostro—. ¿No crees?

—Nunca lo había pensado.

—¿No eras amigo de ninguna de tus novias?

—Bueno, sí, es decir... supongo.

—Yo era la mejor amiga de mi esposo —Laney miró hacia la casa—. Hace mucho tiempo —No quería ir por ese camino, no en Navidad. Pensar en Mike solo la enojaría, y no quería pasar otra festividad furiosa. Había revisado la casa en busca de correo, y cuando no encontró nada, llamó a la oficina de correos.

Sin paquetes. Sin regalos.

El padre de Bailey se había olvidado de ella, otra vez.

Respiró hondo y expulsó los pensamientos con mero oxígeno.

—Tengo regalos en mi casa —dijo—. Tal vez podrías ayudarme a traerlos mañana, a escondidas, aquí al albergue.

—Por supuesto —La acercó más, la abrazó por otro momento.

Alguien abrió la puerta principal y llamó:

—¿Graham? Estamos listos aquí dentro.

Él se rio y dijo:

—Ese debe ser Eli. Siempre manteniéndonos en horario —Caminó hacia la casa, con la mano de Laney segura en la suya, murmurando para sí mismo—: Novia. Oigan, chicos, ¿recuerdan a Laney Boyd? Es mi novia.

Laney sonrió al suelo, le gustaba cómo sonaba la palabra saliendo de su boca, como había sospechado que le gustaría desde hace tiempo. Ahora, si tan solo pudiera superar el encuentro con todos, tal vez podría respirar decentemente y disfrutar de las festividades.

12

GRAHAM SE DETUVO JUSTO ANTES de abrir la puerta principal. —¿Y qué hay de Bailey? —Tal vez sí estaba un poco nervioso por anunciar a toda su familia al mismo tiempo que se había conseguido una novia en los últimos tres días. Ya podía ver sus caras: los ojos de su madre llenos de sorpresa, la mirada entrecerrada de Andrew mientras intentaba averiguar si Graham estaba bromeando o no...

—Ya hemos hablado sobre que yo vuelva a salir con alguien —dijo ella.

—Tiene seis años.

—No es tonta. —Laney lo miró, sus ojos verde claro ardiendo con un fuego extraño.

—Mira quién está siendo una bestia ahora. —Graham esbozó una sonrisa, pero su pecho le dolía un poquito. Se sentía tan fuera de lugar con una nueva relación, especialmente porque la situación de Laney no era fácil y venía con una niña de seis años. Graham no tenía idea de cómo relacionarse con los niños, aunque pensaba que se llevaba bastante bien con Bailey.

Ella suspiró y dijo: —Empezó primer grado este año. Sabe que otras personas tienen papás. Hubo un "Día de Llevar a tu Papá a la Escuela", y Bailey y yo hablamos mucho sobre su padre, dónde estaba, y que yo podría encontrar a alguien más para... —Se detuvo, y aunque estaba oscuro, Graham definitivamente pudo ver un indicio de sonrojo.

—¿Casarte? —Forzó la palabra a salir de su boca. Mejor amigo o novio ciertamente era más fácil de digerir, ya que Graham nunca se había imaginado realmente como esposo y padre.

—Bueno, no ahora mismo. —Laney le apretó la mano—. Parece que vas a vomitar. —Añadió una risita al final de su frase, pero no estaba muy lejos de la verdad.

—Es solo que... —Se aclaró la garganta—. Es mucho para asimilar con tan poco tiempo.

—Entonces tal vez solo empieza con *estamos empezando a salir*. Quiero decir, ni siquiera hemos tenido una cena juntos todavía.

Prácticamente estaban viviendo juntos, y lo harían al menos por otra semana. Pero cuadró los hombros, mientras un poco del ruido del interior se filtraba a través de la sólida puerta de madera. —De acuerdo. —Abrió la puerta antes de que ella pudiera decir algo y le apretó la mano mientras entraba.

—Ahí está. —Eli estaba más cerca de la puerta, con la corbata un poco más floja que antes. El solo hecho de que viajara con camisa blanca y corbata decía mucho sobre el segundo hermano más joven, pero Graham apreciaba más a Eli.

Era sensato y práctico. Tenía el cabello castaño más claro que Graham, pero los mismos ojos brillantes color chocolate oscuro.

—Eli —dijo Graham—. Te acuerdas de Laney Boyd, ¿verdad?

Fue como si la conversación se hubiera silenciado. Incluso la música navideña que Celia

había puesto a través de los altavoces del techo llegó a un punto bajo, haciendo que el silencio fuera lo único que había entre él y todos los demás.

Los ojos evaluadores de Eli recorrieron el cuerpo de Laney de arriba abajo y volvieron a su rostro. Solo tomó un segundo, tal vez dos, pero Graham sintió como si hubiera tardado una hora, y su hermano definitivamente vio sus manos entrelazadas.

—Laney Boyd. —Dio un paso adelante y le dio un rápido abrazo de lado—. Por supuesto.

—Ahora es McAllister —dijo ella con una sonrisa—. Te ves muy bien, Eli.

Él se volvió hacia el vestíbulo, que estaba lleno de gente, y dijo: —Gracias. Ven a conocer a mi hijo. Estaba encantado de ver a tu hija aquí. Stockton, ¿dónde estás?

El sobrino de Graham emergió de detrás del árbol, con una consola de juegos portátil en la mano. Se la pasó a su padre cuando llegó y los miró. —Tío Graham, este lugar es genial.

—Gracias, campeón. —Graham le sonrió al niño, esperando poder verlo mucho mientras Eli estuviera aquí. Bora Bora estaba demasiado lejos—. Esta es mi novia, Laney. Es su hija Bailey con quien estás jugando.

Stockton, siempre el caballero, extendió su mano. —Encantado de conocerte.

—Oh, vaya. —Laney soltó una risita y estrechó la mano del niño—. Encantada de conocerte también. —Soltó la mano de Graham y se inclinó al nivel del niño—. Si me buscas más tarde, me aseguraré de que sepas dónde guarda tu tío las golosinas.

Los ojos de Stockton se agrandaron y sonrió. —De acuerdo.

—¿Oí bien? —La madre de Graham llegó a la escena y puso un brazo protector alrededor de Stockton—. ¿Ustedes dos están saliendo?

Graham intercambió una mirada con Laney, pero ella simplemente le sonrió, su rostro lo más hermoso que jamás había visto. —Más o menos, mamá.

—¿Más o menos? —exigió Andrew. Él, al menos, llevaba un par de vaqueros, una camiseta azul y una sudadera gris.

—La he invitado a salir. —Graham se enderezó, tratando de ganar el centímetro de altura que tenía sobre su hermano—. Pero con las tormentas, aún no hemos podido salir del albergue.

—Ven a conocer a mis amigos. —Eli guió a Laney y Stockton lejos de Graham, y él vio a su novia alejarse, su largo cabello balanceándose mientras caminaba hacia dos hombres y una mujer: los amigos y la niñera de Eli. Beau se unió al círculo de personas que rodeaban a Graham, y él no tuvo más remedio que quedarse.

Celia le lanzó una mirada desde su posición contra la pared que conducía al pasillo, con una pequeña sonrisa en su rostro. Graham sintió que su cuello se calentaba, pero sabía que tenía su aprobación.

—Graham, no sabía que tú y Laney fueran tan cercanos. —Beau bebió de una botella de agua, su pregunta-que-no-era-realmente-una-pregunta tan propia de un abogado que resultaba molesta.

—Por supuesto que lo somos —dijo Graham—. Es la vecina más cercana que tengo aquí, y me ha estado ayudando con la granja durante un año.

—Nunca la habías mencionado antes. —Su madre llevaba una expresión de preocupación como si Laney lo hubiera hechizado de alguna manera.

Honestamente, Graham apenas podía pensar con claridad. —La estoy mencionando ahora. —Miró más allá de Andrew hacia donde Laney se reía de algo que Meg, la niñera, había dicho.

—Miren, es algo nuevo, ¿de acuerdo? Se ha estado quedando aquí un par de días porque las líneas eléctricas en su casa están caídas. Estará aquí durante las fiestas, y me gusta. —Prácticamente siseó las últimas palabras mientras Bailey se acercaba saltando.

—Graham, ¿recuerdas que dijiste que yo podría repartir los regalos de Nochebuena?

Paseó la mirada por los miembros de su familia y se centró en la niña pequeña. —Claro que sí, Bay. ¿Estás lista? Los haremos justo después del encendido.

—Stockton quiere ayudar.

—Oh, bueno, creo que está bien. ¿No te parece?

Parecía indecisa, pero miró por encima del hombro hacia donde Stockton estaba con su niñera y luego volvió a mirar a Graham. —Sí, está bien.

—De acuerdo, ve a buscarlos con Celia, y yo prepararé a todos para el encendido. —Porque entonces la conversación con su madre y sus hermanos habría terminado. Bailey se alejó saltando, y él dijo—: Muy bien, todos. Creo que estamos listos para encender el árbol. Me han dicho que es mejor si se ponen por aquí. —Indicó la chimenea, que tenía una docena de calcetines colgados a lo largo, y esperó mientras todos se acercaban.

Volvió a tomar la mano de Laney en cuanto estuvo a su alcance, con su ansiedad burbujeando cerca de la superficie de su control. —¿Estamos listos? —El pino estaba a oscuras, aunque los adornos brillaban con las luces del techo.

—No —dijo Bailey—. Apaga esa luz detrás de ti, mamá.

Laney se giró y apagó la luz del porche mientras Celia apagaba las luces de la cocina y el pasillo.

—Ahora estamos listos —anunció la niña de seis años—. Adelante, Graham.

Sonrió y, aunque no había planeado un discurso, se apartó de la multitud y se paró frente a ellos. —Estoy muy contento de que estemos todos juntos esta Navidad. —Sus emociones se dispararon, y el hecho de que su padre no estuviera allí se le atascó en la garganta.

Pasaron varios segundos largos antes de que pudiera continuar, y vio a su madre secándose los ojos. —A papá le encantaban las fiestas, y siempre nos daba un pequeño regalo en Nochebuena. Así que haremos eso justo después de esto, y luego Celia tiene la cena en la cocina. —Examinó al grupo, sintiendo que su amor por cada uno de ellos —incluso por aquellos que no conocía bien y que acababa de conocer esa tarde— crecía.

—Doy gracias a Dios porque todos pudieron viajar aquí sin problemas para estar con nosotros, y Andrew bendecirá la comida una vez que estemos en el comedor. —No era particularmente locuaz, y se sentía emocionalmente agotado de pie frente a todos ellos—. ¿Alguien tiene algo más que quiera decir? ¿Mamá?

Ella negó con la cabeza, con un sollozo como único sonido. —Lo hiciste muy bien, Graham.

Él volvió a su lugar. —Muy bien, entonces. Encenderé las luces. —Tomó el control remoto que controlaba el enchufe donde había conectado el árbol y presionó un botón. Las luces blancas cobraron vida, iluminando las bolas plateadas, rojas, verdes, azules y doradas y proyectando un resplandor mágico en toda la habitación.

Todos exclamaron con asombro, y Laney se apoyó en él y suspiró. —Es hermoso.

El árbol era hermoso, pero todo lo que Graham podía ver era el trabajo que él, Bailey y Laney habían invertido en él. Y se alegraba de no haber pasado la tarea a otra persona. Ese era tiempo que había pasado con ellas que nadie podía quitarle.

Le dio un beso en la coronilla y dijo: —Me alegro de que estés aquí. —Y aunque la había invitado hace siglos, se preguntó si, de no haberse ido la luz, realmente estarían donde estaban.

Gracias, envió al cielo, más agradecido por los cables de electricidad caídos en este momento que en cualquier otro.

—¡Regalos! —anunció Bailey, y se lanzó hacia el árbol, donde había ayudado a Graham a acomodar los regalos esa mañana.

Graham mantuvo un agarre firme en la mano de Laney mientras se repartían los regalos. No eran nada especial, pero su padre le había enseñado a no menospreciar un regalo. Podría ser exactamente lo que alguien necesitaba.

—Calcetines —anunció Andrew después de haber abierto su paquete—. Están muy bonitos, Graham. —Le sonrió a su hermano—. Gracias.

Todos recibieron calcetines, y ni una sola persona actuó como si no los quisiera. Graham se deleitó en el ambiente hogareño que impregnaba el enorme vestíbulo, y vio a Meg ayudar a Stockton a reemplazar sus calcetines por los nuevos que acababa de recibir. El niño se acercó pavoneándose.

—¡Mira, tío Graham! —Levantó un pie—. Los míos tienen renos. —Parecía que le acabaran de dar el mundo, y Graham lo levantó y dijo—: Claro que sí, amigo. Vamos a comer.

Graham agitó la mano por encima de su cabeza mientras esquivaba el desorden y navegaba más allá del árbol. —Es hora de comer. Síganme.

Todos lo hicieron, y él señaló los lugares que Bailey había preparado esa tarde mientras Laney estaba en el rancho con la compañía eléctrica. —Busquen su nombre. Sin cambios. Se invirtió mucha planificación en la disposición de los asientos.

Colocó a Stockton en su silla y dijo: —Estoy justo a tu lado, amigo. —Pero Graham no se sentó de inmediato. Esperó hasta que Laney entró en el comedor y entonces le retiró la silla, ya que le habían asignado el lugar a su derecha.

Bailey ya estaba sentada junto a ella, con una expresión de pura felicidad en su rostro. Una vez que todos se hubieron sentado, Graham dijo: —Andrew, cuando estés listo.

Su hermano se puso de pie y se aclaró la garganta. Con su voz fuerte y profunda, comenzó: —Señor, te damos gracias por este día, por traernos a todos aquí sanos y salvos para celebrar la temporada de Tu nacimiento...

Graham se perdió en la tranquilidad del momento, el silencio sagrado que acompañaba al breve instante después de que Andrew dijera "Amén", y todos lo repitieron antes de que comenzara el tintineo de los cubiertos en los platos y la charla sobre viajes, trabajos y la vida.

Se tomó un momento extra con el tenedor en la mano para disfrutar de la energía en este albergue, y quiso tenerla disponible más a menudo.

—¿Estás bien? —Laney le tocó la pierna por debajo de la mesa, y Graham salió de su introspección.

—Sí. —La miró—. Sí. —Alcanzó la empanada de pollo y se sirvió un poco, luego tomó el cuenco de ensalada de ella—. ¿Y tú?

—Mejor que en mucho tiempo. —Le sonrió radiante y luego se volvió para ayudar a Bailey con su comida.

Y Graham sintió la certeza de que esas palabras lo mantendrían cálido durante el largo invierno que se avecinaba.

13

LANEY NUNCA HABÍA TENIDO una Navidad tan mágica. Santa logró encontrarlos, y ella consiguió besar a Graham bajo el muérdago que uno de los amigos de Eli había colgado al pie de las escaleras que conducían al sótano, y fue maravilloso que le proporcionaran las comidas. Agua caliente en su baño privado. Una cama cálida y cómoda que no tenía que hacer por la mañana si no quería.

Pero después de ese beso la mañana de Navidad, le había resultado muy difícil estar a solas con Graham. Siempre estaba rodeado de sus hermanos, hablando y riendo. Laney se enteró de que los cuatro no habían estado juntos desde el funeral de su padre, y no había querido imponerse en su reunión familiar.

Así que, más a menudo que no, se encontraba pasando el rato con Meg y los niños. El día de Navidad, cuando todos se habían dispersado a lugares tranquilos para tomar siestas, ella deambuló hasta la habitación de Bailey. Los tres perros levantaron la mirada, pero ninguno vino a saludarla.

—¿Bay? ¿Puedo hablar contigo un segundo?

Bailey dejó su tableta y dijo:

—Vale.

—Es sobre Graham y yo —se posó en el borde de la cama, rezando por encontrar palabras de seis años para explicar una situación de adultos—. Te cae bien Graham, ¿verdad?

—Sí —parpadeó—. A ti también te gusta Graham.

—Cierto —Laney sonrió a sus manos que descansaban en su regazo—. A mí también me gusta Graham. El tipo de gustar donde te tomas de las manos y te besas y esas cosas —su corazón dio un brinco en su pecho—. Aún no es nada demasiado serio. Ni siquiera hemos salido.

—Pero saldrás con él.

—Probablemente, Bay, sí.

—Así que podré ir a casa de la abuela —extendió la mano y acarició la cabeza de Barry, lo que hizo que el perro se estirara y gruñera.

Laney se rio.

—Sí, Bailey, lo más probable. Cuando salga con Graham, te quedarás con la abuela para que pueda ir sola.

—Me dijiste que no estuviera sola con chicos.

—Cierto —le dio un toquecito en la nariz a Bailey—. Porque eres una niña. Cuando seas adulta, podrás decidir cuándo es un buen momento para estar a solas con un chico y cuándo no es buena idea.

—Creo que puedes estar a solas con Graham. Parece agradable.

Laney sonrió a Bailey.

—Parece así, ¿verdad? —Bailey no captó la broma, y Laney se puso de pie—. Bien, vuelve a tu "descanso". Yo también voy a acostarme un rato —fue a la habitación de al lado, pero no se sentía con sueño. Se sentía enjaulada. Sola. Atrapada por sí misma, y aunque se alegraba de haber podido hablar con Bailey, no le gustaba estar tumbada sin nada que hacer.

Tal vez Celia tendría algo para que ella hiciera en la cocina, pero cuando Laney bajó, encontró la planta principal de la casa completamente desierta. Un vitoreo subió por las escaleras desde el sótano, y ella se enfrentó a la puerta mientras contemplaba bajar para ver de qué se trataba todo el alboroto.

Pero no la habían invitado, y pensó que de todos modos era hora de silencio por un rato. Así que volvió arriba y entró en su habitación, deseando que su mensaje de texto a Graham no quedara sin respuesta.

PARA CUANDO HABÍAN PASADO dos días más, la inquietud en sus músculos —en su propia alma— la llevó fuera del albergue y hacia el Rancho Echo Ridge. Solo le dijo a Bailey a dónde iba y su hija había prometido no meterse en problemas y quedarse dentro del albergue.

—Hola, Starlight —Laney se acercó al caballo que la había ayudado a través de algunos de los momentos más difíciles de su vida. Cuando Mike se había ido. Cuando Laney había empacado todo lo que él había dejado atrás y lo había llevado a beneficencia. Cuando había presentado la demanda de divorcio.

La yegua negra siempre había estado allí, igual que ahora. Relinchó suavemente, y Laney apoyó su palma contra el hocico del caballo.

—No lo sé —quería creer que Graham no la abandonaría a ella y a Bailey como lo había hecho Mike. También quería creer que su relación de cinco días no había sido una casualidad o algún tipo de aventura. Que simplemente estaba preocupado con su familia.

—¿Pero con qué más se preocupará? —le preguntó al caballo. Starlight cerró los ojos y los volvió a abrir, aparentemente sin nada más que decir.

Laney pasó unos minutos más con el caballo y luego se puso a trabajar. Después de todo, todos los animales necesitaban ser alimentados, y Laney necesitaba más ropa si ella y Bailey iban a quedarse en el albergue por otros cinco días.

Como habían trasladado a las gallinas al establo, encontró a las bestias cacareando felizmente en sus nidos. Laney trabajó metódicamente, incluso lentamente, y terminó todas las tareas. Sin trabajo doméstico que hacer, se habían liberado unas horas de su día.

Se enfrentó al albergue, pensando en la pequeña casa en el mismo borde de su propiedad. Después de correr adentro y meter unos cuantos conjuntos más de ropa limpia en una bolsa, se dirigió hacia la cabaña en la línea de la cerca. El trayecto a través de la nieve la dejó cansada y mojada, pero cuando el pequeño edificio redondo sin puerta trasera apareció a la vista, su corazón se elevó.

Había construido este lugar con su padre, y era uno de sus recuerdos de infancia más fuertes. Apenas había podido seguirle el ritmo mientras él transportaba madera y clavaba clavos, pero le había encantado verlo con su sombrero de vaquero y su cinturón de herramientas.

Le había pasado herramientas, le había traído comida y agua, y había pasado horas

escuchándolo hablar sobre sus tierras, el rancho y cuánto lo amaba. Para cuando ella tenía nueve años, amaba Echo Ridge tanto como él. Y como no tenía hermanos para trabajar en el rancho, Laney había aprendido todas las tareas a los doce años.

Gentry, su hermana menor, no quería saber nada de caballos o heno, y eso había estado bien para Laney. Simplemente había heredado el rancho demasiado pronto, ya que su padre fue llevado al cielo siendo muy joven.

Suspiró y se dirigió a la puerta principal, que tenía unos cuantos centímetros de nieve acumulada. Apartó la molesta sustancia del marco de la puerta y pateó hacia atrás todo lo que pudo. Cuando finalmente logró entrar, automáticamente estiró la mano hacia el interruptor de la luz y lo encendió.

Las luces se encendieron.

Este lugar tenía electricidad.

Un cosquilleo le recorrió los brazos y los hombros, extendiéndose hasta su cabello. Ella y Bailey podrían quedarse aquí. Aunque el lugar era pequeño, había dos dormitorios, agua corriente y una cocina. Había almacenado leña para varios días en el cobertizo junto al porche delantero, y ella y Bailey podrían sobrevivir perfectamente aquí.

Sus pensamientos se agolpaban. Una parte de ella realmente quería recuperar su privacidad, aunque nadie la presionaba para que compartiera las comidas con ellos o se levantara más temprano de lo que quería. Estaba bien alimentada en el albergue, pero su corazón se encogía.

Se sentía sola allí.

Bailey había encontrado una nueva compañera de juegos, y cada aliento de Meg estaba dedicado a asegurarse de que Stockton fuera feliz. Laney no tenía ningún papel en el albergue, y Graham no parecía tener tiempo para ella.

Ya la habían abandonado una vez. No se expondría ni expondría a Bailey a eso de nuevo. Y tan pronto como ella y Bailey dejaran el albergue, probablemente sería un milagro si vieran a Graham una vez a la semana.

Después de todo, el hombre trabajaba sin parar, incluso durante la época navideña.

Laney apagó la luz, deseando que sus pensamientos se oscurecieran con la misma facilidad. No lo hicieron, y se movió hacia el sofá y se desplomó en él. La nieve derretida había empapado sus botas y calcetines, y lo único que deseaba era tomar un baño caliente.

Así que lo hizo, con Graham nunca lejos del centro de sus pensamientos.

CONSIDERÓ SERIAMENTE QUEDARSE en la cabaña por la noche, pero no podía dejar a Bailey en el albergue sin supervisión. No le pediría permiso a Graham, así que después de secarse el cabello y anudarlo bajo su gorro de punto, comenzó a subir la colina hacia el albergue.

Se había quedado en el agua caliente más tiempo del que debería, porque la oscuridad había sumergido el día en nada más que sombras y no había sendero que seguir. Mantuvo un ojo en la luz que se elevaba en el aire justo sobre la colina y mantuvo sus pies moviéndose en la dirección correcta.

La casa finalmente apareció a la vista, justo más allá de los edificios exteriores de Graham. El camino se volvió más fácil, y se preguntó si él tendría aceras calefaccionadas, las suyas estaban tan despejadas. Haciendo una pausa, se deleitó con la vista del albergue, con varias de

las ventanas traseras iluminadas desde dentro. Era el refugio rural perfecto, y sintió una medida de gratitud por haber podido pasar unos días en Whiskey Mountain Lodge.

Irrumpió en el vestíbulo para encontrarse con una pared de calor, gracias a Dios. Aunque acababa de tomar un baño, un escalofrío se había colado hasta sus huesos en el trayecto desde la cabaña. Se oyeron pasos de botas, pasos enojados, y Graham apareció desde la cocina.

—Aquí estás —No parecía feliz al respecto.

—Aquí estoy —Se quitó el abrigo, agradecida cuando Graham se adelantó para ayudarla con una manga rebelde que no quería deslizarse.

—He estado preocupado por ti —Habló en voz baja y se acercó aún más a su espacio personal.

—Estoy bien —Se inclinó para desatarse las botas.

—No te pregunté si estabas bien.

Finalmente encontró el valor para mirar a sus ojos. Una tormenta se arremolinaba en ellos, y no podía decir si estaba alimentada por la frustración o el deseo. Su mano se elevó y se deslizó por el lado de su rostro, apenas tocándola y aun así marcándola.

—Nunca respondiste ninguno de mis mensajes.

—No recibí ninguno —Tragó saliva, las palabras sobre la electricidad en la cabaña brotando en la parte posterior de su garganta.

—¿Dónde estabas?

—En el rancho.

—Recibes mis mensajes allá abajo —Inclinó la cabeza, claramente tratando de escuchar o ver algo que ella no había dicho o mostrado—. ¿Laney?

Quería desahogarse con él. Derramar su soledad y pedirle que pasara tiempo con ella mientras estuviera aquí. El egoísmo la atravesó antes de que pudiera decir algo demasiado perjudicial, y se aclaró la garganta.

—Salí a caminar —Señaló la parte inferior mojada de sus jeans, donde el agua se había filtrado casi hasta las rodillas—. Tal vez perdí la recepción —Como si probara su punto, su teléfono celular sonó tres, cuatro, cinco, seis veces en rápida sucesión. Lo sacó de su bolsillo y miró los mensajes—. Aquí están ahora.

Mostró el teléfono en su dirección, pero él ni siquiera lo miró—. Laney, puedo notar que algo es diferente.

Mirando a sus ojos, todo su pasado pasó por su mente. ¿Le había dicho lo suficiente a Mike antes de que se fuera? Si hubiera intentado más, ¿se habría quedado?

—Me siento excluida —soltó sin darse la oportunidad de censurar sus palabras—. Tu familia está aquí, y entiendo que este es un momento especial para ti, y... —Exhaló y se quitó el gorro. Desató su cabello y lo dejó caer sobre sus hombros—. No estoy tratando de ser egoísta, pero me siento... estoy sola. Incluso aquí, con todos ustedes. No encajo.

—Por supuesto que sí —Graham la tomó en sus brazos, y definitivamente encajaba allí. Respiró profundamente el aroma de su camiseta, que contenía el olor de su colonia y su suavizante de telas.

—No quiero ser dejada atrás —dijo tan silenciosamente que no estaba segura de que él la hubiera escuchado. Se apartó de él y reforzó su determinación—. Ya he vivido que un hombre me deje por algo que consideró mejor, y no lo haré de nuevo. No permitiré que Bailey pase por eso.

Graham parpadeó, la confusión corriendo por sus ojos de alguna manera reconfortante—. No estoy abandonando nada. Vivo aquí —Hizo un gesto hacia la cocina—. Mis hermanos y yo

hemos estado hablando de convertir este albergue en lo que estaba destinado a ser. Andrew tiene títulos y experiencia en marketing y relaciones públicas. Eli dirige el resort más grande en Bora Bora. Beau ya maneja todos los asuntos legales de Springside Energy, y dijo que investigaría lo que tenemos que hacer para que este lugar vuelva a ser un albergue legal.

Laney no tenía idea de por qué le estaba contando esto, pero no pudo evitar sentir una punzada de culpabilidad por las relaciones que él tenía con sus hermanos. Gentry tampoco había enviado una tarjeta o regalo esta Navidad, aunque Laney continuaba enviándole pequeños detalles para su cumpleaños y otros eventos especiales. Su hermana estaba viviendo en California o Nueva York. Laney no estaba segura exactamente.

—Eso es genial —dijo, tratando de que su voz sonara ligera. Pero Graham era tan inteligente como apuesto, y percibió el tono forzadamente despreocupado en su voz.

—Solo digo que no me voy a ir a ninguna parte.

—De acuerdo.

—De acuerdo. —Retrocedió otro paso, y Laney odió la distancia, tanto física como emocional, entre ellos—. ¿Vas a leer esos mensajes? —Señaló su teléfono, y ella lo miró.

Bailey dijo que fuiste al rancho. Me preguntaba si querías ir a cenar esta noche.

Meg dijo que puede cuidar a Bailey, sin problema.

Quiero decir, está bien si no quieres.

¿Laney? ¿Estás bien? Me preocupa no haber recibido respuesta tuya.

Así que supongo que no iremos a cenar esta noche.

Levantó la mirada hacia él. —No recibí estos mensajes.

Su voz se suavizó, junto con el borde peligroso en sus ojos. —Lo sé. Escuché el sonido de tu teléfono.

—¿Es demasiado tarde para cenar? —Porque realmente quería ir, y estaba muerta de hambre. Por supuesto, el aroma que llegaba de la cocina significaba que Celia había estado trabajando y probablemente tendría algo tan digno de un restaurante como cualquier cosa en Cañón Coral.

—Aún no he comido.

—¿Puedo tener diez minutos para cambiarme?

Graham la miró por un momento, esos hermosos ojos adquiriendo un brillo. —Una bestia insistiría en que fuéramos ahora porque ya va a estar ocupado. Pero ¿sabes qué? Tómate quince minutos.

Laney estalló en carcajadas, contenta cuando Graham se unió a ella. Le dio un rápido abrazo, rozó sus labios por su mandíbula sin afeitar, y subió corriendo las escaleras para cambiarse para su primera cita con Graham Whittaker.

14

GRAHAM CAMINABA de un lado a otro en su oficina, atormentado por las palabras de Laney. *Ya he vivido la experiencia de que un hombre me deje por algo que consideró mejor, y no lo volveré a hacer. No permitiré que Bailey pase por eso.*

Ni siquiera habían salido aún, y ella ya estaba pensando en matrimonio; había dicho que no de inmediato, pero él no era tonto. Laney no hacía nada a medias, eso lo sabía bien. Y ahora estaba preocupada de que él las abandonara a ella y a Bailey, ¡y ni siquiera habían tenido una cita!

Exhaló, sintiendo que la presión por esta cita ya estaba alcanzando niveles máximos, y se pasó la mano por un lado de la cara, tomó su sombrero de vaquero y se lo colocó sobre su cabello demasiado largo. —Quieres salir con ella —se dijo a sí mismo. Cuando ella no había respondido esa tarde, su enojo había cobrado vida propia.

Había dejado que todos hicieran lo que quisieran, y él se había ocupado de una lista de correos electrónicos y una pila de formularios de nómina. Eli había entrado y comenzado a hablar sobre convertir el albergue en un destino de verano e invierno, y a Graham le gustó la idea.

Le gustaba la idea de que Andrew se mudara de vuelta a Cañón Coral y se convirtiera en el experto en marketing del albergue. Quería que Eli y Stockton también se quedaran en el pueblo. Durante el último año, Graham había estado terriblemente aislado, y ni siquiera se había dado cuenta.

Claro, podía comprar lo que quisiera, pero no podía comprar amistad, hermandad, amor familiar. De alguna manera, sus hermanos habían sentido las mismas cosas que él durante los últimos días, y a medida que se acercaba el nuevo año, Graham finalmente sintió que tal vez valdría la pena vivirlo. Abrazarlo. Disfrutarlo.

Y cuando imaginaba los próximos doce meses y los cambios que traerían, Laney estaba a su lado. Así que tal vez ella estaba pensando muy a largo plazo. No podía culparla por eso, ¿verdad? Tenía una hija que considerar y un pasado que desempacar.

—Hola.

Se volvió hacia el sonido de su voz, sintiendo alivio con solo verla. Sí, podía darle la seguridad de que no la abandonaría. Ni siquiera sabría adónde ir, porque dejar Cañón Coral no era una opción.

—¿Estás trabajando?

—Un poco, antes —Se acercó a ella—. Solo quiero preguntarte algo antes de que nos vayamos.

Sus ojos se encontraron con los de él, y casi perdió las palabras. —¿Sí?

—Eres hermosa.

Ella bajó la cabeza mientras una sonrisa tocaba sus labios. —Eso no es una pregunta.

Graham pasó las yemas de los dedos por su antebrazo, complacido cuando la piel se le erizó. Al menos no era el único involucrado en la relación. —Quería pedirte que me separes de tu ex.

Esos ojos volvieron a los suyos, y ahora contenían fuego. —No he...

—Lo has hecho —dijo suavemente, deslizando ambas manos por sus brazos hasta sus hombros y de vuelta a sus manos, donde entrelazó sus dedos con los de ella—. Y no te culpo. Pero yo no soy Mike McAllister, así como tú no eres mi ex novia infiel de Seattle —No había tenido la intención de decir eso último, pero ya estaba dicho, y las llamas en los ojos de Laney se apagaron.

—¿Te engañó?

—Al menos tres veces, con tres tipos diferentes —Su voz apenas sonaba como la suya—. Así que cuando mi padre murió, fue realmente fácil dejar mi vida en Seattle. Bueno —Se encogió de hombros y soltó una risa sombría—. Nada fue fácil al regresar a Cañón Coral, pero no quería quedarme en Seattle, así que eso ayudó.

—Lo siento mucho. No lo sabía.

—Eso es porque he sido un pésimo mejor amigo —dijo—. Siempre llamándote para pedir ayuda pero sin realmente *hablar* contigo.

—Eres un gran mejor amigo —dijo ella—. Siempre lo has sido. Sabes cuándo preguntarme cosas y cuándo dejarme en paz. Siempre me ha gustado eso de ti.

—¿Ah, sí? —Su mirada bajó a su boca, y ella se había puesto algo brillante y rosado en los labios.

—Sí —Se acercó a sus brazos, una sonrisa coqueta enviando su pulso a la garganta.

—Me gustas, Laney McAllister —dijo justo antes de reclamar su boca con la suya. Ella le devolvió el beso como si también le gustara, y Graham definitivamente quería que el próximo año incluyera mucho de Laney.

Cuarenta y cinco minutos después, estaba sentado frente a ella en The Devil's Tower, el único restaurante que valía la pena para sentarse a comer, en opinión de Graham. Cañón Coral tenía muchos lugares de comida rápida informal, con ventanillas de autoservicio para que pudiera llevarse su burrito, hamburguesa o pizza a casa y comerla.

Pero The Devil's Tower era toda una experiencia, desde la música alienígena hasta el menú. Solo servían torres de cosas: aros de cebolla, mini hamburguesas, sándwiches de queso a la plancha, incluso sus ensaladas estaban apiladas y servidas verticalmente.

Le encantaba la torre de mini hamburguesas con barbacoa y la Torre del Poder: una pila de mini hamburguesas en capas con tomate, aguacate, crujientes de cebolla y tocino.

—¿Has estado aquí? —preguntó.

—Por supuesto —dijo ella—. No me mudé de vuelta el año pasado.

—¿Cuándo te mudaste de vuelta? —Estudió el menú como si necesitara encontrar algo para ordenar. Pero sabía que tomaría el pilar de queso frito como aperitivo y la Torre del Poder para su comida. Y probablemente también un rascacielos de papas fritas.

—Oh, hace unos cinco años —Laney le dirigió una sonrisa forzada—. Mi padre murió, y a mi madre no le gustaba la vida en el rancho como a mí. Volví con Bailey durante unos ocho meses mientras mi marido terminaba sus estudios. Luego se unió a nosotras.

—Dijiste que no se quedó mucho tiempo —Graham dejó el menú, interesado en esta parte de su pasado.

—Solo nueve meses. Él tampoco estaba hecho para la vida en el rancho —lo estudió como si

pudiera encontrar el gen que indicaba si una persona estaba hecha para la vida de ranchero solo con mirarlo—. Parece que te gustan tus caballos.

—Claro —dijo él—. No me llamaría ranchero. Pero tampoco estaba interesado en dirigir Springside Energy, y lo estoy haciendo.

—Y lo estás haciendo bien, por lo que he oído.

Graham se pasó los dedos por la barba, pensando en lo que ella había dicho.

—No sé si eso es cierto. Según Dwight, probablemente lo esté echando todo a perder.

—¿Dwight Rogers? —Laney se rio—. Él solo sabía lo que tu padre le contaba.

Graham esbozó una sonrisa, aunque rara vez lo hacía cuando pensaba o trataba con Dwight.

—Sí, bueno, las cosas cambian, y mi padre ya no está.

Laney se puso seria, y Graham odió haber echado a perder la conversación antes incluso de que hubieran pedido. —Se hace un poco más fácil —dijo finalmente, deslizando su mano por la mesa y colocándola sobre la de él—. Mi padre lleva fallecido unos cinco años, y ahora solo es un pequeño pellizco detrás de mi corazón.

Graham asintió, porque sus emociones se sentían más como un ciclón que como un pellizco. La añoranza, la ira, la soledad y la desesperación se arremolinaban juntas en perfecta armonía, y no pudo hablar.

—Así que la cabaña tiene electricidad —dijo Laney, lo que hizo que Graham se concentrara en otra cosa—. Estoy pensando en llevarme a Bailey y mudarnos allí.

—No tienes que hacer eso —prácticamente le ladró las palabras, y se reclinó en el asiento, deslizando su mano fuera de la de ella.

La camarera apareció en ese momento, y Graham aprovechó la excusa para pedir bebidas y aperitivos. Tan pronto como Sylvia se fue, Laney dijo:

—Tu casa está casi llena.

—Está bien —dijo él—. Yo... —¿Podía expresar los pensamientos de su corazón? ¿Y si Laney los encontraba demasiado atrevidos? ¿Si los interpretaba mal?

—Me gusta tenerte allí —dijo, obligándose a ser valiente, algo que había tenido que hacer mucho este último año—. Siento que si vuelves a tu rancho, o incluso a la cabaña, no... yo...

—¿Te olvidarás de mí?

—No —dijo rápidamente, tratando de encontrar la explicación correcta—. Pero no podremos pasar tanto tiempo juntos, y no llegaré a conocerte tan rápido como me gustaría —ahí estaba. Eso no sonaba demasiado necesitado. Ni como si tuviera que tenerla cerca para pensar en ella. Si ella supiera cuán a menudo era la protagonista de sus pensamientos, se sentiría avergonzado.

Ella se colocó el cabello detrás de la oreja, aparentemente satisfecha con su respuesta.

—No estoy segura de poder alejar a Bailey en este momento.

—Entonces te quedarás.

—Supongo que sí.

—No lo digas con tanto entusiasmo —bromeó él.

Ella se rio, y Graham también, y cuando sus ojos se encontraron de nuevo, Graham sintió que se deslizaba un poco. Ya había caído así antes, una vez, y sabía dónde terminaría si se permitía seguir persiguiendo esta relación.

Con una alianza en su dedo y una esposa en su vida.

Y aunque había pensado que no necesitaba ni quería esas cosas, si venían con Laney, de repente sí las quería. Mucho.

—Así que —dijo ella—. Cuéntame qué haces en el trabajo.

Él gruñó, pero empezó a hablar sobre el robot que había estado desarrollando durante los

últimos ocho meses y que potencialmente podría cambiar todo el negocio del fracking. Para su crédito, Laney fingió interés, y eso la hizo aún más entrañable para Graham.

Eso, y que se comió ella sola una montaña entera de patatas fritas.

GRAHAM señaló algo en uno de los papeles frente a Eli.

—Pero si me mudara abajo, podríamos alquilar estas tres habitaciones también.

—Si realmente estamos pensando en alquilar las habitaciones, necesitas personal en el sitio —Eli sacó otro folleto—. Este es el directorio del personal de Pure Paradise —lo dejó caer encima de las otras carpetas y listas en las que los hermanos habían estado trabajando y discutiendo durante días.

—Sí, pero ellos son al menos cien veces más grandes que esto —Andrew se inclinó hacia adelante—. Tenemos seis dormitorios arriba. Eso son novecientos dólares por noche si los vendemos por ciento cincuenta, que creo que es lo que hemos decidido —miró a Graham y luego a Eli. Beau aún no había llegado del valle, pero no iba a estar muy involucrado en el inicio de Whiskey Mountain Lodge.

Graham hizo un gesto para que Andrew continuara.

—Así que necesitamos, como máximo, a alguien que limpie seis habitaciones al día. ¿Cuánto puede llevar eso?

—Treinta minutos por habitación, como mucho —dijo Eli—. O conseguimos a alguien más.

—Esto no es un resort de lujo en la playa —dijo Graham—. Pero definitivamente no es trabajo a tiempo completo.

—Así que esa persona puede ayudar en la cocina —dijo Andrew—. Y si vamos a servir cena todas las noches, necesitaremos a alguien aquí por las tardes haciendo eso.

—Así que alguien para limpiar por las mañanas, y alguien para cocinar por las tardes. Eso es trabajo a tiempo completo —Graham hizo una nota en su teléfono—. Y ya tengo a Celia. ¿Qué pasa si ella quiere ser la cocinera pero no la ama de llaves?

—También tienes una ama de llaves.

—¿Y creemos que queremos ofrecerles a Celia y Annie un lugar para vivir aquí? —Graham no había incluido eso en su oferta, pero ambas trabajaban a tiempo parcial. Ninguna parecía tener problemas con las horas que les daba.

—No lo sé —dijo Eli—. ¿Lo queremos?

—No creo que necesitemos personal a tiempo completo en el lugar si todos vamos a vivir aquí también —Andrew se reclinó en su silla.

La sorpresa recorrió a Graham.

—¿Ustedes también se mudan aquí?

—El sótano está vacío —dijo Andrew—. Y todos estamos solteros.

Soltera. La palabra resonó en la cabeza de Graham. —Bueno, las cosas cambian.

—Ah, claro —Eli se rio—. Porque ahora estás saliendo con Laney.

—Ella no se toma las cosas a la ligera —dijo Graham, decidiendo que eso sería lo último que diría sobre ella o su relación.

—Así que digamos que te casas —Andrew hizo un gesto con la mano hacia Graham y luego hacia Eli, quien asintió en reconocimiento—. Tu dormitorio principal es como un pequeño apartamento. Y Bailey podría tener la habitación justo al otro lado del pasillo —Volvió a

gesticular, y Graham sonrió ante la manera en que su hermano parecía no poder decir una frase sin usar las manos.

—Aún tendrían acceso a la cocina. Hay áreas privadas en el sótano, tu oficina, la pequeña sala de televisión frente al cuarto de servicio —Andrew comenzó a asentir—. Las principales festividades para los huéspedes de la posada serían en el vestíbulo, que es lo suficientemente grande para noches de cine, encendido del árbol, degustaciones de palomitas, o lo que sea que queramos hacer.

—Y es más de lo que obtendrían en un hotel —agregó Eli—. Y pondré en marcha el establo, y tendremos una piscina en la parte de atrás en verano, y fácil acceso a senderos de excursión, una entrada privada al Parque Nacional... —Levantó las cejas como diciendo *Ya está todo dicho.*

Graham no sabía qué decir. La idea de tener extraños viviendo en el piso de arriba no le sentaba muy bien. Pero quería que sus hermanos volvieran a Cañón Coral. Había visto la cara de su madre con todos sus hijos aquí, y si podía hacer que Andrew y Eli volvieran al pueblo, lo haría.

Ambos hermanos lo observaban, esperando. —Vamos a pedirle a Beau la documentación que necesitamos para operar legalmente como posada —dijo, y Andrew vitoreó.

Inmediatamente se volvió hacia Eli y dijo: —Me quedo con la habitación gris de abajo.

Eli puso los ojos en blanco. —De acuerdo. Yo tomaré la azul. Y Stockton puede tener la que está al lado de la mía.

—¿Y qué pasa cuando ustedes se casen? —preguntó Graham.

Eli parpadeó y luego empezó a reír. —Ay, hermano —dijo mientras se ponía de pie, dando por terminada la reunión—. Nunca volveré a hacer eso —Se dirigió hacia la puerta, y Andrew se levantó para seguirlo.

—Sí, estoy de acuerdo con Eli —dijo Andrew—. Excepto que nunca me he casado, así que no puedo decir "otra vez".

Graham esperó hasta que sus hermanos lo dejaron solo en la oficina y luego murmuró: —Sí, eso es lo que yo pensaba, pero mírenme ahora —Alcanzó su teléfono para hablar con Laney, la única persona con quien quería compartirlo todo.

15

LANEY TARAREABA mientras empacaba la ropa que había traído al albergue. La electricidad se había restablecido en el rancho ayer, y ella y Bailey regresarían mañana, el día de Año Nuevo.

Graham había sido *muy* convincente cuando le pidió que se quedara para la fiesta de Nochevieja de esa noche. Susurros sobre besos bajo una bola de discoteca habían llegado a sus oídos, y finalmente admitió que él podría recitar una lista de compras con esa voz ronca suya y probablemente se derretiría y accedería a lo que fuera que hubiera dicho, tal como lo había hecho esa mañana.

Pero como había llegado al Albergue Whiskey Mountain unos días antes de Navidad y había estado aquí tanto tiempo, tenía mucho más de lo que podía caber en la bolsa que tenía. Así que hoy haría un par de viajes para devolver la mayor parte de sus cosas y las de Bailey a casa.

—Donde pertenecemos —murmuró mientras doblaba otro suéter. Le gustaba estar tan cerca de Graham, pero a veces la distancia ayudaba a una relación. Definitivamente ayudaría a Laney a enderezar algunos de sus pensamientos torcidos.

—Toc, toc.

Saltó al escuchar la voz de Graham fuera de su dormitorio. Hasta donde sabía, él nunca subía al piso de arriba.

—Hola. —Lanzó la camisa que acababa de recoger a la cama y se movió frente al montón de ropa—. ¿Qué... qué haces aquí arriba?

—Ver si querías almorzar antes de llevar una carga de vuelta a tu casa. —Mostró esa sonrisa sexy que la hacía querer lanzarse a sus brazos y besar esa boca hasta que no sonriera tan pícaramente.

—Sí, claro.

—Estoy listo cuando tú lo estés.

Por supuesto que lo estaba. Parecía hacer lo que quería, cuando quería. Ella había quedado impresionada por su ética de trabajo, porque para cuando salía de su oficina por la mañana, ya parecía que llevaba horas despierto. Hacía todas las tareas en la granja, y también había estado reuniéndose con sus hermanos a puerta cerrada.

Le había contado mucho sobre ello, y ella esperaba que él y sus hermanos tuvieran éxito en convertir el Albergue Whiskey Mountain en lo que querían que fuera.

Le entregó su bolsa llena y dijo:

—Usa tus músculos para esto, vaquero.

Él se rio mientras la tomaba, rodeándole la cintura con su brazo libre y apretándola contra su cuerpo antes de besarla. Este beso fue lento, sensual, exploratorio. Ella le dejó tomarse su

tiempo, su corazón acelerándose con cada momento que pasaba.

Cuando la besaba así, había aprendido que él se sentía vulnerable y necesitaba algún tipo de seguridad. Así que ella correspondió su afecto con tanta pasión como él le daba.

—Ahora estoy lista —susurró finalmente. Cuando dio un paso atrás, la miró con pereza, esa sonrisa lenta curvando sus labios y prometiendo otro beso que derretiría sus huesos más tarde.

Laney sentía que caminaba sobre nubes mientras iba junto a él en su gran SUV, mientras pedía exactamente el tipo de pizza que a ella le gustaba de Just a Pie, mientras le preguntaba sobre sus propósitos para el nuevo año.

—Oh, no sé —dijo ella—. Solo tratar de sobrevivir. —No le había contado nada más sobre sus problemas de dinero, y no lo haría a menos que se pusieran realmente serios. Como, serios de anillo de diamantes—. Asegurarme de que Bailey sea feliz. Ese tipo de cosas.

—Ella dijo que quería un nuevo cachorro.

Laney se burló.

—Sí, eso no va a suceder. Tendría que levantarme en medio de la noche con él, y soy demasiado vieja para eso.

Graham le dio una mirada peculiar, su ojo derecho entrecerrándose un poco más que el izquierdo.

—Puedo ver que estás formulando una pregunta. —Levantó su refresco a sus labios y esperó. Graham normalmente no dudaba en expresar lo que estaba pensando, algo que a Laney le gustaba. Si era demasiado vieja para levantarse en medio de la noche con un nuevo cachorro, definitivamente era demasiado vieja para jugar juegos.

—¿Te levantarías en medio de la noche con un bebé?

Ella se atragantó y se estremeció, el refresco saliendo a chorros de su boca y derramándose sobre el dorso de su mano.

El rostro de Graham se sonrojó, pero la miró fijamente.

—Tú fuiste quien mencionó el matrimonio y que no querías que otro hombre las abandonara a ti y a Bailey. —Se encogió de hombros como si esta conversación no fuera gran cosa, pero Laney sentía como si acabara de correr cuesta arriba hasta su casa.

—Yo, bueno, para ser honesta, nunca lo había pensado.

—¿Tener más hijos?

—Sí. De hecho, nunca pensé que me casaría de nuevo.

Graham se caló el sombrero más bajo en la cabeza e inclinó el mentón hacia la mesa, ocultando sus ojos. A Laney no le gustó eso, pero se sentía impotente para decir lo correcto.

—¿Y tú? —preguntó ella—. Tienes cuarenta años y no estás casado.

—Gracias por señalarlo.

—No pensé que te molestara.

Él levantó la mirada.

—No me molesta. No... no me molestaba.

Laney sintió como si le hubiera salpicado agua fría en la cara.

—¿De qué estamos hablando? —A ella le había gustado Graham desde siempre. Claro, sus caminos se habían separado durante años, y aunque no se había obsesionado con él, en el momento en que se mudó de vuelta a Cañón Coral, su corazón había estado cantando por él.

—Solo estamos hablando.

—¿Quieres tener hijos?

Él pareció reflexionar por un momento y luego asintió, con ese adorable rubor volviendo a su rostro. —Creo que sí.

Y probablemente Bailey no sería suficiente para él. Laney se mordió el interior de la mejilla, preguntándose si podría tener otro bebé. Si eso era siquiera posible a su edad. Si debería arriesgarse. Conocía los problemas y defectos de nacimiento que surgían cuando las mujeres se quedaban embarazadas a una edad avanzada.

—Anotado —dijo con frialdad, esperando no sonar demasiado gélida. Pero ¿hijos? ¿Con Graham Whittaker? Ni siquiera había dedicado un segundo a pensarlo, y necesitaba más tiempo para procesarlo.

Comieron y él la llevó al rancho, donde ella solo iba a entrar corriendo con la bolsa, tirar todo en el cesto de la ropa sucia y volver a salir enseguida.

Pero había una camioneta extraña estacionada en su entrada cubierta de nieve. —¿De quién es eso? —se preguntó en voz alta. Las placas del vehículo eran de Idaho, y Laney no conocía a nadie en ese estado.

Graham se dispuso a desabrocharse el cinturón de seguridad. —¿Quieres que entre contigo?

Laney examinó la camioneta. No parecía haber nadie sentado en la cabina. No había huellas que llevaran a la puerta principal, pero sí un par que iba hacia el garaje. Su pulso reaccionó como si la hubiera alcanzado un rayo.

—Están en mi casa.

Graham sacó su teléfono. —Voy a llamar a la policía. —Se llevó el aparato al oído—. ¿Estás segura de que no sabes quiénes son?

—Podría ser Gentry, supongo —reflexionó Laney, pero la idea le parecía falsa. Su hermana no volvería a Echo Ridge Ranch, un lugar que había despreciado desde el día en que nació—. Pero no lo creo.

Algo bullía bajo su piel y puso su mano en el brazo de Graham. —Pídele al Sheriff Bentley que venga. Algo no está bien.

¿Quién sabría cómo entrar en su casa, por el garaje, con el código?

Alguien que ha estado aquí antes, susurró su mente.

—Hola, sí —comenzó Graham—. Necesito que alguien venga a Echo Ridge Ranch. Hay un vehículo sospechoso en la entrada que Laney no reconoce, y parece que una persona entró en su garaje.

—Es Mike —soltó ella, con su mente trabajando a toda velocidad ahora. La desesperación se abría paso por su garganta, y se sentía congelada en ese caro asiento de cuero dentro del SUV de Graham.

Graham la miró, claramente intentando escuchar a alguien por teléfono y dar sentido a lo que ella había dicho. —Sí, de acuerdo —dijo y colgó.

—Es Mike —repitió Laney—. Él sabría el código del garaje, y es lo suficientemente arrogante como para aparecer de la nada e ir directamente al interior de mi casa.

Graham frunció el ceño, su expresión volviéndose más oscura por momentos. Finalmente se giró y miró de nuevo la camioneta frente a ellos. —¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

—Hace más de tres años.

—¿La última vez que hablaste con él?

—El día que se fue. No, el día que le entregaron los papeles del divorcio, unas semanas después. Llamó, sorprendido. —Soltó una risa amarga que le dolió en la garganta, el pecho, el estómago. Se sentía a segundos de ver su almuerzo por segunda vez ese día—. Le dije que firmara los papeles o volviera a casa. Firmó mientras estábamos al teléfono.

Graham extendió la mano y entrelazó sus dedos con los de ella. Un simple apretón de manos. Apretó, otro gesto simple. —Está bien, Laney.

Ella lo miró, y aunque quería creerle, no estaba segura de cómo podía hacerlo. —No quiero que vea a Bailey. —Sus palabras parecían diminutas, apenas hechas de aire y letras, pero las repitió, más fuerte la segunda vez.

—La destruirá, y ya lo ha hecho una vez.

—Vamos a ver qué quiere. Tal vez se vaya sin causar problemas.

Laney se burló pero alcanzó su cinturón de seguridad de todos modos. —No conoces a Mike McAllister.

—No, no lo conozco, pero él tampoco me conoce a mí. —La bestia había añadido un gruñido a las palabras, y una oleada de alivio y esperanza golpeó a Laney, pensando que tal vez, solo tal vez, podría enfrentarse a Mike y salir victoriosa, siempre y cuando tuviera a Graham a su lado.

Salieron del SUV y caminaron por la nieve hasta el garaje. Ella introdujo el código y esperó a que la puerta se levantara. Parecía tardar una eternidad.

Finalmente se agachó y dio tres pasos antes de que la puerta de la casa se abriera, y su ex marido estuviera allí, con una lata de refresco en la mano.

—Ahí estás —dijo como si ella acabara de salir a comprar comestibles. Sus ojos se desviaron hacia Graham y se quedaron fijos. Los dos hombres se miraron fijamente, y Laney no tenía idea de qué hacer.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó.

—Pasando por aquí. —Mike nunca daba una respuesta directa, y Laney se preguntó si necesitaría dinero. No tenía idea de qué había estado haciendo durante los últimos tres años, y honestamente no le importaba.

—Sigue conduciendo, entonces —dijo ella—. No queremos verte. —No podía creer que alguna vez lo hubiera encontrado atractivo. Había engordado al menos diez kilos desde la última vez que lo había visto, y su cabello castaño había empezado a aclararse hacia el gris. Sus ojos azules, muy azules, la miraban fijamente, pero ella no se inmutó. Ni respiró.

Él señaló la casa detrás de él como si fuera el dueño del lugar. —Me gusta lo que has hecho con el lugar.

—El Sheriff viene en camino —dijo Graham—. Probablemente deberías irte.

Mike parecía que podría gruñir. Luego su rostro se suavizó y se apoyó contra el marco de la puerta y dio un largo trago a su refresco. —¿Karl Bentley viene? Creo que me quedaré a saludar a un viejo amigo. —Con eso, se dio la vuelta y volvió a entrar en la casa, dejando que la puerta se cerrara de golpe tras él.

Laney no podía moverse. Sus piernas se sentían entumecidas, y quería darse la vuelta y volver al lodge. A cualquier lugar donde Mike no estuviera. ¿Qué estaba *haciendo* aquí?

Y lo más importante, ¿cómo podría deshacerse de él antes de que destruyera todo lo que tenía... otra vez?

16

GRAHAM NO PARECÍA PODER SOLTAR la mano de Laney. Ella se volvió hacia él.

—Está bien —se puso de puntillas como si fuera a besarlo allí mismo. Él captó el dulce aroma de su piel cuando ella apretó su mejilla contra la suya.

—¿Te asegurarás de que Bailey esté bien? Volveré tan pronto como pueda —volvió a apoyarse en sus pies, apretando con fuerza los dedos de él.

Graham inclinó la cabeza y ladeó su sombrero hacia la puerta por si Mike volvía a aparecer.

—¿Cómo volverás?

—Te llamaré.

—No —negó con la cabeza, sin importarle si lo tachaban de bestia—. Te esperaré en el coche. Demonios, entraré contigo —la desesperación que había contenido se hinchó, se elevó y amenazó con ahogarlo.

—Puedo manejar a Mike McAllister.

—Sé que puedes —miró hacia la puerta, pero esta seguía obstinadamente cerrada—. Es solo que no deberías tener que hacerlo. No tú sola.

Señor, rezó mientras observaba la indecisión desfilar por el rostro de ella. *Por favor, déjame ayudarla*. Cómo, no lo sabía. Pero sabía que Dios sí, y que no había puesto a Laney en su vida sin razón.

—Entraré contigo —se enfrentó a la puerta e incluso dio un paso hacia ella—. Vamos. Acabemos con esto.

Ella lo acompañó, pero ambos caminaban bastante despacio.

—Probablemente solo quiere dinero o algo así.

Graham gruñó. Sí, conocía a mucha gente que salía de la nada cuando había dinero de por medio, pero se guardó sus historias para sí mismo. Habría un momento para ellas, pero no era este.

Laney subió primero los pocos escalones y abrió la puerta, con Graham justo detrás de ella. El calor los recibió, una buena señal, pero también lo hizo el aroma de carne dorándose, definitivamente no una buena señal. Siguió a Laney por el corto pasillo que conducía a la cocina, donde encontraron a Mike friendo hamburguesas en una sartén.

Graham sentía como si estuviera viviendo en una especie de realidad alternativa. ¿Quién era este tipo? ¿Qué descaro tenía para entrar en la casa de su ex esposa y empezar a comer su comida?

—Yo traje la carne —dijo Mike como si pudiera leer los pensamientos de Graham—. Solo necesito un lugar donde pasar la noche.

—Ve a un hotel —dijo Laney fríamente, y Graham la miró. Había pensado que ella había sido fría con él en el pasado, pero ahora se daba cuenta de que no tenía ni idea de lo amarga que podía ser. No la culpaba; simplemente nunca la había oído hablar en un tono tan cortante.

—No tengo dinero —Mike le lanzó una sonrisa rápida y volvió a cortar un tomate. Se detuvo y se volvió hacia ellos—. Qué maleducado soy. ¿Tienen hambre ustedes dos? Puedo poner más hamburguesas.

—Acabamos de comer —dijo Laney—. La calefacción se ha estropeado, así que vine a dejar mi ropa y volvemos a la posada.

Una enorme sonrisa se extendió por el rostro de Mike, pero no era de felicidad. Graham se puso tenso y dio medio paso para colocarse parcialmente frente a Laney. Algo no andaba bien con este tipo.

—No sabía que la calefacción estaba estropeada.

—Hay muchas cosas que no sabes —dijo Laney—. Y no puedes quedarte aquí.

—¿Por qué no? Acabas de decir que estarán en la posada.

—Porque yo pago la hipoteca. Es mi casa. Y no te quiero aquí, ni siquiera por una noche —cruzó los brazos y ladeó la cadera—. El sheriff Bentley viene hacia aquí, y te escoltará fuera de mi propiedad.

Mike parecía no tener ninguna preocupación en el mundo. Terminó de untar mayonesa en su pan y luego deslizó la hamburguesa directamente de la sartén sobre él. Colocó encima lechuga, tomate y aguacate, y aplastó todo junto con el pan superior.

Mientras daba el primer bocado, Laney dijo:

—Mike —en un tono de advertencia que Graham tampoco había oído nunca. Ver al hombre comer introdujo en la vida de Graham un nivel de asco que no había sentido en mucho tiempo.

El otro hombre terminó de masticar y tragó justo cuando alguien llamó a la puerta del garaje.

El corazón de Graham dio un salto, ya que la situación estaba a punto de ponerse seria.

—El sheriff está aquí —dijo Laney con voz presumida, y se dio la vuelta para dejarlo entrar. Graham no quería apartar los ojos de Mike hasta que el hombre estuviera esposado. O yéndose por la carretera, con el rabo entre las piernas. Graham no estaba seguro de que ocurriera ninguna de las dos cosas, y su ansiedad se disparó en su interior.

—Laney —dijo Mike, y Graham deseó no volver a oír hablar al hombre nunca más—. Una noche. Dame esta noche, y nunca más volverás a verme.

Ella se volvió hacia él, con expresión recelosa. Graham sentía la misma inquietud atravesándolo.

—Pero si dejas entrar a ese sheriff y me obligas a irme, te prometo que haré tu vida difícil.

Graham le creyó. No estaba seguro de qué tipo de hombre se había casado Laney hace siete años, pero el hombre frente a ellos no era alguien con quien se pudiera jugar.

—¿Difícil? —Laney marchó de vuelta hacia él—. Mike, mi vida ha sido difícil durante años. Nadie que me ayude con Bailey. Un rancho al borde del colapso financiero —dio dos pasos amenazadores hacia él con cada frase.

En ese momento, Graham no estaba seguro de a quién temía más. Si a ella o a Mike.

Ella levantó un tercer dedo.

—Una calefacción que está a punto de estropearse. Trabajar en el rancho en invierno yo sola. *Todo* yo sola. No envías dinero, ni tarjetas, ni regalos. ¿Cuánto más difícil puede ponerse mi vida? —se plantó pecho contra pecho con él, un hecho que puso a Graham muy, muy nervioso.

—Una. Noche —siseó Mike—. Haz que el sheriff se vaya. Vuelve a tu posada. Me habré ido por la mañana.

Siguieron varios segundos de silencio.

Finalmente, ella preguntó:

—¿Estás en problemas con la ley?

Los ojos azules del hombre ardían de furia, y Graham dio un paso adelante, tirando de Laney hacia atrás y colocándose entre los dos. —Laney —dijo, pero ella no lo miraba—. Es solo una noche. Deja que se quede. Ustedes dos estarán seguras en el lodge.

No estaba seguro de por qué sentía que necesitaba alejarla de Mike, o dejar que el hombre se quedara en la casa, pero Graham lo sabía como sabía que el sol saldría mañana.

—Laney.

Finalmente, ella apartó la mirada de Mike y miró a Graham. Él le apretó los hombros. —Deja que se quede —No pretendía suplicar, pero así sonaba su voz.

—Escucha a tu novio —dijo Mike, el sonido de masticación detrás de él indicando que había dado otro mordisco a su hamburguesa.

—No me digas qué hacer —Laney se alejó de Graham, con la ira evidente en cada movimiento—. Ninguno de los dos. Nadie me dice qué hacer —Su pecho se agitaba y miraba alternativamente a Graham y a Mike.

Graham levantó las manos en señal de rendición y decidió rezar de nuevo. Ni siquiera estaba seguro de qué palabras usar, pero confiaba en que el Señor podría escuchar sus súplicas de todos modos.

Mike se rio. —Menos mal que lo trajiste contigo —Sacudió la cabeza—. Ella es más dura que tú, amigo.

Graham se enfrentó a Mike y dijo: —Hay diferentes tipos de fuerza.

—Claro, lo que sea.

El Sheriff volvió a llamar y gritó: —¿Laney?

—Deshazte de él —dijo Mike, volviendo su atención a su comida.

Por mucho que Graham no quisiera, estaba de acuerdo con Mike. Necesitaban deshacerse de Karl si querían deshacerse de Mike. Laney lo miró, y Graham asintió levemente.

Ella marchó por el pasillo y abrió la puerta una fracción de pulgada. —Hola, Sheriff —dijo, con voz dulce como la miel—. Perdón por la llamada. Es mi hermana. Acaba de alquilar un coche y no reconocí la camioneta.

Se escucharon murmullos bajos del Sheriff, y Laney dijo: —Sí, estoy segura. Siento hacerle venir hasta aquí —Un momento después, la puerta se cerró y Laney regresó a la cocina.

Mike estaba allí, comiendo, como si no tuviera una preocupación en el mundo. Pero Graham sabía que sí la tenía. Estaba en problemas, de alguna manera, y Graham tenía muchos recursos para averiguar de qué tipo. Apretó los labios y observó al otro hombre, deseando que las respuestas simplemente se materializaran en su frente.

—Te habrás ido para el desayuno —dijo Laney—. Y eso llega temprano en un rancho.

—Me iré para el desayuno —dijo con voz aburrida y se giró para poner su plato en el fregadero.

—Vamos, Graham —dijo Laney—. Vamos a buscar mi bolsa y salgamos de aquí.

Graham la siguió afuera y montó guardia en la puerta del dormitorio mientras ella entraba para hacer lo que necesitara hacer. Mike no intentó interactuar con ninguno de los dos, y mientras subían de vuelta al lodge, Laney dijo: —Casi desearía que la calefacción no funcionara de nuevo.

Graham empezó a reírse, pero Laney comenzó a llorar, y eso hizo que su corazón se encogiera por completo. —Eh —dijo, deteniéndose a un lado—. Eh, eh, shh. Está bien —La

acercó tanto como pudo con la consola entre ellos, y le acarició el cabello—. Está bien.

Tal vez si lo decía suficientes veces, se haría realidad.

—NO LO SÉ —dijo por décima vez. Normalmente a Graham le gustaban Beau y sus preguntas incesantes. Normalmente estaban dirigidas a alguien que no fuera él. Eli, Stockton y Andrew se habían apoderado de la sala de cine para la noche, y una larga mesa de seis pies contenía más aperitivos de los que incluso él y sus hermanos podían comer.

Graham se inclinó y alineó su taco de billar con la bola. Él y Beau habían dejado la película hace quince minutos, y a su hermano solo le había tomado treinta segundos hacer que Graham soltara la sopa sobre Mike McAllister abajo en el Rancho Echo Ridge.

—Deberías ir con ella de nuevo mañana —dijo Beau.

—Lo haré —Graham exhaló y no volvió a inhalar, golpeando la bola blanca sólidamente y enviándola hacia la bola rayada que necesitaba meter en la esquina. Entró perfectamente, y se enderezó. En cualquier otro momento, estaría satisfecho con este desempeño. Pero esta noche, nada parecía traer una sonrisa a su rostro.

Laney había cenado con todos, y luego se quejó de que no se sentía bien y subió. Había pensado al menos cien veces en subir y tocar su puerta, solo para asegurarse de que estuviera bien.

Bailey estaba en la sala de cine, prácticamente inseparable de Stockton, y aunque sabía que volvería a su casa por la mañana, ya le había preguntado a Graham si podía quedarse un día más.

No le había dicho nada a Laney, y se había reído de Bailey y le había dicho que le preguntara a su madre.

—Tu turno —dijo Graham, y Beau guardó su teléfono en el bolsillo. Dio una vuelta alrededor de la mesa, y luego se posicionó para golpear la bola sólida roja número tres. Raspó la mesa y la bola blanca apenas se movió, tocando ligeramente la bola roja.

Graham se rio, y Beau lo miró con el ceño fruncido. —Algunos de nosotros tenemos trabajos diurnos.

—Yo trabajo todo el tiempo —Graham iba varios tiros por delante, y podía ver mentalmente los próximos tres movimientos que le ganarían el juego. Beau tenía una mente analítica, buena con números y cifras y recordando pequeños datos que nadie necesitaba saber.

Graham tenía un título en ciencias de la computación, y resolvía problemas para ganarse la vida. O, al menos solía hacerlo. Suponía que su trabajo para Springside Energy también era resolver problemas, solo que de una manera diferente. Un tipo diferente de problema, ya que las personas no podían ser reprogramadas cuando actuaban de maneras que no le gustaban.

—No me gusta —anunció Graham.

—No —dijo Beau—. Supongo que no. Pero sí te gusta Laney —Casi estaba preguntando, y Graham se preparó para su siguiente tiro, sus pensamientos dando vueltas sobre cuánto le gustaba Laney.

Metió la rayada trece y miró a su hermano. —Realmente me gusta Laney.

Beau sonrió y asintió. —Nunca has sido muy serio con las mujeres antes.

—¿Qué significa eso? He tenido muchas novias.

—Exactamente eso. Las novias vienen y van como las olas en la orilla para ti.

Graham levantó la barbilla. —Supongo que nunca he visto realmente el punto de una

relación seria.

Beau volvió a colocar su taco en el soporte, aparentemente renunciando al juego. —¿Y ahora? Quiero decir, pareces serio con Laney.

—Lo estoy.

—Entonces estás enamorado de ella.

—No —Graham se inclinó y metió la siguiente bola en la tronera del extremo—. No creo haber estado enamorado nunca, pero supongo que sabría cómo se siente. —Miró a su hermano menor—. ¿No crees?

—No tengo ni idea. Estoy casado con mi trabajo, ¿recuerdas? —Se acercó a la mesa de aperitivos y cogió un rollito de carne con salsa barbacoa. Después de darle un mordisco, gimió y dijo—: Celia es la mejor.

Graham sonrió, negó con la cabeza y embocó la última bola. Una bestia furiosa vivía en su pecho, y solo le tomó hasta que guardó su propio taco para identificarla como celos. No quería que Mike se acercara ni a Laney ni a Bailey, y la mañana de Año Nuevo no podía llegar lo suficientemente rápido.

17

LANEY ENCONTRÓ cuatro órdenes de arresto para un tal Mike McAllister. No estaba segura de si era el correcto o no. Un artículo de Dallas decía que un Mike McAllister había perdido su licencia de conducir después de tres arrestos por conducir bajo los efectos del alcohol.

—No puede ser él —Laney levantó la vista de su portátil, la oscuridad más allá de la ventana era un gran impedimento para su descabellada idea de escabullirse y espiar a Mike. ¿Qué estaba haciendo en su casa? ¿En qué condiciones la encontraría cuando llegara por la mañana? ¿Se habría ido realmente?

Todo su cuerpo se sentía tenso, y exhaló profundamente en un intento por relajarse. El problema era que no estaba segura de saber cómo tomar las cosas como vinieran. Le gustaban los horarios, las listas y las rutinas, y que Mike apareciera de la nada era definitivamente algo con lo que no sabía lidiar.

Tampoco sabía cómo manejar una relación real con Graham, si era sincera consigo misma. Pero ese era un campo minado que quería navegar.

Volvió su atención a la computadora, pero otros treinta minutos de búsqueda en Internet no arrojaron nada perverso sobre Mike, hasta donde podía ver. Tal vez si no tuviera un nombre tan común, podría encontrar algo concreto. Algún tipo de evidencia.

—¿Qué harías con eso? —se preguntó a sí misma. Había despedido al Sheriff, dándole a Mike dieciséis horas de acceso sin supervisión a su casa—. ¿Y si hace algo ilegal en el rancho?

No importaba. Laney alejó esos pensamientos. Se habría ido por la mañana, y ella y Bailey volverían a su hogar, y podría volver a su vida normal.

Caminó hacia la puerta y se detuvo con la mano en el pomo. Debería bajar e involucrarse en la fiesta de Año Nuevo. Bailey estaba abajo, y no podía depender de Meg para que vigilara a su hija todo el tiempo. Además, Graham probablemente-

Soltó un grito ahogado cuando alguien llamó a la puerta. Agarró el pomo y abrió la puerta de un tirón para encontrar al hombre en quien acababa de estar pensando parado en el pasillo.

—Hola —la envolvió en sus brazos, sin darse cuenta o sin importarle lo rápido que había abierto la puerta—. ¿Cómo estás? ¿Te sientes mejor?

—Sí, mucho mejor.

—Celia me dijo que debería traerte un poco de té, pero honestamente, creo que probablemente lo dejaría caer y rompería todo —sonrió, el gesto cálido y reconfortante—. Así que vine a ver si bajarías a la cocina por un té.

—¿Tú realmente tomas té? —mantuvo sus brazos alrededor de su fuerte espalda, disfrutando de su cercanía, del consuelo que su presencia le brindaba. Había disfrutado estar casada, y Mike no siempre había sido completamente egocéntrico e involucrado en cosas más allá de sus

capacidades intelectuales.

Graham se rio, y Laney se deleitó con el sonido.

—No, no tomo té. Pero sí tomo chocolate caliente o café, y si hay té, probablemente haya algo de eso.

—Probablemente ambos, si conozco a Celia.

Graham la acercó a su costado y dijo:

—Baja conmigo. Estoy preocupado por ti.

—Estoy bien —se había derrumbado frente a él, algo que Laney no había hecho en años. Claro, lloraba de vez en cuando, siempre a puerta cerrada, siempre cuando Bailey estaba profundamente dormida o suficientemente ocupada en la casa mientras Laney trabajaba en los establos.

Pero simplemente se había desmoronado frente a Graham. Se aferró a él mientras lloraba, dejó que la abrazara mientras le susurraba cosas amables, y dejó todo tipo de manchas húmedas en su abrigo para cuando se recompuso.

Había mantenido la mirada baja por un tiempo después de eso, pero su humillación no duró mucho. La gente lloraba, y no se podía esperar que tuviera nervios de acero.

El ambiente en la cocina burbujeaba, junto con las dos ollas de agua hirviendo. Celia se levantó de un salto del bar, donde estaba estudiando un cuaderno con un lápiz detrás de la oreja. Se quitó las gafas de lectura y abrazó a Laney.

—Aquí estás. Ven, toma un poco de té.

—Estaba pensando en chocolate caliente —dijo Laney, apretando los hombros huesudos de Celia para hacerle saber que apreciaba su preocupación—. ¿Es posible?

—Creo que has estado aquí el tiempo suficiente para saber qué es posible —Celia le dio una sonrisa maternal y se ocupó del chocolate caliente. Laney sacó las tazas y cucharas, junto con una bolsa de mini malvaviscos. Cuando puso el regalo en el mostrador, se dio cuenta de que Graham la estaba observando.

—¿Qué? —preguntó.

—Solo estoy contento de que estés aquí —levantó un hombro poderoso en un encogimiento de hombros—. Encajas.

Laney abrió la boca para responder, pero no pudo vocalizar nada. Había querido encajar con Graham durante tanto tiempo. Incluso cuando eran niños, sabía que él estaba en un nivel diferente al de ella. Había estado tan lleno de vida, igual que ahora.

Tan rápido para hacer grandes planes para sí mismo. Tan fácil de bromear, y tan fácil de reír con él, y tan fácil de enamorarse de él.

Laney contuvo la respiración cuando pensó en la palabra *amor*. Bajó la cabeza y se concentró en verter el polvo de chocolate en el agua caliente que Celia le servía. Podía ver al Graham de diez años en su mente. El de dieciocho del que se había enamorado. Y el hombre en el que se había convertido ahora.

Le gustaban todos ellos, y era posible que pudiera enamorarse muy fácilmente de él. Tomó un sorbo de su chocolate caliente y añadió unos cuantos malvaviscos más. Tal vez ya estaba enamorada de él.

SE DESPERTÓ ANTES DEL AMANECER, sorprendida de haber podido

conciliar el sueño. Después de la degustación de chocolate caliente en la cocina, había bajado con Graham y se había permitido comer aperitivos y bocaditos, reír con los hermanos Whittaker y acariciar el cabello de Bailey después de que la niña se quedara dormida solo veinte minutos antes de la medianoche.

Cuando el reloj dio las doce, recibió su beso de Año Nuevo con Graham, en medio de una serie de silbidos de sus hermanos. No le había importado, pero Graham solo la había besado por unos momentos antes de reírse y lanzar un puñado de malvaviscos a sus hermanos burlones.

Le había dado un apropiado beso de *bienvenida al Año Nuevo* fuera de su habitación después de acompañarla escaleras arriba y prometerle que iría con ella al rancho a la mañana siguiente.

Laney se levantó y se vistió, pensando que haría la caminata de una milla hasta Echo Ridge mientras amanecía. Haría algunas tareas en el granero, alimentaría a las gallinas y luego se acercaría a la casa después de asegurarse de que el camión se hubiera ido.

—No irás sola.

Contuvo la respiración y presionó una mano sobre su corazón cuando una figura se levantó del sofá en el vestíbulo. Increíblemente alto y ancho, no podía ser otro que Graham.

—Sabía que intentarías escabullirte e ir por tu cuenta.

—No —dijo Laney automáticamente—. No había planeado eso específicamente. Solo no podía dormir.

Él se puso la chaqueta y le hizo sonar un juego de llaves.

—Yo conduciré.

—Voy a hacer primero las tareas del rancho.

—Genial. Tal vez aprenda algunos trucos. —Pasó su brazo alrededor de los hombros de ella y la guió lejos de la puerta principal hacia el garaje. No tenía sentido discutir con él; Graham hacía lo que quería, y ese pensamiento provocó miedo justo detrás del corazón acelerado de Laney.

Graham hacía lo que quería.

¿Y qué pasaría cuando ya no la quisiera a ella?

Laney alejó ese pensamiento de su mente y lo reemplazó con *No es Mike. No es Mike*, durante todo el corto viaje hasta el rancho.

El ofensivo camión todavía estaba en la entrada, y la casa parecía estar dormida.

—Oh, Dios mío —dijo ella, otro pensamiento golpeándola con la fuerza de la gravedad—. ¿Dónde crees que durmió? —La casa principal tenía cuatro dormitorios, y solo podía esperar que hubiera tomado una cama en una de las habitaciones de invitados. La idea de tenerlo en su espacio personal le provocó un escalofrío por la espalda.

—No importa qué, todo estará bien —dijo Graham.

—Ve alrededor del granero. —Señaló más allá de la entrada, y Graham continuó alrededor de la propiedad hacia los graneros en la parte trasera. Trabajaron juntos, codo a codo, y Laney se permitió soñar despierta sobre cómo podría ser la vida con él.

Él podía levantar el doble que ella, haciendo que la alimentación fuera doblemente rápida. Acariciaba a los caballos al pasar, de la misma manera que ella lo hacía. Lo atrapó murmurando algunas cosas a Starlight, pero cuando le preguntó al caballo, no obtuvo ninguno de los secretos.

—Apenas las siete y media —declaró cuando terminaron el trabajo—. ¿Deberíamos intentar ir a la casa? —Se paró en la puerta del granero principal y miró hacia la parte trasera de la casa principal.

—Sí. —Cuadró los hombros y tomó una respiración profunda—. Es mi casa.

—Laney. —Graham se paró frente a ella. La mirada en sus ojos la hizo detenerse. Tan

intensa. Tan seria—. Creo que es peligroso, Laney. No creo que debamos entrar si él todavía está allí.

—Puedo manejar...

—No —dijo Graham—. Hay algunas peleas que se luchan con los puños, y otras con el cerebro. Esta es una en la que usamos nuestro cerebro. —Echó un rápido vistazo hacia la casa, pero todavía era imposible saber si alguien se movía dentro.

—No estoy tratando de decirte qué hacer. —Se volvió hacia ella de nuevo—. Pero es una sensación que he tenido desde que vi a tu ex marido. Él es... inestable. Y aunque sé que puedes manejarlo, no deberías tener que hacerlo.

Laney no sabía cómo sentirse. Él decía las cosas más hermosas, y todas tenían sentido para ella. Sabía que su juicio estaba nublado cuando se trataba de Mike, así que dijo:

—De acuerdo. Vamos a dar la vuelta por el frente.

Lo hicieron, y el camión se había ido. Laney apenas esperó a que Graham se detuviera antes de saltar de su SUV. El tiempo que tardó la puerta del garaje en levantarse pareció una eternidad, pero finalmente entró en la casa.

—Esperaba que se sintiera diferente —dijo, entrando en la cocina—. Dejó su desorden. —Quería tomar el plato del que había comido anoche y arrojarlo al suelo. Abrió el refrigerador, sin estar segura de qué esperaba encontrar, pero todos sus frascos de aderezo para ensaladas y ese viejo recipiente de queso cottage no lo eran.

Graham permaneció a su lado mientras ella se movía por las otras habitaciones de la casa, así que estaba justo a su lado cuando descubrió dónde había dormido Mike: una habitación de invitados en el sótano. Afortunadamente.

—Realmente parece que simplemente durmió aquí —dijo, tratando de captar algún aroma que no podía oler. Así que no había fumado en la casa. Ni aparentemente hecho nada más nefasto.

Graham la dejó revisar su dormitorio sola, y cuando salió, él dijo:

—Tengo a mi gente en ello.

—¿En qué?

—Averiguando qué está pasando con Mike.

—Busqué en línea anoche.

—Mi gente puede... hacer más que búsquedas en Internet.

Por supuesto que podían.

—Debe ser agradable. —No pretendía sonar tan mordaz, pero Graham solo la miró con calma.

—Lo es.

Laney sintió que la lucha la abandonaba, y quería desplomarse en el suelo y llorar de nuevo. Afortunadamente, Graham pareció sentir esta necesidad en ella, y la envolvió con sus brazos y la sostuvo.

—Vamos a limpiar la cocina, y luego te traeré a ti y a Bailey, las dejaré instalarse. —La sostuvo a la distancia de un brazo y la estudió desde debajo del ala de ese sombrero de vaquero —. ¿De acuerdo?

Laney miró en las profundidades de sus ojos, más que aliviada de que Graham estuviera aquí, ayudándola, sosteniéndola. Asintió.

—De acuerdo.

Él rozó sus labios sobre su frente, un toque rápido que la hizo sentir... amada.

—De acuerdo.

18

GRAHAM SE ASEGURÓ de que Laney estuviera instalada. Hizo que sus hermanos volvieran a sus hogares en avión, con la promesa de regresar a Cañón Coral tan pronto como pudieran. Eli tenía proyectos que terminar, una casa que vender y arreglos que hacer con su niñera. Andrew también tenía obligaciones que resolver antes de poder volver, y a Graham no le gustaba lo vacío y silencioso que quedaba el albergue una vez que todos se habían ido.

Con enero llegó la vida cotidiana, con ejercicios por la mañana, alimentar a los caballos antes del desayuno y jornadas de dieciséis horas para Springside Energy.

Y ahora tenía que considerar a Laney como algo más que alguien a quien podía enviar un mensaje de texto cuando no sabía qué hacer con uno de sus caballos. Ella estaba increíblemente ocupada después de haber estado fuera de la granja durante tanto tiempo, y sus conversaciones se llevaban a cabo a través de mensajes de texto.

Graham odiaba hablar por teléfono, algo que tenía que hacer por trabajo y que no parecía poder hacer con Laney, aunque echaba de menos el sonido de su voz. Llegó el domingo por la mañana, y no había podido verla ayer aunque habían hecho planes. Bailey había contraído un virus estomacal y Laney había cancelado a última hora.

Así que Graham se vistió con sus pantalones negros, camisa blanca y corbata de un azul brillante, se colocó el sombrero de vaquero en la cabeza con cuidado y condujo hasta el Rancho Echo Ridge. Sus hermanos habían quitado la nieve del camino de entrada y la acera hasta el porche delantero, y ella lo había mantenido limpio y con sal aunque hubieran tenido una ligera nevada.

Llamó a la puerta, esperando no estar siendo demasiado atrevido. Luego se preguntó por qué le importaba si lo era. No la había visto en seis días, y realmente no le gustaba vivir en ese albergue completamente solo. Incluso tener a Celia, Annie y Bree yendo y viniendo no era suficiente para hacer que el lugar se sintiera como si tuviera alma, como lo había tenido durante la Navidad.

Bailey dijo:

—Es Graham, mamá —y un momento después, abrió la puerta. Llevaba un vestido azul pálido que hacía que sus ojos parecieran la parte interior de una llama, de un azul brillante—. Hola, Graham. Mamá se está poniendo los pendientes. Dijo que puedes pasar.

—Vaya, muchas gracias, señorita Bailey —sonrió y entró en la casa, cerrando la puerta tras de sí. El lugar olía a canela y azúcar, y se le hizo la boca agua—. ¿Tu mamá hizo algo para desayunar?

Bailey se rió y deslizó su manita de seis años en la de él.

—No, tonto. Yo hice rollos de canela, tal como me enseñó Celia. Ven a ver —lo arrastró por

el pasillo hasta la cocina, y todo su corazón llenó su pecho, tan lleno que pensó que iba a estallar.

La cocina parecía como si hubiera estallado una bomba de azúcar, canela y masa, y Graham se detuvo y la miró con leve horror.

—¿Dónde estaba tu mamá mientras hacías los rollos de canela?

—Alimentando a los caballos —Bailey sonaba muy orgullosa de sí misma—. ¿Quieres uno?

Él ni siquiera podía ver algo comestible, pero dijo:

—Claro —de todos modos. Ella pasó de largo la isla, que estaba manchada de harina y mantequilla derretida, y usó una espátula para raspar un rollo mayormente cocido de la bandeja del horno. Lo puso en un plato de papel y se lo presentó con una amplia sonrisa.

Definitivamente estaba poco cocido, pero Graham le dio un gran mordisco de todos modos. Al menos sabía bien, aunque necesitaba unos minutos más en el horno. O diez. Masticó y tragó. Está bien, veinte minutos más en el horno.

—Sabe genial —dijo, porque al menos eso era cierto. Laney salió un momento después, sus tacones haciendo clic contra la madera dura y salvándolo de tener que dar otro mordisco al rollo casi crudo.

—Hola, extraño —deslizó sus dedos por su antebrazo cubierto por la chaqueta y un escalofrío lo recorrió. Discretamente dejó su plato en el mostrador y le sonrió.

—¿Te lavaste los dientes? —preguntó Laney a Bailey.

La niña frunció el ceño, con un pegote de la parte interior de un rollo de canela en el dedo. Se lo lamió y dijo:

—Todavía no.

—Bueno, ve a hacerlo. No queremos llegar tarde a la iglesia —observó a la niña saltar por el pasillo y entrar al baño antes de volverse hacia él—. Será mejor que me beses rápido.

Graham quería tomarse su tiempo, pero no perdió un segundo en tomarla en sus brazos y unir su boca a la de ella.

—Te extrañé —murmuró y la besó de nuevo—. Esperaba que pudiéramos ir juntos a la iglesia —otro beso.

—¿No te preocupan los chismes del pueblo?

La besó de nuevo, su necesidad por ella casi insaciable. Algo golpeó en el pasillo, y Laney se apartó de él, alisándose la blusa, luego la falda y finalmente el cabello.

—Te cortaste el pelo —dijo él, alcanzando las puntas.

—Solo un poco —dijo ella.

—Al menos quince centímetros.

—Se estaba poniendo demasiado largo —le sonrió, y él encontró un bonito rubor en su rostro —. Y vaya, eres muy valiente por comer ese rollo de canela.

—Solo necesitaba más tiempo en el horno.

—Dientes lavados —anunció Bailey, y Graham se dio la vuelta, esperando que no lo hubiera escuchado.

—Genial —dijo Laney—. Graham nos llevará a la iglesia.

Una vez que estuvieron en el coche, Graham deseó tener una camioneta para poder tener la pierna de Laney presionada contra la suya. Su perfume y su presencia llenaban el SUV, pero quería tomarle la mano, sentir el calor de su cuerpo y besarla en cada señal de stop.

Tal como estaban las cosas, hizo una pequeña charla sobre sus hermanos, preguntó por su madre y entabló una conversación con Bailey sobre un proyecto escolar que estaba haciendo sobre Martin Luther King para las próximas vacaciones.

La iglesia se encontraba en la esquina de Ponderosa y Tercera, un edificio antiguo y

pintoresco hecho de ladrillo rosa. Se habían añadido extensiones en la parte trasera y el lado norte para aulas adicionales, y un gran campo se extendía hacia un grupo de árboles. La esposa del pastor organizaba comidas campestres en ese campo durante el verano, y carreras de relevos, y barbacoas.

A Graham le gustaba ser parte de esta comunidad, y mientras entraba en la iglesia, con su mano firmemente entrelazada con la de Laney, más de unas cuantas personas miraron en su dirección. No le importaba. Estaba acostumbrado a que lo miraran cada vez que salía del albergue, ya que no ocurría a menudo.

Por lo general, en la iglesia, la gente ya se había acostumbrado a verlo allí. No, no hablaba mucho, pero tampoco lo hacían muchos otros vaqueros en Cañón Coral.

—Sobreviviste a la tormenta —dijo una mujer, y Graham se volvió hacia la voz para encontrar a Bonnie sonriéndole—. Ven a sentarte con nosotros. Hola, Laney. —Les sonrió radiante a ambos, y Graham casi puso los ojos en blanco.

Bonnie mecía a su bebé en la cadera y les hizo un gesto. —Vamos, vamos. Sam se alegrará de verte.

Graham miró a Laney, quien se encogió de hombros ligeramente. Así que siguió a Bonnie hasta la capilla y casi hasta el frente. —¿En serio? —siseó a sus amigos—. ¿Podríamos estar más expuestos?

—Hazte a un lado, Sam —dijo Bonnie con una voz que ella no podía creer que fuera baja—. Graham y Laney están aquí con Bailey.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Sam, pero recogió el bolso de pañales y se movió un poco en el banco. No lo suficiente, pero otra familia ya ocupaba la otra mitad. Graham se apretujó en el banco, al igual que Laney y Bailey.

Bueno, había conseguido su deseo de tener la pierna de Laney pegada a la suya, su mano agarrando la de él, pero no iba a besarla. No aquí en la tercera fila donde todos los chismosos del pueblo podían ver. No en la iglesia en absoluto, a menos que acabaran de decir "Sí, acepto" y ella fuera ahora su esposa.

Esposa.

La palabra rebotaba en su cabeza, haciendo difícil escuchar el sermón del pastor. Finalmente, Graham se recompuso y logró escuchar los últimos diez minutos del mensaje del Pastor Landy. El pastor era más joven que él, algo que Graham apreciaba, ya que sentía que el hombre entendía lo que era vivir en el mundo actual.

Aunque Graham no había escuchado todo, había captado la esencia del mensaje: el Salvador amaba y aceptaba a todos, incluso al pecador. Ellos tenían la misma responsabilidad.

Graham pensó en Mike. Era difícil amarlo y aceptarlo. ¿Y perdonarlo? Graham solo había conocido al hombre una vez, y no le había gustado lo que le había hecho a Laney.

Todavía eres un trabajo en progreso, se dijo a sí mismo. La reunión terminó, y habló con Sam y Bonnie durante unos minutos.

—Ustedes tres deberían venir a cenar —dijo Bonnie, con una sonrisa anormalmente grande en su rostro.

—Oh, nosotros...

—Sí, eso sería divertido —lo interrumpió Laney. Se levantó y llevó a Bailey al pasillo—. Te esperaremos en el vestíbulo. —Con eso, se fue, y Graham la observó hasta que estuvo fuera del alcance del oído. Luego se volvió hacia Bonnie.

—Tengo cuarenta años —gruñó—. Me estás avergonzando.

Bonnie soltó una risa aguda y palmeó el brazo de Graham como si fuera su hijo. —Lo estás

haciendo muy bien. Ella te tomó de la mano durante toda la reunión.

—Ya basta —dijo, aunque un atisbo de felicidad lo atravesó—. Parece que le gusto, ¿verdad?

Bonnie se puso seria, aunque el brillo en sus ojos no desapareció. —Graham. Por supuesto que le gustas. Te dije que ustedes dos harían buena pareja.

—Lo sé. —Su sugerencia lo había atormentado durante semanas, pero no iba a decírselo—. Bueno, ahora que volvemos a la vida normal, no puedo verla mucho. Así que los veré después, chicos.

—¿Graham? —Sam se puso de pie, con el bolso de pañales sobre su hombro haciéndolo parecer todo un papá—. Solo sé tú mismo.

Graham asintió y se dirigió hacia el vestíbulo, que parecía estar repleto de gente. Laney estaba cerca de su madre, hablando, y Graham se unió a ellas.

—Buenas tardes, señora. —Se tocó el sombrero hacia la madre de Laney—. ¿Le gustaría acompañarnos a almorzar hoy?

—¿Qué está preparando Celia?

—Oh, hoy tiene el día libre. —Se inclinó, con una sonrisa en su rostro y pura alegría en su corazón—. Pero dejó una cazuela de fideos con pizza en el refrigerador.

—Me encanta eso —dijo Bailey, y Graham se rió.

—A mí también, pequeña —dijo—. A mí también.

DÍAS DESPUÉS, la Madre Naturaleza decidió que Wyoming no tenía suficiente nieve. De alguna manera, seis pies no la satisfacían, y Graham caminó con dificultad a través de los copos que caían hacia el granero para asegurarse de que sus animales tuvieran suficiente para comer y beber y se mantuvieran cómodos en los establos. Pensó en Laney, y tan pronto como salió del mal tiempo, le envió un mensaje de texto para ofrecerle su ayuda.

Me encantaría, respondió ella. *Te esperaré a que bajes.*

Así que, aunque tenía informes que leer y tres llamadas telefónicas del gerente general de Springside que devolver, metódicamente hizo lo necesario para cuidar de sus animales y luego condujo hasta la casa de Laney.

Llamó a la puerta al mismo tiempo que la abría, gritando: —¿Laney? ¿Bailey?

—En la cocina —llamó Laney.

Graham cerró la puerta, esperando no haber dejado entrar demasiado frío. Algo no se sentía del todo bien en la casa, pero encontró a Laney esparciendo palomitas de maíz con caramelo sobre una larga hoja de papel encerado en la isla.

—Mm, esto se ve bien. —Pero no agarró un trozo del cálido manjar. Rodeó a Laney con sus brazos y enterró su rostro en el hueco de su cuello mientras ella reía. No podía creer lo bien que se sentía estar con ella, lo fácil que era.

Ninguna de sus otras relaciones había sido tan simple, tan despreocupada, tan maravillosa, y se preguntó si era *demasiado* fácil.

—Ya basta —dijo ella—. Bailey está justo allí.

Pero la niña estaba dormida en el sofá. Graham besó a Laney y dijo: —Bueno, vístete para que podamos ir a alimentar a tus caballos. Está nevando mucho afuera.

Ella lo hizo, y se encargaron de su granja. A él le gustaba trabajar con ella, le gustaba verla susurrar a los caballos y hablar con los perros del granero como si fueran verdaderos amigos.

Disfrutaba de su fuerza y determinación, y mientras caminaban de regreso a la casa, pensó que podría estar enamorado de Laney McAllister.

Ella abrió la puerta trasera y entró en la casa, junto con una ráfaga de viento. Graham la siguió, agradecido por el calor interior.

Pero no estaba bien. No hacía suficiente calor.

Laney pareció notarlo también, porque dijo: —Necesito revisar la calefacción. —Se dejó puesto el abrigo y las botas mientras bajaba las escaleras, y unos minutos después, volvió a subir con una expresión preocupada.

—Se apagó —dijo—. La llama piloto se apagó y no puedo volver a encenderla. —Tomó su teléfono y comenzó a marcar.

—Entonces simplemente subirán a la cabaña —dijo él.

Ella negó con la cabeza, apretó los labios y dijo: —Hola, mamá. ¿Podemos Bailey y yo quedarnos contigo esta noche? Mi calefacción se averió.

19

LANEY NO IBA A LLORAR FRENTE a Graham otra vez. Oh, no, no lo haría. Su madre dijo algo —las funciones básicas de respiración de Laney parecían estar funcionando, pero nada más. Igual que su estúpida calefacción— y ella dijo:

—Sí, de acuerdo.

Todo en lo que podía pensar era en cuánto costaría una nueva calefacción. Y apenas estaban a mediados de enero y su suministro de heno tendría que ser complementado con alimento comprado, ya que no podría hacerlo durar hasta el verano.

No importaba cuánto trabajara, no podía conseguir suficiente heno, no tenía suficiente dinero, no podía encontrar la fuerza que normalmente sacaba de lo más profundo.

Un sollozo se atascó en su pecho, y dio unos pasos alejándose de Graham y Bailey, que estaban sentados en el sofá. Dijo algo al teléfono como si todavía estuviera en la llamada, y luego se escabulló a su habitación.

Apenas tuvo la presencia de ánimo para cerrar la puerta antes de caer de rodillas y dejar que el teléfono cayera al suelo. Sorprendentemente, las lágrimas no llegaron. Solo una pura desesperación mezclada con una gran dosis de pánico.

Inclinando su rostro hacia el techo, preguntó:

—¿Qué debo hacer?

La vida nunca la había golpeado tan fuerte. No quería llevar a Bailey al pueblo, porque era un viaje de veinte minutos hasta el rancho. Y eso era una hora en cada dirección, algo que tenía que hacer dos veces al día. No tenía tiempo para eso.

Pero no se mudaría de vuelta a la cabaña con Graham, especialmente porque ya no había nadie más allí. Su relación parecía demasiado íntima para eso, y simplemente no se sentía correcto.

La cabaña vino a su mente. Tenía calefacción, una chimenea enorme, una pequeña cocina, y estaba ubicada mucho más convenientemente.

Con esta nueva idea levantando sus ánimos, agradeció al Señor por Su ayuda y se puso de pie. Pasaron varios segundos antes de que se sintiera capaz de enfrentar este nuevo desafío, antes de que pudiera volver a la sala y poner las cosas en marcha.

Graham la ayudaría a empacar una nevera portátil y lo que necesitara de su despensa. Si se lo pidiera, probablemente iría al supermercado por ella. O al menos enviaría a Celia. Ese pensamiento enmendado trajo una pequeña sonrisa a su rostro, pero cuando entró en la sala, Bailey estaba sentada sola en el sofá.

—¿Dónde está Graham? —preguntó Laney.

Bailey ni siquiera levantó la vista de su tableta.

—No lo sé.

La molestia fluyó a través de Laney ahora, y esa horrible ansiedad que nunca estaba lejos de la superficie estos días. Desde hacía meses, si Laney fuera honesta. ¿No había estado rezando por un milagro durante meses?

—¿Se fue?

—Su teléfono sonó.

Laney se dirigió hacia Bailey, lista para arrancarle esa tableta de las manos.

—¿Puedes dejar esa cosa?

Bailey bajó la tableta ante el tono áspero en la voz de Laney. Ella cerró los ojos por un momento e intentó calmarse, intentó pensar.

—Está bien —dijo con un largo suspiro—. No podemos quedarnos aquí. La calefacción no funciona. Vamos a la cabaña, así que ve a empacar una maleta.

Bailey parpadeó, su inocencia infantil era entrañable.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—Honestamente, no lo sé. —Laney estaba jugando con la idea de quedarse indefinidamente. No podría permitirse una nueva calefacción hasta el otoño como muy pronto, y no necesitaban esta enorme casa para ser felices.

Miró por las ventanas traseras, esperando ver a Graham en la terraza, pero no estaba allí.

—Ve. —Podía hacer esto sola. Había hecho muchas cosas difíciles a lo largo de los años—. Voy a empacar algo de comida.

Su corazón se lamentaba de que Graham la hubiera abandonado justo cuando más lo necesitaba. *Eso no es cierto,* se dijo mientras cargaba leche, huevos y mantequilla en una nevera portátil. Pero él no regresó, y cuando abrió el garaje para poner la nevera en la parte trasera de su camioneta, su SUV no estaba en la entrada.

Sacó su teléfono y le envió un mensaje. *¿Adónde fuiste?*

Nunca había conocido a Graham por tener su teléfono a más de quince centímetros de él, pero no respondió inmediatamente. Laney volvió a la casa y empacó una maleta con suficiente para mantenerla durante más de una semana. La cabaña no tenía lavadora ni secadora, pero podía ir a la lavandería.

Sacó comida para perros, artículos de aseo, dos cajas de comida y las maletas de ella y Bailey. Cuando estuvo lista para irse, la casa definitivamente estaba fría, la oscuridad estaba cayendo, y Graham todavía no había respondido.

Laney contuvo las lágrimas y extendió su mano hacia Bailey.

—Vamos, bicho. Llama a los perros y vámonos.

Graham respondió horas después con solo unas pocas palabras: *Emergencia de trabajo. Te llamo luego.*

Laney tuvo que aceptarlo, de la misma manera que había aceptado la decisión de Mike de dejarla a ella y a su hija pequeña en un rancho demasiado grande para que lo cuidaran solas. Pero lo había hecho durante años, y seguiría haciendo lo mejor que pudiera.

Sabía que Graham trabajaba mucho. Era el CEO de una compañía energética muy grande que había enfrentado su cuota de controversia a lo largo de los años. No podía esperar que él pasara los jueves por la noche haciendo sus tareas, ni ninguna noche en realidad.

Pero para cuando finalmente había cargado todo lo que había empacado en la cabaña, estaba exhausta mental, física y espiritualmente. Ayudó a Bailey a prepararse para la cama, y luego se metió en un baño caliente, completamente agotada.

Y finalmente, las lágrimas vinieron y las dejó caer en el agua del baño, donde al menos

estaban ocultas.

GRAHAM no la llamó esa noche, ni al día siguiente, ni durante el fin de semana. Laney le había enviado algunos mensajes que también quedaron sin respuesta, y sentía como si alguien le hubiera arrancado el corazón del pecho.

Una parte de ella aún creía que él aparecería el domingo por la mañana, vistiendo esa ropa tan atractiva de iglesia con su sombrero de vaquero, y le pediría que lo acompañara al servicio. No lo hizo, pero finalmente le envió un mensaje que decía: *Tuve que salir de la ciudad. ¿Me escribes lo que diga el pastor Landy?*

¿Salir de la ciudad? respondió ella. *¿Dónde estás?*

Cumbre de Energía en Nueva York. Te lo explicaré todo más tarde.

Por supuesto que no se molestaba en dar explicaciones adecuadas cuando *ella* las necesitaba. Siempre había hecho todo según su propio calendario, y la amargura acompañó a Laney mientras se preparaba para ir a la iglesia.

Cuando el pastor comenzó a hablar, Laney quería irse. Estaba acostumbrada a sentarse sola, pero no a que la gente la mirara con preguntas no formuladas en sus ojos. *¿Dónde está Graham esta semana? ¿Ya han roto?*

Ella no había estado pendiente de su asistencia a la iglesia. Tenía un enamoramiento, no una obsesión. Pero parecía que todos los que tenían dos ojos sabían que él no estaba allí, y especialmente que no estaba con ella. Mientras el pastor Landy hablaba sobre la caridad y amar a todos —un tema que ya había repetido en este nuevo año—, Laney logró convencerse de no estar enojada ni sentirse abandonada.

Después de todo, si su trabajo le exigiera volar a Nueva York, ella también habría ido. Bueno, tal vez. Dependiendo de cuánto costara.

La amargura se había trasladado de su corazón a su estómago, y no parecía justo que Dios hubiera bendecido a otros con tanto dinero y a ella con tan poco. No necesitaba grandeza, pompa o reconocimiento. Solo quería conservar el rancho que había estado en la familia Boyd durante cuatro generaciones.

Cerró los ojos cuando un dolor de cabeza comenzó a martillear en su frente. *Por favor, ayúdame, Señor*, rezó. *Ayúdame a estar agradecida por lo que tengo y a encontrar una manera de conseguir lo que necesito.*

No sentía que fuera codiciosa por querer una calefacción que funcionara cuando hacía diez grados bajo cero afuera. Una sensación de calma la invadió, y supo que todo saldría bien. Se había sentido así antes, una vez cuando Graham había dejado Cañón Coral y habían perdido el contacto.

Y otra vez cuando Mike había declarado que no podía quedarse en Wyoming ni un día más, hizo una maleta y se fue esa misma noche.

Había estado en conflicto durante ambas ocasiones y recibió el consuelo que necesitaba, la fuerza para levantarse e intentarlo un día más.

—Eso es todo lo que necesitas —se susurró a sí misma.

—¿Qué, mamá?

—Nada, Bay. —Acurrucó a su hija a su lado y respiró el suave aroma a melocotón de su cabello—. Nada.

Pero solo necesitaba superar un día a la vez.

Al día siguiente, llamó a un técnico de calefacción, quien confirmó que toda la unidad necesitaba ser reemplazada. Hizo sus tareas, trabajó con Bailey en sus matemáticas y logró pasar el día.

La vida en la cabaña no era divertida, y se mantuvo ocupada enviando mensajes a Graham, con la esperanza de que cualquier reunión en la que estuviera fuera lo suficientemente aburrida como para que respondiera.

El dolor cuando no lo hizo fue demasiado para soportar junto con todo lo demás, así que mantuvo su teléfono en el bolsillo la noche siguiente. Y la siguiente también.

Llegó el jueves, toda una semana desde que había visto a Graham, escuchado su voz o tenido una conversación real con él.

Malabarizó con Bailey, los deberes, las mascotas, los animales, el rancho, la preparación de la cena y las tareas domésticas lo mejor que pudo. Cada día que pasaba era otro día que había superado. Para el fin de semana, Bailey había enfermado y Laney estuvo despierta toda la noche y todo el día con ella mientras tenía fiebre y vomitaba todo lo que comía.

Laney se levantó el domingo por la mañana, aún cansada y más que frustrada. ¿Cuánto tiempo dejaría el Señor que esto continuara? No podía pensar en Graham ni un minuto más, y sin embargo, él siempre estaba allí, ocupando espacio y energía en su mente.

No podía arreglar la calefacción, pero también rondaba en su cerebro, burlándose de ella, recordándole lo fracasada que era.

Bailey parecía estar mejor, pero no lo suficiente como para ir a la iglesia, y eso estaba bien para Laney. Ella tampoco estaba en condiciones de salir de la cabaña.

—Esto no es vida —le dijo a su reflejo. Llevaba un par de pantalones de yoga y una sudadera enorme, los círculos oscuros bajo sus ojos casi complementaban la ropa desaliñada—. Esta es una forma terrible de vivir.

La tristeza la envolvió, y el solo pensamiento de tener que hacer otra ronda de alimentación esa noche hizo que su cabeza diera vueltas y las lágrimas picaran sus ojos.

—No puedo hacer esto. —Se apartó de su reflejo y fue a buscar su teléfono. Podía resolver algunos de sus problemas con unos cuantos mensajes y llamadas telefónicas, y estaba cansada de sentir lástima por sí misma, cansada de estar tan agotada, y no estaba dispuesta a vivir en este tormento depresivo ni un día más.

—Hola, Jake —dijo cuando el hombre contestó—. ¿Todavía buscas trabajo? —No podía permitirse pagarle, no realmente, pero ya se las arreglaría. Iría al banco mañana y obtendría el préstamo que necesitara para pagar a un peón y arreglar su calefacción. Solo era dinero. Podría ganar más cuando llegara la temporada de terneros y tuviera carne y ganado para vender.

—Solo puedo ofrecer un turno —le dijo cuando él respondió "Tal vez".

—Tú eliges. Tareas de la mañana o de la tarde. Yo haré el otro.

—Mañana —dijo él, y el corazón de Laney se elevó. Si no tenía que levantarse y salir, con sus botas, ropa interior térmica y abrigo, podría dormir más, preparar un verdadero desayuno para Bailey antes de la escuela y ocuparse mejor del lado comercial del rancho.

—¿Está bien quince dólares la hora? —preguntó, rezando que lo fuera. Él se había acercado a ella la primavera pasada con esa oferta, pero ella no lo había contratado. No había estado tan desesperada la primavera pasada.

—Sí, señora. —Se rio y añadió—: Me contrataron en la fábrica de gabinetes durante el verano. Me ha ido muy bien allí.

—Estoy segura de que sí, Jake. —A estas alturas, a Laney no le importaba que hubiera

pasado un año en la cárcel y fuera un poco lento de mente. Nunca estaría cerca de Bailey ni a solas con ella, y Laney lo necesitaba.

—¿Está bien empezar mañana? —preguntó.

—Sí, señora.

—Genial, te veré por la mañana. A las siete en punto.

—No llegaré tarde.

Laney terminó la llamada, sintiendo que se le quitaba un gran peso de encima. Su primer pensamiento fue *Necesito contárselo a Graham*, pero el segundo gritó más fuerte. *No contestará.*

No le importa.

¿Una Cumbre de Energía dura más de una semana?

No quería pensar más en ello. No tenía el espacio mental, la energía física ni mental, ni la paciencia.

—Me merezco ser la prioridad a veces —dijo en voz alta a la cabaña silenciosa—. Me merezco ser feliz. —Y Graham casi nunca la había puesto en primer lugar. Y aunque las pocas semanas que había pasado con él como su novia la habían hecho increíblemente feliz, no quería ser relegada cada vez que surgía algo relacionado con su trabajo, y él tenía un trabajo muy grande e importante que había dejado claro que era lo primero.

Así que, con el corazón encogiéndose y luego latiendo fuertemente dentro de su pecho, le escribió un último mensaje.

Creo que es hora de llamar a nuestra relación lo que es: terminada. Buena suerte con tu cumbre.

20

GRAHAM FULMINÓ con la mirada a Dwight, la mera presencia del otro hombre era suficiente para ponerlo de mal humor. Llevaba aproximadamente tres horas de vuelta en la ciudad cuando Dwight se había presentado en el albergue.

Un sábado por la noche, nada menos.

Exigiendo una reunión que había durado casi toda la noche.

Graham bostezó, su ira y frustración no eran menores solo porque estuviera exhausto.

—No puedes seguir ignorándome cuando te llamo —dijo Dwight—. Tenemos cosas sucediendo en Springside, cosas importantes que requieren la atención del director general.

—Fue una protesta, Dwight. Ocurren aproximadamente una vez al mes.

Él negó con la cabeza, su cabello rapado cerca del cuero cabelludo permaneció inmóvil.

—Fue más que una protesta. Se ha presentado una petición, y te necesitaba... necesito que estés al tanto de estas cosas para que podamos actuar rápidamente. ¿Sabías que si nos cierran las perforaciones incluso por un día, perdemos más de cincuenta mil dólares?

Graham se frotó la frente con el pulgar.

—Lo sé, Dwight.

—Perdimos dos días porque no contestabas el teléfono. No puedo tomar decisiones ejecutivas sobre asuntos legales —continuó—. Tu padre...

—Siempre contestaba su teléfono —terminó Graham por el gerente general de Springside Energy—. Lo sé, Dwight.

—¿Por qué no contestaste?

—Estaba ocupado. —Miró fijamente al otro hombre, desafiándolo a preguntar qué había estado haciendo. No se lo diría, y Dwight pareció entenderlo, porque sus hombros cayeron y suspiró.

—¿Ya estamos operando de nuevo? —preguntó Graham, con voz perfectamente uniforme.

—Sí.

Graham estaba seguro de que Dwight habría añadido un "señor" a la frase si hubiera estado hablando con Ronald Whittaker, el padre de Graham. Pero Dwight levantó la barbilla, un desafío silencioso para que Graham lo obligara a decirlo.

No lo haría.

—Muy bien. —Dejó escapar un largo suspiro—. Gracias, Dwight.

El hombre mayor golpeó ligeramente la pila de carpetas que había puesto sobre el escritorio la noche anterior.

—Todavía necesito que leas esto, lo firmes y prepares declaraciones. Para esta noche a más tardar. No podemos pasar otro día hábil sin responder.

—Esta noche —dijo Graham, ya distraído por la granja más allá de la ventana.

—Tal vez me quede aquí hasta que lo termines.

—No. —Graham se puso de pie. No podría sobrevivir el día con Dwight en el albergue. Pensó que quería compañía, pero Dwight era completamente el tipo equivocado—. Lo terminaré. A más tardar a las seis de la tarde. Tienes mi palabra.

Dwight parecía dudar seriamente de que Graham pudiera cumplir su palabra, pero se puso la chaqueta del traje y dijo:

—Está bien. De todos modos, mi esposa se estará preguntando dónde estoy.

Graham no acompañó al otro hombre a la salida, sus pensamientos ya estaban de vuelta en Laney. Se había ido repentinamente, no la había llamado y había pasado demasiado tiempo en Nueva York consiguiendo los permisos que necesitaba. Nunca se había reunido con tantos abogados, explicado su situación tantas veces y tenido que revivir la muerte de su padre una y otra vez.

Definitivamente no quería repetir los últimos diez días nunca más. Jamás.

Tomó su teléfono y encontró un mensaje de Laney. Ella había dejado de enviar mensajes después del primer día, y Graham la había echado de menos más de lo que podía expresar. Pero toda la familia, todo el imperio Whittaker, dependía de Springside Energy, y Graham era necesario en la Cumbre de Energía, en el tribunal y de vuelta en Wyoming, todo al mismo tiempo.

No podía ser todo para todos.

Y aparentemente ya no podía ser el novio de Laney.

Creo que es hora de llamar a nuestra relación lo que es: terminada. Buena suerte con tu cumbre.

Terminada.

—¿Terminada? —Presionó el botón de llamada con el pulgar, esperando que ella hubiera enviado el mensaje recientemente. Y que contestara. Laney tenía una vena obstinada y NO le gustaba que le dijeran qué hacer. Y no contestó.

—Voy para allá —le dijo a su buzón de voz y ya tenía el abrigo y los guantes puestos antes de darse cuenta de cómo sonaba.

Bestial.

Como si su palabra fuera a ser obedecida. Que podía simplemente irrumpir de nuevo en su vida cuando quisiera, y ella se desmayaría de felicidad al verlo.

Su teléfono sonó y forcejeó para sacarlo del bolsillo, finalmente se quitó el guante y sacó el teléfono en el último timbre.

—Eli —murmuró Graham, su pulso volviendo a la normalidad. Pero también necesitaba hablar con Eli, así que le devolvió la llamada a su hermano.

—Hola, no pude llegar al teléfono lo suficientemente rápido —dijo.

—Mi último día es el viernes —dijo Eli con una risa—. Ha sido increíble cómo han salido las cosas aquí. La casa se vendió en un día. ¡Un día, Graham! —No era difícil escuchar el júbilo en la voz de su hermano.

—Eso es genial, Eli. —Y Graham lo decía en serio. También necesitaba a su hermano aquí. Si hubiera más que solo Graham gestionando las cosas en Springside, tal vez tendría tiempo para cenar... o pasar tiempo con su novia.

Pero Eli no viene a ayudar con Springside, susurró su mente.

Graham alejó ese pensamiento.

—Y Meg accedió a mudarse a Wyoming. Supongo que algo de la nieve la cautivó.

—No puedo imaginar cómo es eso posible.

—¿Verdad? —Eli volvió a reír—. Pero me alegro. A Stockton le cae bien.

Graham pensó que era Eli quien le tenía cariño a Meg, pero se lo guardó para sí. No tenía la capacidad mental para lidiar con mujeres en ese momento. Lentamente se quitó el otro guante y se deslizó el abrigo por los brazos para colgarlo de nuevo en el gancho del cuarto de la entrada.

—Entonces, ¿cuándo volverás a la ciudad?

—Tenemos que empacar y que venga la empresa de mudanzas. También voy a vender muchas cosas, ya que no necesitamos toneladas de muebles. —Eli continuó hablando, y Graham deambuló hacia la cocina y se sentó en la barra.

Debió no haber participado adecuadamente en la conversación, porque Eli finalmente dijo:

—Puedo notar que te estoy aburriendo.

—No, para nada —si Eli terminaba la llamada, Graham no tendría con quién hablar. Ninguno de sus empleados trabajaba los domingos, y de repente Graham sintió como si todo el espacio en esta enorme cabaña lo estuviera sofocando.

—¿Qué pasa entonces?

La primera inclinación de Graham fue guardarse sus problemas para sí mismo. No le había contado a nadie sobre Erica, excepto a Laney.

—Laney terminó conmigo —quería agachar la cabeza y descubrir cómo recuperarla. Era algo en lo que era muy bueno y había hecho una y otra vez en su vida. Descubrir lo que quería y luego trabajar hasta conseguirlo.

Pero tenía la sensación de que no podía hacer eso cuando había otra persona involucrada. Especialmente alguien tan testaruda e inteligente como Laney.

—Oh, no —dijo Eli—. ¿Qué pasó? Pensé que ustedes dos estaban geniales juntos.

Graham se frotó los dedos por la barba, que había mantenido corta y arreglada mientras estaba en Nueva York. —Tuve que ir a Nueva York por Springside, y hubo tantos problemas... —dejó que su voz se apagara. Realmente le desagradaba la parte de gestión de dirigir la compañía energética. Tal vez debería dejar que Dwight lo hiciera ahora que Graham conocía todos los entresijos.

Exhaló y luego tomó una larga y profunda respiración. —Ella piensa que la abandoné —fue como si se hubiera encendido una bombilla sobre su cabeza—. Necesito ir a hablar con ella.

—Sí, parece que sí.

Porque Graham no abandonaba nada. Si fuera del tipo que huye, habría dejado Cañón Coral cinco minutos después del funeral y habría dejado a Dwight a cargo de la empresa mientras él recomponía su vida en otra ciudad tecnológica.

Colgó con Eli, todos sus pensamientos dando vueltas como ropa en una secadora. —No habrías sobrevivido en otra ciudad tecnológica —le dijo a la casa vacía. Este lugar, Cañón Coral, lo había sanado de una manera que no había anticipado. Y avanzar con Laney era lo mejor que había hecho en su camino de regreso hacia la felicidad.

—Tengo que recuperarla —con movimientos menos frenéticos, regresó al cuarto de la entrada y se vistió para una larga caminata en el clima invernal.

Bajó por el camino, que aún estaba cubierto de hielo. Fue un milagro que no se cayera en la caminata de una milla hasta el Rancho Echo Ridge. Por qué pensó que Laney estaría allí, no estaba seguro. Su cerebro no estaba funcionando correctamente.

Tampoco funcionaba la calefacción de ella, porque cuando entró en la casa, hacía tanto frío adentro como afuera. Bueno, menos el viento.

Miró las fotos familiares colgadas en la pared que llevaba a la cocina, absorbiendo la

felicidad que encontraba en los ojos de Laney, en la sonrisa de Bailey. Esto era lo que era la felicidad. Familia. Relaciones. Él tenía todo el dinero del mundo, pero no tenía eso.

—Pronto —se susurró a sí mismo.

Sacó su teléfono y llamó a su madre. —Hola, mamá, rápidamente. Necesito el número de Steffanie Boyd.

—¿Steffanie? ¿La madre de Laney?

—Sí.

Una larga pausa se escuchó en la línea, y Graham esperaba que no preguntara por qué. Que no preguntara por qué no podía simplemente obtener el número de Laney.

—Déjame ver qué tengo —dijo finalmente, y unos segundos después, se lo recitó a Graham. Él se lo repitió mientras lo escribía en su aplicación de notas, y luego colgó antes de que pudiera iniciarse más conversación. Amaba a su madre, de verdad, pero podía ponerse a hablar, y Graham tenía una tarea que hacer.

El teléfono de Steffanie sonó varias veces, y la desesperación se abrió paso a través del sistema de Graham mientras esperaba que ella contestara o que saltara el buzón de voz.

Finalmente dijo: —¿Hola? —con voz sin aliento.

—Hola, señora —dijo, empleando su voz educada de CEO—. Soy Graham Whittaker. Necesito encontrar a Laney, y me preguntaba si se está quedando con usted.

—Oh, no está aquí, querido —dijo Steffanie—. Probablemente esté en la cabaña.

La cabaña tiene electricidad. Ella se lo había dicho justo antes de Año Nuevo. Probablemente ella y Bailey estaban allí, ya que estaba cerca del rancho y aún podía hacer su trabajo.

—Gracias, señora —dijo y colgó.

Afortunadamente, la cabaña estaba solo un poco más arriba de la colina. Se subió el cuello y volvió a salir al viento, dando zancadas largas para llegar más rápido a la cabaña.

Su valentía se tomó unas vacaciones cuando la cabaña apareció a la vista. El humo se elevaba de la chimenea en el techo, y dos cuadrados de luz parecían ojos amarillos en el crepúsculo. Miró hacia atrás en dirección a la casa, considerando seriamente simplemente volver a casa.

—Esto es por Laney —se susurró a sí mismo. Cuadró los hombros y se dirigió hacia la puerta principal, rezando para que ella la abriera cuando llamara.

Su puño sonó como disparos contra la puerta, y no pudo oír nada dentro durante mucho tiempo. Llamó de nuevo, decidido a no irse sin ver a Laney. Su camioneta estaba en el camino, lo que significaba que ella estaba aquí.

A menos que estuviera en el rancho, trabajando.

Llamó por tercera vez, finalmente oyendo algo detrás de la puerta cerrada. —Laney —llamó —. Soy Graham.

La puerta se abrió unos momentos después, y ella estaba allí vistiendo pantalones de yoga y una gran sudadera. Su cabello había sido anudado en la parte superior de su cabeza, como de costumbre. No llevaba maquillaje, y Graham se quedó sin palabras ante su belleza casual.

—¿Qué quieres? —habló con el mismo tono helado que le había oído usar con Mike, y eso simplemente no funcionaría.

21

LANEY INTENTÓ NO EMBELESARSE con la alta, oscura y atractiva figura de Graham Whittaker. Había pasado demasiados días de su vida haciendo exactamente eso.

—No te abandoné —dijo él con voz calmada y clara—. Tuve una semana loca en... Mira, no importa. Sigo tan comprometido con esto como siempre. —Hizo un gesto entre los dos, y Laney tuvo que admitir que le gustó cómo sonaron esas palabras.

—Esto no tiene nada que ver con que te fueras a Nueva York —dijo ella.

La confusión cruzó el rostro de Graham, y su nariz y mejillas estaban rosadas por el frío. Se preguntó cuánto tiempo habría estado afuera, si habría vagado por el rancho buscándola. Nunca le había dicho que vendría a la cabaña.

—¿Entonces de qué se trata? —preguntó él.

—Yo... no estoy lista para una relación.

Un matiz de sospecha entró en su mirada. —No creo eso.

—Puedes creer lo que quieras. —Pero su voz vaciló un poco, y él lo notó. Graham no era estúpido, eso era seguro.

—Laney.

Ella detestaba cómo decía su nombre con ese tono de condescendencia, como si ella estuviera siendo irrazonable.

—No —dijo, la palabra explotando de su boca—. No. No tienes derecho a usar ese tono conmigo. —Se irguió decidida a decir lo que debería haberle dicho a Mike todos esos años atrás. Lo que debería haber hecho con Graham desde el principio. Bailey probablemente lloraría durante días y dejaría de hablar con Laney, pero apartó esos pensamientos. No podía tomar decisiones de vida tan importantes basándose en lo que pensara su hija de seis años sobre el apuesto vaquero.

—Merezco tu atención —dijo—. Merezco ser tu prioridad. Sé que no puedes darme eso. Sé que probablemente sea egoísta e injusto de mi parte quererlo. —Sus emociones le obstruyeron la garganta, pero aun así forzó su voz a pasar a través de ellas.

—Pero lo quiero. Y estoy cansada de hacer excusas por ti y por todos los demás por ponerme en segundo, tercer o último lugar. —Su pecho temblaba; su estómago se agitaba. Iba a llorar... de nuevo.

—Merezco explicaciones cuando hago preguntas, no cuando tú tienes tiempo para darlas. Bailey y yo merecemos a alguien que nos ame, nos cuide y nos ponga primero. —Sacudió la cabeza y se limpió los ojos con rabia—. Así que esto no tiene nada que ver con que físicamente te fueras a Nueva York. Tiene que ver con que no puedas hacer una llamada telefónica cuando dijiste que lo harías.

—Haré las llamadas —dijo Graham, su voz tan quebrada como Laney se sentía por dentro.

Ella miró directamente a esos ojos soñadores y deseó poder borrar su dolor. —Ya no las necesito, Graham. Puedo cuidar de mí misma y de Bailey. Y aunque esperaba tener un compañero, un amigo en quien apoyarme, no lo necesito. Puedo hacerlo sola.

Y podía. Lo haría.

Graham se quedó allí, y Laney realmente no podía permitirse calentar la naturaleza salvaje de Wyoming. —Adiós, Graham. —Cerró la puerta lentamente, el clic cuando se cerró fue uno de los sonidos más horribles que jamás había escuchado.

Esperaba que la bestia en Graham golpeara la puerta de nuevo, gritara algo a través de la madera, insistiera en que lo escuchara.

No pasó nada, y cuando Laney finalmente tuvo el valor de mirar por la ventana, lo encontró caminando pesadamente por el sendero, con los hombros caídos y la cabeza inclinada.

Abrazó a su vieja amiga la miseria, tropezó hacia la cocina para sacar un par de galletas del congelador, y se derrumbó en el sofá para mirar la televisión sin realmente ver.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Jake estaba esperando en su camioneta cerca del granero cuando Laney llegó. Había llegado quince minutos antes, y Laney levantó la mano en señal de saludo, con un poco de aprensión atravesándola. Probablemente debería haberle dicho a *alguien* que había contratado al ex convicto.

Su lista era corta, y se había hecho más corta con la partida de Graham de su vida. La tristeza la llenó. Incluso cuando no podía besar a Graham, aún podía hablar con él. Bromear con él. Hablar sobre el pasado con él.

Ahora, sentía que había perdido a un amigo de toda la vida y a su novio.

—Buenos días, Laney —dijo Jake, acercándose a ella con una sonrisa ansiosa en su rostro—. Muchas gracias por contratarme. No te defraudaré. —Le estrechó la mano, sus brillantes ojos azules le recordaban tanto a los de Bailey.

Una oleada de alivio la invadió, y ella asintió hacia el granero. —Trabajarás principalmente aquí. Tengo trece caballos que necesitan ser alimentados. Dos gatos de granero y dos perros de granero. Pueden correr mientras trabajas en los establos. Pero tienes que volver a meterlos antes de irte. Hace demasiado frío para ellos afuera.

Jake asintió, su sombrero de vaquero viejo y roto por un lado. Hizo preguntas y asintió mientras ella daba instrucciones. Trabajó codo a codo con él, le habló sobre el ganado y cómo saldría a revisarlo cada dos días. Ella usaba un vehículo todo terreno para eso, y los corrales no estaban tan lejos.

—Yo los revisaré los otros días —dijo—. Vigilamos por si hay enfermedades. Te daré algo para leer. ¿Está bien?

—Claro, puedo leer.

Ella ladeó la cabeza hacia él. —Por supuesto que puedes. Solo me preguntaba si tendrías tiempo con tu otro trabajo.

—Haré que mi padre me ayude. —Jake le dio una sonrisa amistosa, y Laney pasó a las gallinas.

—Estos son los animales favoritos de Bailey —dijo—. Apenas ponen huevos en invierno, pero de vez en cuando encontrarás uno. Deben ser revisadas para que no tengan llagas por

anidar.

Laney terminó el recorrido y la lista de tareas, le entregó a Jake el folleto sobre enfermedades y dolencias del ganado comunes en invierno, y se dirigió de vuelta a la cabaña. Su madre había estado allí para llevar a Bailey a la escuela, pues la niña y su mochila ya no estaban y un pan de plátano aún tibio descansaba sobre la encimera de la cocina.

Laney lo tocó con reverencia, sabiendo que era un símbolo del insomnio de su madre, que se había agravado particularmente desde la muerte de su esposo. Sería perfecto para hacer tostadas francesas mañana, cuando Laney estaría en casa con Bailey por la mañana. Podría preparar el desayuno y llevar a su propia hija a la escuela, y ese pensamiento hizo que Laney sonriera con auténtica alegría, algo que no había hecho en mucho tiempo.

Limpió el refrigerador, recogió toda la ropa sucia y fue al pueblo para hacer los mandados. Primero visitó la lavandería, luego el supermercado y finalmente el banco.

Cuando atravesó las puertas, se dio cuenta de que debería haber ido al banco primero, porque no estaba segura de poder mantener sus emociones bajo control mientras suplicaba por dinero.

No es suplicar, pensó, mirando a su alrededor. No había estado dentro del banco en unos años, no desde que había renovado la escritura del rancho para que estuviera solo a su nombre y todos los documentos de la hipoteca habían sido reprocesados.

—¿Necesita ayuda? —Se le acercó un hombre, vestido con un traje oscuro y el cabello peinado hacia un lado con bastante gel.

—Sí, señor —dijo ella—. Me preguntaba sobre un préstamo.

—Puedo ayudarla con eso. —Extendió su mano para que ella la estrechara—. Me llamo Chris. ¿Para qué necesita el préstamo? —Miró por encima de su hombro mientras hablaba, caminando de vuelta hacia un gran escritorio que parecía demasiado impresionante para una simple solicitud de préstamo.

—Soy propietaria del Rancho Echo Ridge —dijo ella mientras él le indicaba una silla—. Y necesito dinero para una nueva calefacción y para la nómina de mi único empleado.

—Préstamo para pequeñas empresas —dijo él, sentándose detrás del enorme escritorio. Se inclinó y abrió un cajón, sacando algunas hojas de papel—. Hacemos préstamos para pequeñas empresas para mejoras, gastos, todo eso. —Empujó los papeles hacia ella, y Laney hubiera jurado que tenía una manicura. Nunca había visto a un hombre con manos tan limpias y cuidadas.

Se estiró sobre el escritorio y recogió los papeles. —¿Debería llevármelos y traerlos de vuelta? —Podría hacerlo por la mañana cuando llevara a Bailey a la escuela. Tal vez pasar una hora con su madre antes de que abriera el banco. Laney no podía imaginar tal lujo, y aunque todavía tenía mucho que hacer en el rancho, tener a alguien que se encargara de cuatro horas de trabajo por la mañana había aliviado una enorme carga de sus hombros.

Tal vez con la ayuda de Jake, podría plantar más cultivos, almacenar más heno y aun así poder dormir y ser madre.

La esperanza llenó su pecho y alcanzó un bolígrafo. Iba a rellenar esta solicitud ahora mismo y poner las cosas en marcha. Podría comprar algo para la cena para ahorrar tiempo, y pedir la ayuda de Bailey con las tareas de la tarde, y tal vez podría descansar de verdad esta noche cuando durmiera.

Cuarenta y cinco minutos después, Chris había respondido todas sus preguntas, tenía sus formularios y le había prometido llamarla en cuanto su solicitud fuera procesada. —Veinticuatro a cuarenta y ocho horas —dijo mientras le estrechaba la mano nuevamente.

Laney volvió a casa y desempacó todo, dobló la ropa, limpió la cocina y rápidamente regresó

al pueblo para recoger a Bailey.

Cada vez que pasaba frente a la posada, Laney no podía evitar mirarla. No podía evitar imaginar qué podría estar haciendo Graham detrás de las decorativas puertas dobles, y qué podría haber preparado Celia para la cena.

Esta tarde, había tres coches en el estacionamiento que no estaban allí antes. Probablemente su ama de llaves, su chef y su decorador de interiores. Un destello de celos le apretó la garganta y le hizo pisar con más fuerza el acelerador.

No podía cambiar a Graham. Él siempre había hecho lo que quería, y no podía esperar que cambiara por ella.

—Lástima que te enamoraste de él antes de darte cuenta de eso. —Laney nunca se lo había admitido a sí misma, pero no le había tomado mucho tiempo a él anidarse en los lugares más tiernos de su corazón, con los calcetines en Nochebuena, y su increíble hospitalidad, y un espíritu familiar que ella anhelaba en su vida.

Mike nunca había mostrado una fuerte inclinación hacia la vida familiar, y Laney había cambiado todos los pañales y había bañado a Bailey cada vez. Pero Graham quería hijos, y ella podía imaginarlo como un padre cariñoso y atento.

—Cuando no está trabajando —murmuró, dejando Whiskey Mountain Lodge en su espejo retrovisor. Superaría a Graham. Lo había hecho una vez antes. Pero mientras esperaba fuera de la escuela a que Bailey saliera, pensó que tal vez estaba demasiado involucrada con Graham como para superarlo realmente alguna vez.

No podía dejar de pensar en él y en todas las cosas que había prometido que harían. Caminatas con raquetas de nieve, montar a caballo, nadar en la piscina de la posada. Durante unos días, tal vez una semana, quizás dos, había pensado que su vida podría cambiar. Había pensado que ella y Graham podrían tener una oportunidad real de un futuro juntos, una vida de felicidad, una familia con una madre y un padre.

A veces sus fantasías se le iban de las manos.

—Pero ya no más —se dijo a sí misma cuando vio a Bailey saltando hacia ella. Se enderezó y puso una sonrisa en su rostro para su hija. Seguiría sonriendo hasta que se volviera genuina. Hasta que se pusiera al día y luego se adelantara en sus obligaciones financieras. Hasta que su corazón dejara de doler.

22

GRAHAM HACÍA listas para el trabajo con la misma facilidad con la que respiraba. Después de que Laney hubiera usado su voz de ex esposa con él, se había tomado unos días para asimilar lo que ella le había dicho.

Ella quería ser lo primero. Por supuesto, él había podido proporcionarle eso durante las vacaciones. Había estado allí, prestándole un oído atento, ofreciéndole un hombro en el que apoyarse, llorar o aferrarse cuando lo necesitaba.

Tenía que decidir qué hacer con esa información, y había estado haciendo listas de lo que quería que fuera su vida, lo que no quería que fuera, lo que le gustaba de Laney, lo que podía controlar de su trabajo, su vida, la forma en que la trataba.

Alguien llamó a la puerta de su oficina el viernes por la tarde mientras revisaba una de esas listas. Bueno, en realidad no había empezado la lista todavía. Una sola pregunta estaba en la parte superior, que decía: *¿Amo a Laney?*

Así que no era una lista. No exactamente. Pero todas sus otras listas y su introspección de esa semana habían girado en torno a esta única pregunta.

—Adelante —dijo, deslizando el papel debajo de una pila de carpetas.

Dwight entró, con aspecto de no haber trabajado en toda la semana, o durante varias horas hoy ya.

—Buenas tardes, Graham —podía ser cordial, eso seguro. Y era profesional de pies a cabeza.

—Hola, Dwight —Graham abrió el cuaderno donde sus garabatos le devolvían la mirada, notas sobre lo que quería mantener bajo control y lo que esperaba que Dwight asumiera—. Gracias por venir.

El otro hombre se acomodó frente al escritorio de Graham y juntó las puntas de los dedos bajo la barbilla. Graham casi puso los ojos en blanco, pero necesitaba que Dwight estuviera de su lado.

—Tengo algunas cosas de las que hablar —dijo Graham—. Y tiene que ver con el funcionamiento de la empresa.

—¿El funcionamiento de la empresa?

—Trabajo demasiado —dijo Graham simplemente, sin querer entrar en detalles con este hombre que apenas podía tolerar—. No necesito hacerlo todo, estar en todas partes. Espero que me ayudes a elaborar una lista de tareas para ambos que haga mi vida más manejable y te dé más de la libertad que has querido desde que me hice cargo el año pasado.

Dwight parpadeó, dejando caer las manos sobre los reposabrazos.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto que hablo en serio —Graham no bromeaba sobre negocios. Sobre casi nada,

en realidad. Probablemente otro punto en su contra si Laney estuviera llevando la cuenta. Vaya, esperaba que no estuviera llevando la cuenta.

Dwight se inclinó hacia adelante y echó un vistazo al cuaderno, aunque Graham dudaba que pudiera leer una sola palabra de él.

—De acuerdo. Veamos qué tienes.

—Me gustaría seguir involucrado en los asuntos importantes —dijo Graham—. Pero quiero ser el hombre de la visión general, mientras tú eres el hombre del día a día —miró a Dwight para ver si seguían en la misma página.

Una luz había entrado en los ojos de Dwight, algo que Graham no había visto en mucho tiempo.

—Continúa.

—Quiero estar involucrado en los asuntos legales. Mi hermano se muda de vuelta para hacerse cargo de las relaciones públicas y parte del marketing, y quiero trabajar estrechamente con él en eso. Pero ya no quiero ocuparme de la nómina. No quiero lidiar con los empleados, ni con los horarios, ni con los sitios de perforación —Graham sintió que se le quitaba un peso de encima mientras continuaba esbozando lo que esperaba fueran planes decentes para el futuro de Springside Energy.

—Quiero pasar más tiempo en el laboratorio —dijo—. Desarrollando la robótica que realmente podría ayudarnos a asegurarnos de ser lo más respetuosos posible con el medio ambiente. Creo que eso también nos ayudará mucho con el público.

—Así que yo seré el gerente general y tú el director ejecutivo —Dwight le sonrió, y por primera vez desde que Graham se había hecho cargo de la empresa, sintió que él y Dwight estaban en la misma sintonía.

—Supongo que me lo merezco.

Dwight se encogió de hombros y siguió sonriendo.

—Tu padre me dijo que eras terco y que querrías aprender todo.

El aliento se le escapó cuando el peso de la declaración de Dwight le golpeó.

—¿Hablaste con mi padre sobre mí?

—Él siempre supo que te harías cargo de Springside —Dwight se puso serio y por fin pareció un hombre en quien Graham podía confiar tanto en lo personal como en lo profesional.

—Murió de un ataque al corazón —susurró Graham—. ¿Cuándo hablaste con él sobre esto?

—No estuvo bien durante unos meses antes de su muerte —Dwight se aclaró la garganta—. No se lo dijo a tu madre. A nadie más que a mí. Me contó muchas cosas sobre ti y tus hermanos en ese tiempo.

El pecho de Graham se oprimió y pareció que no podía respirar bien. Dwight había conocido a su padre mejor que Graham. Probablemente mejor que nadie. Y Graham no había pensado ni una sola vez en hablar con el hombre sobre su padre.

—Lo siento —dijo Graham, con verdadero arrepentimiento en su voz—. Debes extrañar a mi padre tanto como yo.

El dolor cruzó por el rostro de Dwight, y Graham no podía creer que nunca antes hubiera considerado al otro hombre como un ser humano con sentimientos. Tal vez estaba demasiado sumido en su dolor, y le gustaba hacer las cosas a su manera.

A su manera.

¿No era eso exactamente lo que a Laney no le gustaba de él? Todo tenía que ser a su manera. Ni siquiera podía darle una explicación cuando ella la necesitaba.

No se había dado cuenta de que eso era lo que había hecho, pero no importaba. Lo que

importaba era cómo se sentía ella al respecto. Suspiró, tan cansado de pensar en lo que había hecho mal y cómo podía arreglarlo.

—Extraño a tu padre, sí —dijo Dwight, con voz queda—. Era un buen hombre y un buen jefe. Duro cuando tenía que serlo. Amable siempre. Orientado a la familia.

Graham quería ser como él, y sabía que si no arreglaba las cosas con Laney rápido, perderían la oportunidad de tener una familia más grande que solo Bailey. La apartó mentalmente por el momento y continuó su reunión con Dwight. Después de todo, si quería recuperar a Laney, tenía que demostrarle que había hecho algunos cambios en su vida. Cambios que la pondrían a ella en primer lugar, justo donde merecía estar.

EL ÚLTIMO SÁBADO de enero lo encontró de pie detrás de sus graneros, mirando colina abajo y sobre la nieve hacia el Rancho Echo Ridge. Escudriñó el cielo despejado en busca de algún indicio de humo, algo que indicara que Laney aún estaba en la cabaña.

No había nada, y se preguntó si se habría mudado de vuelta a la casa principal. Si lo había hecho, significaba que la calefacción había sido reparada. Odiaba no haberlo hecho él mismo por ella. Debería haber llamado a alguien desde el avión mientras volaba a Nueva York y haber reemplazado todo el sistema.

Ahora lo veía claro.

Ahora veía muchas cosas a las que antes había estado ciego.

Pero aún no sabía cómo volver a tenerla en su vida. Antes, cuando la necesitaba, le enviaba un mensaje. Ella siempre acudía, y se preguntaba si lo haría de nuevo.

Pero no iba a pedírselo.

Se dio la vuelta y regresó al albergue para prepararse para la llegada de su hermano. Eli, Stockton y Meg llegarían al aeropuerto mañana, y Graham quería tener todo perfecto para cuando arribaran. Claro, el albergue era divertido para un niño de cinco años que solo se quedaba un par de semanas durante la Navidad. Pero sería el hogar de su sobrino, y Graham tenía planes para hacer que la habitación del niño fuera exactamente como debía ser.

Después de trabajar en la habitación del sótano, colocando una pared de láminas de Lego para que Stockton pudiera crear directamente en las paredes de su cuarto, salió al exterior, esta vez al frente del albergue. Eli haría un análisis completo del albergue cuando llegara, desde el estacionamiento hasta los permisos, pero Graham sentía que debía saber tanto como su hermano. El albergue tenía una fuente en el frente, pero no había hecho nada con ella en el año que llevaba viviendo allí.

Un camión subió por el camino desde el rancho, llamando su atención y apartándola de la fuente, pero no era el de Laney. Un hombre iba al volante, y conducía tan despacio que Graham tuvo varios segundos largos para mirar su rostro.

Jake Langford. ¿Qué demonios estaba haciendo en el Rancho Echo Ridge?

Saludó a Graham como si fueran viejos amigos, y Graham levantó la mano en respuesta. Jake tenía la edad de Beau y era un poco discapacitado mental. Graham había oído que lo habían culpado de un robo hace unos años, y Beau estaba seguro de que el hombre no lo había hecho. Pero Jake había estado confundido, en el lugar equivocado en el momento equivocado con la gente equivocada, y había ido a la cárcel por trece meses.

Y ahora estaba... ¿haciendo qué exactamente en casa de Laney?

—Es una mujer adulta —murmuró Graham para sí mismo—. No eres su marido, y no es asunto tuyo.

El problema era que quería que fuera asunto suyo. Después de todo, estaba enamorado de Laney.

Se quedó helado, con el músculo de la mandíbula crispado. ¿Acababa de pensar que estaba enamorado de Laney?

—Por supuesto que lo estás —murmuró, su mal humor creciendo aunque había salido para aliviar la atmósfera melancólica dentro del albergue. No estaría tan miserable si no estuviera enamorado de ella. No pondría patas arriba toda su vida solo para demostrarle que ella era lo más importante que tenía. Diablos, ella no sería lo más importante que tenía si no la amara.

Y con eso, decidió que no necesitaba un gran espectáculo para impresionar a Laney. Sin pompa ni circunstancia. Solo necesitaba que ella viera que la había puesto en primer lugar.

El simple hecho de que estuviera deambulando por los terrenos, mirando fuentes en desuso, demostraba que su vida ya había cambiado. Nunca habría tenido tiempo para hacer eso antes de dividir responsabilidades con Dwight.

Miró hacia el cielo, el brillo del azul y el resplandor del sol haciendo que le dolieran los ojos hasta el punto de lagrimear. —¿Simplemente voy y hablo con ella?

El cielo no respondió. Ni Dios tampoco, para el caso. Pero Graham sintió algo muy profundo en su alma que susurró, *Sí, solo ve y habla con ella.*

En lugar de saltar detrás del volante de su SUV, optó por caminar la milla de camino hasta la casa de ella. El camión estaba en el garaje, que también estaba abierto, y se dirigió a la puerta principal y llamó.

—¡Mamá! —oyó gritar a Bailey—. ¡Es Graham!

Hizo una mueca, deseando que su identidad hubiera podido ser un secreto hasta que Laney abriera la puerta. Pero Bailey la abrió de golpe al segundo siguiente y se lanzó a sus brazos. —¡Graham! ¿Viniste por mi cumpleaños?

Ni siquiera sabía que era el cumpleaños de la niña, pero no podía decir eso. Laney apareció al final del pasillo, con un delantal alrededor de la cintura y el aroma de un pastel recién horneado flotando en el aire. Sus miradas se encontraron, y Graham pensó que estaría bien decir una mentira, solo por esta vez.

—Claro que sí, Bay. Feliz cumpleaños.

La niña chilló y se retorció para salir de sus brazos. La dejó correr adelante mientras él se acercaba mucho más despacio. Bailey se puso su abrigo y dijo: —Mamá, voy a salir con los gatos un momento, ¿vale?

—Vale, bichito. Diviértete. —Laney solo lo observaba con esos ojos verdes, claros como el cristal. Se veía mejor de lo que nunca la había visto, y él esperó hasta que su hija cerró la puerta trasera tras ella antes de hablar.

—Acabo de ver a Jake Langford saliendo de por aquí. —Graham señaló con el pulgar por encima de su hombro, preguntándose por qué había empezado con Jake. Había tantas cosas más importantes de qué hablar.

—Lo contraté —dijo Laney—. Él hace mis tareas matutinas, para que yo pueda hacer este tipo de cosas. —Volvió a la cocina y se lavó las manos—. No tienes que quedarte para su fiesta de cumpleaños. No es hasta dentro de unas horas.

—Ni siquiera tengo un regalo para ella. Puedo ir a buscar algo y volver.

—Eso no es necesario. —Al menos le estaba hablando, y no con esa voz ultra fría.

—Laney —dijo, exhalando un momento después—. He hecho algunos cambios en mi vida

esta semana, y me encantaría contártelo todo.

Apenas le dirigió la mirada mientras medía mantequilla, queso crema y azúcar en polvo. —¿Ah, sí?

Metió las manos en los bolsillos, sin discurso preparado. —No quiero ser amigos.

Eso hizo que se detuviera y lo mirara fijamente, con la cucharadita de vainilla suspendida sobre el bol. —¿Qué?

—Ya no puedo ser solo tu amigo —se encogió de hombros, dándose cuenta de lo cálido que estaba dentro de la casa. O tal vez era solo él sudando por esta conversación—. Estoy enamorado de ti y quiero ser más que amigos. Quiero ser tu compañero. Tu *mejor* amigo. Tu esposo. El padre de tu hija. Tu amante. Tu mayor apoyo. —Tomó un gran respiro—. Quiero saber cómo arreglaste tu calefacción y por qué tuviste que contratar a Jake. Quiero saberlo todo sobre tu rancho y quiero ayudarte con él.

Intentó que no sonara como si estuviera leyendo una de sus listas, pero el hecho era que se las había memorizado todas—. Debido a esos deseos, me reuní con mi gerente general esta semana, y trabajaré mucho menos mientras él se encarga de más tareas diarias. Quería que lo supieras. Quería que supieras que te pondré en primer lugar. Es decir, si me aceptas de vuelta. —Dio un paso adelante y luego retrocedió de nuevo.

—Por favor, Laney —dijo—. Perdóname y déjanos intentarlo de nuevo.

23

EL CORAZÓN de Laney bailaba dentro de su pecho. Graham decía cosas tan hermosas, y ella quería creerlas todas. Especialmente la parte donde decía que la amaba y quería apoyarla.

—¿No vas a decir nada? —preguntó él.

Laney parpadeó, su mente girando ahora al doble de velocidad. —Sí.

Graham siguió esperando, pero parecía que estaba a punto de salir corriendo, como si le costara todo su esfuerzo quedarse y escuchar.

—Conseguí un préstamo para la calefacción —dijo ella—. Podríamos haber seguido viviendo en la cabaña, pero realmente no está pensada para una estancia a largo plazo. —Llenó la cucharita con vainilla y la añadió a su mezcla de glaseado.

—Contraté a Jake porque estoy agotada. No puedo dirigir este rancho yo sola. —Las palabras salían dolorosamente de su boca, pero dolían menos de lo que había pensado—. No planto suficientes cultivos, ni suficiente heno para que dure el invierno. Así que luego gasto dinero que no tengo en pienso y heno suplementario. Si Jake está aquí, puedo ser madre por las mañanas, trabajar en el rancho y la casa durante el día, y Bailey y yo salimos por la tarde.

Esta última semana había sido gloriosa, y una rápida sonrisa cruzó su rostro. —Hasta ahora está funcionando muy bien.

—Me alegro mucho. —Su voz sonaba como si hubiera hecho gárgaras con clavos, y ella volvió a concentrarse en él—. ¿Qué pasa?

—Yo habría pagado tu calefacción. Iba a hacerlo, lo juro. Solo me... distraje. —Pareció encogerse sobre sí mismo y luego tomó aire bruscamente—. Pero eso no volverá a ocurrir.

—Graham. —No pretendía infundir tanta ternura en su voz, pero allí estaba, alta y clara. Se acercó a él y acunó su rostro en la palma de su mano. Él se inclinó hacia el contacto, sus ojos cerrándose, y Laney supo en ese momento que realmente la amaba.

—Yo también te amo, ¿sabes?

Sus ojos se abrieron de golpe, la esperanza brillante y hermosa resplandeciendo en su expresión. —¿De verdad?

Laney sonrió. —No actúes como si no lo supieras.

—Bueno, no todas las señales lo indicaban.

—Oh, ¿así que ahora eres un experto en señales de relaciones?

Él se rió, inclinando la cabeza de esa manera adorable que tenía. —Rompiste conmigo, Laney.

—Fue una decisión muy difícil. —Laney se acurrucó en sus brazos—. Pero no era feliz. No me gustaba cómo me habías tratado. Y debería poder decir esas cosas. No significa que tengas que cambiar toda tu vida, pero también debería poder hacer oír mi voz.

—Por supuesto que deberías. Siento no haber llamado cuando dije que lo haría. —Su gran mano frotaba círculos en su espalda, y Laney disfrutaba del calor de su cuerpo, el aroma de su colonia, el hecho de que era suyo.

—¿Puedo besarte ahora? —susurró él, con su boca ya en su oreja y luego deslizándose por su cuello.

Laney soltó una risita y se aferró a sus anchos hombros mientras él la miraba desde arriba. —Sí, está bien.

Él gruñó, con una sonrisa en su rostro, y luego la besó como si la amara.

—BAILEY, alguien llamó a la puerta. Laney extendió frenéticamente otra porción de glaseado alrededor del perímetro del pastel. No se parecía en nada a lo que había imaginado, pero a su hija no parecía importarle.

—¡Graham! —oyó desde la entrada de la casa, y el corazón de Laney dio un feliz vuelco en su pecho. No podía creer que hubiera reorganizado su vida por ella. No podía creer que la amara. Entonces su brazo rodeó su cintura, y la atrajo hacia él con un —Hola, preciosa—, y todas sus dudas se desvanecieron.

—Hola. —Le señaló hacia la mesa de café en la sala de estar—. Los regalos van allí. Las amigas de Bailey llegarán en unos minutos.

Solo habían invitado a tres niñas de la escuela, pero todas habían dicho que vendrían. El cielo amenazaba con abrirse de nuevo, pero Laney aún no había recibido ninguna cancelación. Tenía pizza en el horno, el pastel estaba terminado, e incluso el arco de globos que había pasado la tarde construyendo se había mantenido en pie.

—Eres una gran madre —dijo Graham de la nada, y Laney lo miró a los ojos.

—Solo estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Y eso es todo lo que cualquiera de nosotros puede hacer, ¿verdad? —Observó a Bailey mientras ella tocaba uno de los globos morados en el arco—. No tengo ni idea de cómo ser padre.

Laney amaba este lado vulnerable de él, la forma en que bajaba sus defensas cuando estaban solos. Siempre había sido así; era por eso que Laney se había sentido tan cercana a él mientras crecían.

—Lo averiguarás —dijo ella—. Además, no es como si estuviéramos casados.

—Aún. —Su mirada se clavó en la de ella—. Sabes que quiero casarme contigo lo antes posible, ¿verdad?

El miedo golpeó a Laney justo detrás de los pulmones. —¿Lo antes posible?

Sonó el timbre de la puerta, y una sombra cruzó el rostro de Graham. —Hablaremos de eso más tarde.

—No —dijo ella mientras Bailey saltaba por el pasillo—. Dilo ahora mismo.

—No quiero arruinar la fiesta.

Laney oyó las exclamaciones y los chillidos y se apresuró hacia el pasillo. Las tres niñas habían llegado juntas, y ella se dirigió a la puerta para hablar con la madre de Allison.

—Terminaremos a las ocho y media —dijo—. Puedo llevarlas de vuelta al pueblo.

—Oh, Gina vendrá a recogerlas. Estará aquí a las ocho y media.

Laney sonrió, aliviada de no tener que hacer un viaje al pueblo.

—De acuerdo, perfecto.

—Que se diviertan, niñas —Patricia se marchó, y Laney cerró la puerta, las chicas ya habían ido a la habitación de Bailey.

Regresó a la cocina, donde Graham permanecía en el mismo lugar.

—¿Ves? —dijo Laney—. Tenemos tiempo.

—Hemos hablado sobre tener hijos —dijo él—. Y dijiste que lo pensarías. No soy ajeno al hecho de que las mujeres no pueden tener hijos para siempre —la miró a los ojos, claramente queriendo ver su reacción.

Laney había dicho que lo pensaría, y luego Mike había llegado al pueblo. Su calefacción se había estropeado, y todo se había desmoronado.

—Nadie dijo nunca que fueras tonto, Graham —le lanzó una sonrisa—. Y sé que quieres tener hijos.

—Tal vez solo uno —dijo él—. Y podría mudarme aquí contigo y ayudarte a dirigir el rancho, ¿no puedes imaginarlo? —parecía un niño abriendo el regalo exacto que le había pedido a Santa—. Quiero decir, yo puedo verlo —se aclaró la garganta y desvió la mirada.

Parte de su entusiasmo se contagió a ella, y Laney alzó la mano y pasó los dedos por el ala de su sombrero vaquero. Sus ojos se encontraron de nuevo, y ella dijo:

—Sí, Graham. Puedo ver un futuro contigo.

—Entonces casémonos —dijo él.

—Esas cosas llevan tiempo planearlas.

—Oh, no, qué va. Enviamos unos cuantos mensajes y vamos al juzgado. Podríamos hacerlo el lunes.

Laney estalló en carcajadas.

—Graham, no voy a casarme contigo el lunes.

Algo bestial cruzó su rostro, pero lo sofocó rápidamente.

—¿Qué tal en primavera? —preguntó ella—. Estoy segura de que los jardines de la posada estarán preciosos entonces, y eso me daría tiempo para conseguir un vestido y enviar invitaciones como es debido.

—Celia puede hacer el pastel y toda la comida.

—Tal vez deberías *preguntarle* primero —Laney se rio y negó con la cabeza—. No necesita ser algo grandioso. Lo que tú quieras. Yo ya lo he hecho antes.

—Sí, pero no conmigo —le sonrió y añadió—: Te conseguiré un anillo y te lo pediré como es debido —sacó su teléfono—. Pero tal vez deberíamos fijar una fecha ahora mismo.

Ella volvió a reír y se lanzó a sus brazos para besarlo. Fue un beso torpe y desacompasado, pero a Laney le encantaba cómo se sentía con él en su vida.

—Busca mayo, vaquero.

—¿Mayo? —pareció entrar en pánico—. Eso es dentro de cuatro meses.

—A veces nieva en mayo. Quiero que haya flores en los árboles.

Él abrió la boca, presumiblemente para discutir, luego deslizó el dedo unas cuantas veces y dijo:

—Parece que el tres de mayo es sábado. Suena como un día perfecto para casarse.

Laney negó con la cabeza. Todavía habría nieve en el suelo el tres de mayo.

—Apúntalo a lápiz.

—Oh, no a lápiz —tocó y estudió su teléfono, tocó un poco más—. Ya está, Laney. No se puede mover.

Ella negó con la cabeza y se inclinó para sacar las pizzas del horno.

—Ve a llamar a las chicas. Es hora de comer.

Pero él no se movió.

—Te amo, Laney. Quiero que tengas la boda que deseas. Dime qué hacer para ayudarte, y lo haré.

Ella lo abrazó fuerte, con la intención de aceptar esa oferta.

—Ahora mismo —dijo—, necesito que vayas a llamar a las chicas para que vengan a cenar.

Él asintió y fue a hacer lo que le pidió.

la próxima navidad

Graham entró en la cocina, donde le recibió el aroma del jamón caramelizado y la mantequilla. —Celia, eres una hacedora de milagros —observó el despliegue de pasteles, tartas, panes y ensaladas, se le hacía agua la boca.

Ella soltó una risa cantarina y lo alejó de la carne glaseada. —Nada hasta la cena.

—Me muero de hambre —dijo él.

—¿Tú crees que tienes hambre? —Laney entró en la cocina, con una mano sobre su vientre embarazado. Él la rodeó con sus brazos y la besó, su felicidad se disparaba hacia el cielo.

—Hola, esposa —dijo, con una sonrisa en sus palabras y en su rostro. Le había pedido matrimonio el día de San Valentín. De manera bastante romántica, en su opinión. La había llevado a ella y a Bailey a un buen restaurante en Jackson Hole y las había sorprendido a ambas con el anillo.

Se habían casado el tres de mayo, según sus planes. La Madre Naturaleza había sido amable, quizás por primera vez, y había retenido la nieve hasta la semana siguiente. Graham había llevado a Laney a España, y se habían perdido lo peor de la nevada.

Había pagado su préstamo y habían contratado a dos hombres más para ayudar con el rancho ese verano. Le encantaba vivir en la casa de ella, con ella y Bailey, los perros, todos los caballos, las vacas y las gallinas.

Cuando se levantaba por la mañana, ni siquiera reconocía al hombre que había llegado a Cañón Coral dos años atrás, y estaba muy, muy feliz por ello.

Laney no había podido quedarse embarazada de inmediato, aunque no por falta de intentos. Graham la besó de nuevo y preguntó: —¿Cómo está el bebé? ¿Cómo te sientes?

—Bien hoy —le sonrió, aunque él pudo notar que quería poner los ojos en blanco. Lo había hecho algunas veces, y a Graham no le había gustado. Finalmente había reunido el valor para decirle que tenía todo el derecho de preocuparse por su esposa y su hijo por nacer, y si quería preguntar cómo estaba, no era porque ella fuera débil o porque pensara que no podía manejar el embarazo.

Habían tenido varias conversaciones como esa a lo largo de los meses de su matrimonio, y Graham estaba contento de haber encontrado a alguien con quien podía ser honesto y franco sobre sus sentimientos. Ella hacía lo mismo, y Graham había aprovechado algunas oportunidades para analizar su comportamiento y modificarlo para asegurarse de que ella se sintiera segura, amada y que fuera su principal prioridad. Porque lo era.

—¿Cuándo sales de cuentas otra vez? —preguntó Celia.

—No hasta finales de mayo —Laney se acomodó en un taburete y alcanzó un panecillo de cheddar. Celia no le apartó la mano, y Graham arqueó las cejas.

—Oh, ¿así que ella puede comer antes de la cena?

—Ella puede comer lo que quiera y cuando quiera —Celia miró a Laney con todo el afecto de una abuela—. ¿Van a averiguar si es niño o niña?

Laney miró a Graham a los ojos. —No sé. ¿Tú quieres saberlo?

—¿Lo averiguaste con Bailey?

—Sí.

—¿Tú quieres saberlo?

Laney entonces sí puso los ojos en blanco, y Graham cogió un trozo de jamón glaseado. —Yo quiero saberlo —dijo—. Pero no sé cuándo ocurre todo eso.

—Apenas estoy saliendo del primer trimestre —dijo Laney—. Así que no será hasta dentro de un par de meses.

Alguien entró en la casa por la puerta trasera, sacudiéndose la nieve de los pies. —¡Uf! —Eli silbó y apareció por la esquina desde el cuarto de la lavandería—. Hace un frío que pela ahí fuera.

—Ahora desearías estar de vuelta en Bora Bora, ¿no? —Graham sonrió a su hermano. Tanto él como Andrew vivían ahora en el albergue, pero con la partida de Graham al Rancho Echo Ridge, Eli se había quedado con la habitación principal y había puesto a Stockton al otro lado del pasillo, con su niñera Meg en la tercera habitación de esa ala de la casa. Era perfecto para su situación, y tenía un escritorio en la oficina con Graham.

Andrew había tomado las habitaciones más grandes de la planta baja, y tenía un área lo suficientemente grande para su oficina en la esquina. A veces subía y trabajaba con los otros hermanos, pero otras veces se quedaba en el sótano, ideando nuevos eventos para atraer más clientes al albergue, escribiendo comunicados de prensa para Springside Energy y básicamente evitando que Graham tuviera que lidiar con cualquier cosa relacionada con los medios de comunicación.

—Nah —Eli se quitó el sombrero y sacudió la nieve—. En realidad, me gusta la nieve. Stockton está como loco. Tercer muñeco de nieve esta semana —Eli sonrió, una sonrisa feliz que hizo que Graham se sintiera cálido por dentro.

Eli se quitó el abrigo y las botas y entró en la cocina, tomando un dulce de malvavisco bañado en caramelo. —Celia, te amo.

—Eso es lo que dicen todos los chicos —ella dejó que Eli le diera un beso en la mejilla antes de volverse hacia Laney y Graham.

—¿Cómo está el bebé? —Si alguien estaba tan emocionado como Graham por tener otro Whittaker, ese era Eli. Stockton había cumplido seis años durante el verano, y él y Bailey eran inseparables en el rancho y el albergue.

—Está genial —Laney se metió el último trozo de panecillo en la boca—. Graham estaba diciendo que quería un niño.

—Yo no dije eso.

—Bueno, tengo un gran nombre para él si es niño —Eli les dirigió una sonrisa juguetona—. Eli es un nombre muy fuerte, ¿no creen?

Graham negó con la cabeza y se rio. —No vamos a ponerle tu nombre a nuestro bebé.

—¿Por qué no?

—Creo que a Laney le gustaría ponerle el nombre de su padre si es niño —dijo Graham, volviendo al lado de Laney y acariciando el dorso de su mano con el pulgar.

—O el del tuyo —dijo ella, mirándolo.

Un amor absoluto lo invadió ante sus palabras. Le dio un beso en la sien mientras Meg

bajaba por el pasillo. Su cabello normalmente corto, generalmente cortado en forma de A, había crecido desde que había llegado a Cañón Coral.

Eli prácticamente saltó hacia ella, con una enorme sonrisa en su rostro. —Hola, Meggy.

Su sonrisa no apareció tan rápido, y Graham los observó a los dos con interés. Le había preguntado a Eli si tenía algún interés romántico en su niñera, pero Eli lo había negado rotundamente. Aun así, Graham pensaba que había algunas chispas bastante fuertes allí.

—¿Qué pasa? —preguntó Eli.

—Es mi madre —retorció sus manos—. Llamó y espera poder venir aquí para las fiestas.

Graham no podía ver la cara de su hermano, pero por la expresión de pánico en la de Meg, sabía que tener a su madre en el albergue para Navidad no estaba en lo alto de su lista de cosas por hacer.

—Por nosotros está bien —dijo Graham—. Quiero decir, ni siquiera vivo aquí ya. —A veces olvidaba que sí, era dueño del albergue, pero en realidad no vivía en él.

—Hay mucho espacio —dijo Eli con cuidado, casi en un tono susurrado como si prefiriera tener esta conversación en privado.

Los ojos marrones oscuros de Meg buscaron los suyos.

—No tiene otro lugar adonde ir, y ahora que estoy de vuelta en el país...

Eli extendió la mano y la pasó desde la muñeca de Meg hasta su hombro, un movimiento rápido, pero íntimo de todos modos.

—Invítala. Estará bien.

Meg asintió y se dio la vuelta para regresar por el pasillo. Graham desvió la mirada para que no fuera tan obvio que los había estado observando como si fueran la mejor película que jamás hubiera visto.

—Entonces, ¿qué está pasando entre ustedes dos? —preguntó Laney, sin vergüenza alguna.

—Nada —dijo Eli, pero su voz definitivamente tenía un tono de picardía y falsedad.

—Claro —dijo Laney—. Igual que yo no estaba enamorada de mi mejor amigo en la secundaria.

—Y mira cómo resultó eso. —Graham puso su brazo alrededor de los hombros de su esposa y le sonrió a su hermano.

—Ella es mi niñera —dijo Eli—. Voy a ducharme. —Se fue, y Celia chasqueó la lengua.

—¿Qué sabes tú? —preguntó Laney.

—Oh, a Meg le ha gustado Eli por un tiempo —dijo Celia—. Pero ese hombre es tan terco como todos los Whittaker juntos. —Le dio a Graham una mirada significativa y dijo—: Voy a tomar una siesta antes de la cena.

La mente de Graham daba vueltas con lo que acababa de ver y lo que Celia había dicho. Pero aún tuvo la presencia de ánimo para decir:

—Yo vigilaré este jamón por ti —mientras ella salía.

Celia y Laney se rieron, y Graham elevó una oración de gratitud al Señor por todas las cosas hermosas con las que su vida se había llenado desde que regresó a Cañón Coral.

Especialmente Laney, pensó.

—Oh, te conseguí algo para Navidad —dijo—. ¿Quieres venir a verlo?

—¿Qué tan lejos tengo que ir?

—Está en la hacienda.

La expresión en su rostro lo decía todo. Así que sacó su teléfono y deslizó hasta la foto de la cuna que había mandado a hacer especialmente para su dormitorio. Se la mostró y dijo:

—Para que puedas tener al bebé justo a nuestro lado.

Ella miró el teléfono y luego a él.

—Te amo, ¿lo sabes?

—Yo también te amo. —La besó y se apartó una fracción de pulgada para decir—: Y sí quiero un niño.

Laney se rio y lo abrazó, y Graham estaba tan contento de poder pasar una vida de Navidades con ella en Cañón Coral.

Sigue leyendo para un adelanto de **ELI**, con el hermano de Graham, Eli, y la niñera de Eli, Meg, ¡que puedes leer ahora!

deja una reseña

¿Te gustó este libro?

¡Toca aquí para dejar una reseña ahora!

El comentario no necesita ser largo, es lo que tú quieras. Incluso si solo das una calificación a tu lectura, ya es mucho y se aprecia enormemente.

¡Gracias de antemano!

¡adelanto! eli capítulo uno

ELI WHITTAKER ESTABA de pie junto a la ventana, observando cómo caía la nieve. Aunque este era un albergue bastante elegante, con los mejores materiales, aún podía escuchar los gritos emocionados de su hijo, Stockton.

Mudarse a Wyoming definitivamente había sido lo correcto, y Eli se alegraba de haberlo hecho. Estaba aliviado de estar más cerca de su familia, quienes podían ayudarlo con su hijo, aunque para eso tenía a Meg.

Meg Palmer, la mejor niñera del mundo, al menos según su hijo de seis años.

Eli suspiró y se alejó del cristal cuando su aliento lo empañó.

Meg. ¿Qué iba a hacer con Meg?

—No necesito hacer nada —murmuró para sí mismo mientras atravesaba la gran suite principal y salía por la puerta. Caminó unos pasos por el pasillo y entró en la oficina que compartía con su hermano.

Graham aún no había llegado, lo que significaba que estaba eternamente feliz con su esposa, su hijastra y el nuevo bebé que llegaría para el verano.

Eli exhaló de nuevo mientras se sentaba en su escritorio, sin ánimos de intentar atraer a más personas al albergue para hacer raquetas de nieve y cortar árboles de Navidad. Llevaba once meses de vuelta en Cañón Coral, y no había tenido problemas para atraer tanto a turistas como a locales al albergue en primavera, verano y otoño.

Pero el invierno era otra bestia completamente diferente, y Eli se preguntaba si debería simplemente tomarse la temporada libre. Pero como duraba meses, honestamente no sabría qué hacer consigo mismo.

Sus pensamientos divagaron como solían hacerlo cuando no tenía algo importante en qué concentrarse. Y en estos días, iban directamente a Meg y se quedaban allí. Desde que ella lo había encontrado al final del Día de Acción de Gracias y le había dicho que tenía sentimientos reales por él, Eli no había sabido cómo actuar a su alrededor.

Alguien llamó a la puerta de la oficina, y por la naturaleza ligera y vacilante del toque, estaba seguro de que sería la mujer que lo había estado atormentando durante meses. Sí, meses. Mucho más tiempo que solo las pocas semanas desde el Día de Acción de Gracias.

—Sí, pasa —dijo, porque ignorar los problemas era la especialidad de Eli Whittaker. Meg no había vuelto a mencionar su enamoramiento; de hecho, le había dicho a Eli que olvidara que había dicho algo.

Entró en la oficina llevando una bandeja con café y tostadas, con una sonrisa rápida y nerviosa en su rostro. Eso definitivamente había cambiado —la forma en que parecía tan ansiosa a su alrededor ahora— pero Eli no sabía qué hacer al respecto.

—Celia me pidió que te trajera esto —dio uno, dos, tres pasos, y su pie se enganchó en el borde de la alfombra.

Todo sucedió tan rápido y a la vez tan lentamente. La gravedad se apoderó de Meg, una mujer menuda, y la arrastró hacia abajo rápidamente. El pánico cruzó su rostro y sus rodillas golpearon el suelo antes de que Eli pudiera mover un músculo.

Como tenía la bandeja en las manos, no pudo sostenerse. El café caliente salpicó sus vaqueros en el mismo momento en que sus codos golpearon la madera dura, y luego su cara.

El tiempo avanzó rápidamente, y Eli saltó en su ayuda, con la piel erizada por el líquido caliente que empapaba sus pantalones, zapatos y la alfombra.

—Meg —su corazón reverberaba por todo su cuerpo, golpeando contra la parte posterior de su garganta—. ¿Estás bien?

Qué pregunta tan estúpida. Mientras ella se enderezaba rodando sobre su trasero, el dolor destelló en sus ojos, y se cubrió la cara con la mano que ahora tenía libre. Aparecieron lágrimas, y ella apartó esos hermosos ojos oscuros de él.

—Estoy bien.

No estaba bien, y Eli puso su mano en su codo. El simple toque envió fuego fluyendo a través de él, y retiró su mano. Así que él también estaba enamorado de su niñera y lo había estado durante algunos meses.

Pero ella era su niñera, y él no iba a ser uno de esos hombres que se enamoran de una mujer porque su hijo la quiere tanto.

Meg se tucó el cabello oscuro detrás de la oreja y se alejó de él.

—Déjame...

—Estoy bien, Eli. Le diré a Celia sobre tu desayuno —usó su escritorio para apoyarse mientras se ponía de pie, y cojeó fuera de la oficina mientras Eli la miraba marcharse.

Bajó la cabeza, deseando poder volver en el tiempo y cambiar cómo había manejado las cosas en el Día de Acción de Gracias. Había hecho un verdadero lío de las cosas entre él y Meg, y estaba bastante sorprendido de que ella no hubiera encontrado otro trabajo.

Celia llegó justo cuando Eli recogía la tostada caída y la taza de café.

—¿Está bien, señor?

—No me llames señor —le decía eso todos los días, y aun así ella continuaba dirigiéndose a él de una manera tan formal. Se sentía extraño viniendo de la mujer que había conocido toda su vida, quien solía servirle panqueques en el restaurante.

—Usted firma mis cheques.

—Yo no hago eso. Graham lo hace.

Celia inclinó la cabeza y alcanzó la bandeja. Tomó los platos y la tostada y los colocó en ella.

—Haré que Annie venga aquí de inmediato. Y le prepararé más tostadas.

Eli se concentró en la mancha oscura en la alfombra.

—¿Cómo está Meg? —preguntó.

—Ella... ha desaparecido en su habitación —Celia se volvió hacia la puerta—. La revisaré en un minuto.

—Yo lo haré —dijo Eli.

Celia le lanzó una mirada rápida por encima del hombro, pero no dijo nada más que:

—Stockton está en el sótano con Andrew.

—Gracias —murmuró Eli, su atención ya vagando por el pasillo y doblando la esquina, más allá de la suite principal, hacia la habitación en la esquina del albergue donde vivía Meg. Ella tenía dos días libres cada semana, y hoy era uno de ellos. ¿Se atrevería a ir a revisarla?

—Solo si vas a decirle más de tres palabras —se reprendió a sí mismo. Sus conversaciones, que antes eran tan animadas y un punto brillante en su día, se habían vuelto tensas. Y eso era lo que más odiaba.

En este albergue, con una cocinera, una ama de llaves, una decoradora, su hermano, su niñera y su hijo, Eli se sentía completamente solo. Tan solitario. Cuando Graham aparecía en la oficina, a veces él y Eli hablaban de algo más que del albergue, los caballos o Springside Energy, la empresa familiar que Graham dirigía.

Eli siempre había podido contar con Meg para disfrutar de unos minutos de risa, un rayo de sol. Ahora, apenas tenía algo que le recordara lo bueno del mundo.

Caroline.

Caroline.

Caroline.

El nombre lo atormentaba mientras caminaba lentamente fuera de la oficina, por el pasillo y doblaba la esquina. No podía creer que hubiera usado a su primera esposa como escudo contra sus propios sentimientos por Meg.

Ella había asentido y apretado las manos cuando él había mencionado el nombre de su difunta esposa en el Día de Acción de Gracias. —Entiendo —había dicho, pero incluso Eli no entendía, así que no sabía cómo Meg podría hacerlo.

—¿Meg? —Llamó a la puerta de su dormitorio. Ella también tenía una suite, aunque no tan grande como la principal—. Soy Eli, solo quiero asegurarme de que estás bien. —No podía oír nada detrás de su puerta, ni siquiera un sollozo.

Probó el pomo de la puerta, y no estaba cerrado con llave, así que empujó suavemente la puerta. —Meg, voy a entrar.

La puerta se abrió de par en par y dio un paso lento hacia adentro, localizándola en el sillón junto a la ventana salediza, de espaldas a él. Ahora sí escuchó los sollozos, y dudó. —¿Meg?

—Estoy bien, de verdad —dijo ella.

—Te golpeaste la cara. —Cuatro palabras. Había llegado a cuatro palabras. Se acercó sigilosamente, notando que su habitación estaba impecable. Era organizada, puntual y prácticamente perfecta en todos los sentidos. No era de extrañar que Eli hubiera empezado a sentir cosas tiernas por ella.

Con su cabello oscuro y ojos oscuros, su sonrisa rápida y su aguda inteligencia, Eli había apreciado a Meg desde el momento en que la conoció. Hacía ya cuatro años que había estado buscando una niñera tras la muerte de su esposa.

Stockton solo tenía dos años cuando Caroline murió, y Eli pasaba mucho tiempo asegurándose de que el niño supiera quién era su madre. Pero ella también se estaba desvaneciendo en la mente de Eli, y un dolor comenzó a crecer en su estómago.

Un dolor que crecería, se expandiría, se hincharía hasta consumirlo. Había tenido tan poco tiempo con ella, y la había amado tanto.

Honestamente, no sabía si podría amar a alguien tanto como la había amado a ella, ni siquiera estaba seguro de poder amar a otra mujer. Pero Meg había empezado a hacerle cuestionar todo eso, y Caroline se había estado desvaneciendo cada vez más rápido desde su regreso a Cañón Coral.

—¿Puedo traerte algunos analgésicos? —preguntó Eli—. ¿Una botella de agua fría? ¿Algo de hielo?

Ella mantuvo su rostro apartado de él, llorando suavemente. Tomó un profundo respiro en un obvio intento por calmarse. —Tomaré todo eso.

Con un propósito, se dio la vuelta para hacer lo que le había pedido. Pero se volvió hacia ella y rodeó el sillón para quedar frente a ella. Se inclinó y pasó las yemas de los dedos por el lado de su cara. —Lo siento mucho, Meg. ¿Estás segura de que estás bien?

Ella levantó esos hermosos ojos hacia él y dijo: —Creo que solo estoy en shock, ¿sabes? Nunca antes me había caído de cara. —Nuevas lágrimas se deslizaron por sus mejillas, y él las limpió en el lado no lesionado.

—Te traeré las pastillas y el hielo. Puedes venir a sentarte conmigo en la oficina. —Se sentía tan bien hablar con ella con normalidad de nuevo.

Ella negó con la cabeza, la agonía haciendo que su rostro se arrugara. Eli quería tomar su dolor y soportarlo por ella, y odiaba no poder hacer nada. Pero sí podía. Conseguir las pastillas, el agua y el hielo.

—Solo quiero quedarme aquí —dijo ella—. Hasta que me sienta menos temblorosa.

—Volveré enseguida entonces. —Cerró la puerta tras de sí, aunque su habitación estaba tan apartada como podía estarlo. Encontró a Celia en la cocina con una bolsa de hielo ya preparada.

Eli seleccionó una botella de agua de la nevera y sacudió cuatro analgésicos en su palma del frasco en el armario junto a la nevera. —Está bien —dijo—. Se va a quedar en su habitación y descansar un rato.

—Buena idea. —Celia pasó una página del libro de cocina frente a ella. Eli estaba a punto de irse cuando ella añadió—: Y Eli, habla con ella, por favor. Está tan miserable.

Eli parpadeó mirando a la mujer mayor. —Hablo con ella.

—Sabes a lo que me refiero. —Puso los ojos en blanco y pasó otra página.

Eli la dejó en la cocina, llevó los artículos a Meg y se retiró a su dormitorio principal para poder llamar a su madre en privado.

—Mamá —dijo cuando ella contestó—. Necesito tu consejo. —Se aclaró la garganta. Siempre había sido muy cercano a su madre, pero hacía tiempo que Eli no la necesitaba tanto.

—¿Consejo sobre qué, querido? ¿Está bien Stockton?

Eli medio rió y medio exhaló. Sería tan fácil simplemente preguntar algo sobre Stockton, colgar e ir a sentarse de nuevo en su escritorio.

En su lugar, dijo: —No, no es sobre Stockton. Es sobre una mujer.

—¿Una mujer? —La curiosidad en su voz llenó toda la habitación.

Eli se sentó pesadamente en la cama, su corazón sintiéndose como si alguien lo hubiera llenado de cemento. —Siento que estoy siendo desleal con Caroline, pero me gusta esta otra mujer, y no sé qué hacer con nada de esto.

¡adelanto! eli capítulo dos

MEG SENTÍA DOLOR en la cara. Por fin había logrado dejar de hipar, con las lágrimas secas y agrietadas en sus mejillas. Estaba sumamente agradecida de no tener que cuidar a Stockton hoy, porque no le gustaba mostrarle al niño nada más que diversión, juegos y alegría.

El aroma sutil de la colonia de Eli aún flotaba en el aire, o quizás Meg simplemente tenía el olor memorizado y lo disfrutaba tanto que siempre podía percibirlo.

De cualquier manera, su enamoramiento por él había vuelto con toda su fuerza cuando llegaron a Wyoming. Siempre había tenido debilidad por los hombres con sombreros de vaquero, botas de vaquero y esos vaqueros...

Habiendo crecido en Colorado y tenido varios novios vaqueros antes de irse de casa para convertirse en niñera, Eli ahora encajaba perfectamente en el molde del tipo de hombre que Meg se imaginaba para ella.

Además, ahora trabajaba con caballos, lo cual era totalmente injusto. Tenía tantas habilidades, y ella no tenía absolutamente ninguna defensa contra su encanto, su atractivo, y ahora su sombrero de vaquero y su facilidad con los animales.

Había pensado que podía ser honesta con él, que algunos de los momentos que habían compartido en los once meses que llevaban en Wyoming no podían haber sido unilaterales. No podía haber sido la única que sintió chispas, mariposas, calor.

¿O sí?

Así que había hablado, y vaya, eso había salido terriblemente mal.

Se apartó de la ventana, deseando poder apartarse de sus pensamientos con la misma facilidad. —Debería haber sabido que no podías competir con su esposa fallecida —Meg se tucó el cabello detrás de las orejas, tocando accidentalmente su pómulo. Un dolor agudo recorrió su mandíbula, haciendo que las lágrimas volvieran a picarle los ojos.

También las apartó y tiró de su edredón. Era una tortura dormir de este lado de la pared cuando sabía que Eli estaba justo al otro lado. Bueno, su vestidor principal estaba allí, con el enorme baño principal. Y luego su dormitorio. Pero estaba justo allí, seleccionando el par de vaqueros perfecto y la camisa a cuadros rosa, amarilla y azul que le secaba la garganta y le aceleraba el pulso.

Se acostó y se cubrió con la manta hasta la barbilla. Los analgésicos que él le había traído hace media hora empezaban a hacer efecto, y Meg estaba segura de que tan pronto como despertara de su siesta, todo en el mundo estaría arreglado.

Otra fantasía, pero Meg la entretuvo de todos modos. Después de todo, no tenía mucho más para sostenerse, y a menudo vivía dentro de juegos de simulación cuando trataba con niños.

Despertó, instintivamente consciente de que alguien había entrado en su habitación. Una

respiración rápida, y Meg gimió y se movió. Le dolían los dientes, y no tenía idea de por qué.

—¿Meggy?

—¿Stockton? —Abrió los ojos e intentó sentarse, pero sus piernas estaban demasiado enredadas en las mantas.

—Stockton —Eli apareció en la puerta, su voz firme—. Te dije que estaba descansando.

—Solo quería ver —El pequeño se subió directamente a la cama con Meg y miró fijamente su rostro, sus ojos tan parecidos a los de su padre que le oprimieron el pecho a Meg. Ese color avellana profundo que nunca podría ser replicado con crayones, con destellos tan brillantes de verde.

—Papá dijo que te caíste.

Meg quería regañar a su papá, pero simplemente sonrió y tocó su frente con la de Stockton. —Sí. Pero estoy bien.

—¿Sí? —Se concentró en el lado de su cara donde se había caído, y ella se preguntó si tendría un ojo morado o un moretón—. ¿Papá te dio un beso para que se curara?

Eli hizo un sonido como si le hubieran disparado, y dijo: —Stockton, vamos, amigo.

Meg negó con la cabeza, sus emociones bullendo muy cerca de la superficie. —No, Stockton. Tu papá no me dio un beso para que se curara.

—¿Debería hacerlo yo?

—Stockton —dijo Eli nuevamente. El niño tenía la habilidad de ignorar completamente a su padre.

El pequeño se inclinó hacia adelante y besó la mejilla de Meg y luego su frente, evitando completamente los puntos doloridos, afortunadamente.

Ella le sonrió. —Todo mejor —Meg lanzó una mirada hacia Eli y lo encontró mirando fijamente, con las manos colgando flojamente a los costados. Parecía como si alguien lo hubiera aturdido, con la boca ligeramente abierta.

—Está un poco hinchado —Stockton tocó su ceja, y Meg se apartó de su dedo con una mueca de dolor.

—Le traeré más hielo —Eli se fue, y Meg acomodó a Stockton a su lado.

—¿Qué hora es, amigo?

—No sé.

—¿Ya comiste el almuerzo?

—Celia lo está preparando ahora —No podía pronunciar el nombre de Celia correctamente, así que salía como "Selia", y Meg le acarició el cabello.

—¿Qué vamos a hacer durante las vacaciones? Sin escuela ni nada.

—Papá dice que me llevará al cine esta tarde.

Meg sintió un repentino antojo de palomitas de maíz. —Eso suena genial —dijo.

Eli entró cuando Stockton dijo: —Deberías venir.

Eli le extendió la bolsa de hielo mientras preguntaba: —¿Ella debería venir a qué?

—El cine —Stockton alzó la mirada hacia Eli, pero este tenía los ojos clavados en Meg. En el pasado, ella había participado en docenas de salidas familiares en su día libre. En Bora Bora, habían ido a museos, playas, cines, a recoger conchas, de safari para observar ballenas y mucho más. No era raro que Stockton quisiera que ella los acompañara, ni que ella accediera.

¿Pero ahora?

No sabía qué decir. No podía determinar si Eli no quería que fuera, o si simplemente se había quedado sin voz otra vez. ¿Estaría pensando en Caroline en ese momento?

Meg apartó la mirada de él y tomó el hielo, colocándolo sobre su ojo y mejilla hinchados. —

No creo que pueda —dijo al mismo tiempo que Eli decía—: Debería quedarse aquí y descansar.

Así que no quería que fuera.

Meg sintió como si alguien le hubiera partido el estómago por la mitad y se lo hubiera cosido al revés. No podía tragar y estaba a punto de llorar de nuevo.

—Vamos, campeón. Dejémosla descansar —Eli extendió la mano, una clara indicación de que quería que Stockton lo acompañara.

El niño finalmente accedió, tomando la mano de su padre y dejando que lo ayudara a bajar de la cama. Caminaron de la mano fuera de la habitación, y Eli cerró suavemente la puerta tras de sí. No miró hacia atrás, y Meg sintió como si le hubieran clavado una estaca en el corazón.

Aunque había querido renunciar cuando le confesó sus sentimientos a Eli y él se escudó tras su primera esposa, no había podido encontrar nada más.

Pero ahora... bajó la bolsa de hielo y la dejó sobre la mesita de noche. Cualquier cosa sería mejor que quedarse en este lujoso albergue con el hombre de sus sueños a solo una pared de distancia, al menos físicamente. Pero emocionalmente, él estaba a mundos de distancia, y Meg no podía seguir lastimándose cada vez que hablaban más de diez palabras.

Se levantó de la cama y se dirigió al escritorio, con el dolor pulsante solo en el lado derecho de su cabeza, donde se había golpeado. Se irradiaba desde el frente de su cráneo hasta la parte posterior, bajando hasta la mandíbula y detrás de la oreja.

Pero abrió su portátil y comenzó a abrir pestañas de bolsas de trabajo. Podía ir a cualquier parte, hacer cualquier cosa. No tenía ataduras en Cañón Coral, y aunque solo había trabajado como niñera durante los últimos catorce años, seguramente podría aprender a escanear un galón de leche y contar cambio.

Cualquier cosa sería mejor que someterse a la tortura perfecta que era estar con Eli Whittaker sin ser suya.

AL DÍA SIGUIENTE, aún no había encontrado nada para pagar sus cuentas, aunque su rostro se sentía mejor. Eli le había enviado un mensaje de texto temprano esa mañana diciendo que él se encargaría de Stockton ese día, que ella podía tomarse otras veinticuatro horas para descansar, sanar, lo que fuera.

Descansar, sanar, lo que fuera.

Esas fueron sus palabras exactas. Era ese *lo que fuera* lo que tenía a Meg preguntándose con qué llenar su tiempo. Solo podía tomar tantas siestas, y aunque no quería ser vista con el círculo perfectamente redondo bajo su ojo, tampoco quería pasar el próximo día y noche encerrada en su habitación.

El aroma a levadura fue lo primero que la atrajo fuera de su habitación para encontrar a Celia haciendo pan para la cena familiar de esa noche. La noche siguiente, Graham había organizado una cena navideña para la empresa, y la noche después era Nochebuena, y Celia volvería a preparar cantidades copiosas de carne, papas, panes, postres y más para la cena de amigos y familiares.

Andrew, otro de los hermanos mayores de Eli, había solicitado el desayuno en la mañana de Navidad, y Laney lo estaba preparando para que Celia pudiera quedarse en casa y disfrutar de las fiestas con su familia.

Meg adoraba el ambiente familiar en el Albergue Whiskey Mountain y su determinación de

encontrar otro trabajo flaqueó, tal como había sucedido durante el Día de Acción de Gracias.

Entró en la cocina, preparada para decir que estaba bien al menos dos docenas de veces. —¿Necesitas ayuda? —le preguntó a Celia, quien se volvió y le dio una cálida sonrisa. Meg no podía recordar la última vez que su madre le había sonreído. Hablaban cuatro veces al año: en el cumpleaños de Meg, en el cumpleaños de su madre, en Navidad y en el Día de la Madre. Meg ya llevaba una semana preparándose para la obligatoria llamada del día de Navidad.

—Oh, simplemente siéntate y déjame alimentarte. Estás en los huesos.

Meg no discutió, porque era agradable que alguien la cuidara por una vez. Pasaba tanto tiempo atendiendo todas las necesidades de Stockton que a veces se preguntaba cómo sería ser la preocupación principal de alguien.

—No saliste de tu habitación anoche —Celia puso una sartén en la estufa y abrió el refrigerador para sacar la caja de huevos.

—Yo... sí —Su suite estaba equipada con televisión, baño privado y mini nevera. No tenía cocina, pero podía enjuagar tazones en el baño—. Cené cereal frío con crema.

—Oh —Celia hizo una pausa, con una expresión afligida en su rostro—. ¿Eli?

Meg negó con la cabeza cuando debería haber asentido. —Ese hombre es perfectamente imposible —Celia se puso en acción, rompiendo los huevos con un poco demasiada fuerza, como si puntuara su frustración con una cocina violenta.

—¿Dónde está? —preguntó Meg, agradecida de que su voz sonara más o menos normal.

—Oh, está afuera en algún lugar. Con los caballos o algo así —Celia batió y añadió una generosa pizca de sal y un chorrito de leche. Puso una nuez de mantequilla en la sartén y la hizo girar—. No tenía idea de que sería tan terco con sus propios sentimientos.

—Está bien —dijo Meg. *Estoy bien. Está bien. Todo está bien.*

—Le dijiste cómo te sientes, ¿verdad? —Celia hizo una pausa en su preparación y miró fijamente a Meg—. Por eso ambos han estado tropezando por ahí con nubarrones sobre sus cabezas.

Meg asintió, sintiendo que una medida de miseria la atravesaba con tanta fuerza que sintió que el aire se escapaba de sus pulmones. —Dijo que no había superado a Caroline —Se encogió de hombros—. ¿Qué se supone que debo decir a eso? ¿Cómo puedo competir con ella? —Una mujer que Meg ni siquiera conocía y nunca había conocido, no podía conocer, no podía conocer.

La puerta principal se abrió y las risas inundaron el albergue. —Por favor, no digas nada —Meg ya tenía suficiente con lo que lidiar.

—Por supuesto que no lo haré —dijo Celia mientras vertía los huevos en la sartén caliente justo cuando Graham apareció por la esquina con su esposa, Laney.

—¿Stockton está fuera? —preguntó Bailey, saltando hacia Celia.

—Claro que sí, calabaza —Celia le sonrió a la pequeña, la hijastra de Graham.

—¿Puedo salir, mamá?

Laney exhaló un suspiro mientras se sentaba en la barra.

—Claro que sí. Quédate donde esté Stockton.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Celia, revolviendo los huevos como una experta y sirviéndole un plato a Meg antes de que Laney pudiera responder.

Meg asintió hacia Graham y Laney, pero no podía quedarse en la cocina con ellos. Graham olía demasiado a Eli, y verlos a los dos tan felizmente enamorados hacía que el corazón de Meg se encogiera al tamaño de una pasa.

Y ver el vientre de embarazada de Laney... Meg tragó saliva, reprimiendo sus celos y la pérdida de lo que nunca podría tener. Así que tomó su plato, le dio las gracias a Celia y se dirigió

de vuelta a su habitación.

Ya había comido en su habitación antes, y no era como si su madre estuviera en el albergue para reprenderla. El solo pensamiento de su madre en el Albergue Whiskey Mountain le provocaba escalofríos.

Comió con algo sonando a todo volumen en la televisión mientras navegaba por los trabajos disponibles en los tableros a los que se había suscrito. No era una tarea fácil buscar un nuevo empleo. No estaba segura de dónde quería vivir, si quería seguir siendo niñera o prácticamente cualquier otra cosa.

Su teléfono sonó, y Meg se quedó mirando el nombre en la pantalla, porque normalmente nadie la llamaba. Tenía muy pocos amigos mayores de doce años, y sus antiguos empleadores no eran del tipo que llamaban para charlar.

Mamá.

El temor llenó el pecho de Meg, pero contestó la llamada. Su madre simplemente volvería a marcar cada diez segundos hasta que Meg contestara.

—Hola, mamá —Infundió tanta falsa alegría en su voz como le fue posible. Había mucho espíritu navideño y encanto en el albergue, pero nada de eso había penetrado aún en el alma de Meg.

—Meg, ¿cómo estás?

Así que su madre quería algo. Meg podía saberlo desde lo primero que su madre decía cuando llamaba. Y preguntarle cómo estaba significaba que su madre necesitaba un favor.

—Estoy muy bien —No le contó sobre la caída. De todos modos no importaría.

—Los niños de Carrie han pescado la gripe.

—Oh, qué pena —Meg tomó aire y lo contuvo. Carrie y Brittany eran las hermanas mayores de Meg, y eran gemelas que hacían todo bien. Tenían diez años cuando nació Meg, y ella nunca había encajado del todo en una familia que ya estaba completa antes de que ella apareciera.

—Sí, lo es.

Más silencio.

—¿Qué va a hacer Brittany en Navidad? —preguntó Meg, porque sabía lo que vendría a continuación.

—Oh, ella y James están en ese crucero con los niños.

—Ajá —Meg no iba a ofrecerse.

—Me pregunto qué estás haciendo en el albergue. Tal vez haya espacio para una persona más.

Meg no podía comprender por qué su madre querría pasar las fiestas con ella. Aunque supuso que sabía exactamente cómo se sentía estar sola, abandonada, no deseada.

Exhaló un gran suspiro.

—¿Puedes conducir?

Su madre tenía cuarenta y tres años cuando dio a luz a Meg, y ahora, treinta y dos años después, Meg estaba segura de que no podría hacer el viaje de ocho horas desde Boulder hasta Cañón Coral.

Su madre se rio, pero no era una risa feliz.

—Por supuesto que no. Brittany me quitó el carnet en Acción de Gracias. Te juro que no vi ese tractor.

—¿Chocaste contra un tractor?

—Se me cruzó justo delante.

—Mamá, los tractores son *enormes* —Meg quería reírse, pero sabía que no debía hacerlo.

—¿Puedes venir a recogerme? —Su madre lo preguntó como si estuviera a un par de manzanas de distancia, como si se reunieran a menudo para comer jamón y puré de patatas, intercambiar regalos y beber sidra caliente de manzana.

Pero la verdad era que Meg no había pasado la Navidad con ningún miembro de su familia en trece años. El primer año después de graduarse del instituto, se había ido a Florida a visitar a su padre. Como sus padres se habían divorciado cuando ella tenía cuatro años, apenas conocía al hombre, y ahora podía admitir que había hecho el viaje específicamente para hacer enojar a su madre.

Y lo había conseguido.

Desde entonces, había pasado las fiestas con sus niños y las familias para las que trabajaba. Era mejor para todos de esa manera.

—¿Y bien? —preguntó su madre.

—*Bueno,* tendré que hablar con mi jefe. Te llamaré de vuelta —Meg colgó antes de que su madre pudiera decir una palabra más. Se enfrentó a la puerta cerrada del dormitorio, preguntándose si debería esperar diez minutos y luego llamar a su madre y decirle: "Lo siento, dijo que no".

Después de todo, así no tendría que soportar las fiestas con su madre ni tendría que hablar con Eli.

¡LEE ELI AHORA!

lee más de liz

¿Te ha gustado Whiskey Mountain Lodge y quieres leer otra novela de los hermanos Whittaker? ¡Genial! **¡Consigue ELI y lee ahora!**

sobre liz



LIZ ISAACSON ES una autora superventas de USA Today y una de las 10 mejores autoras de Kindle All-Star. Es autora de múltiples novelas románticas cristianas de vaqueros que han alcanzado el puesto número 1 en ventas en varias categorías y plataformas. Sus romances inspiradores suelen ambientarse en Texas y Wyoming, o en cualquier otro lugar donde existan caballos y vaqueros. Vive en Utah, donde escribe a tiempo completo, mima a dos perros adultos y come muchos Ferrero Rocher mientras escribe.

CONOCE MÁS sobre todos sus libros aquí. Encuéntrala en Facebook, Goodreads,

BookBub, Instagram y TikTok.

SI TE GUSTÓ ESTE LIBRO, por favor tómate unos minutos para **¡dejar una reseña ahora!** Los autores (¡incluida Liz!) lo aprecian mucho, y ayuda a atraer a más lectores a libros que podrían gustarles. ¡Gracias!

Graham

Libro Uno de la serie romántica Navidad en Cañón Coral™

por Liz Isaacson

Derechos de autor © 2018 por Elana Johnson, escribiendo como Liz Isaacson

Publicado por AEJ Creative Works

Todos los derechos reservados

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, lugares o personas, vivas o muertas, es pura coincidencia. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso expreso por escrito del autor. La única excepción es para un crítico que puede citar breves extractos en una reseña. Por favor, adquiera solo ediciones electrónicas autorizadas y no participe ni fomente la piratería electrónica de materiales con derechos de autor. Se agradece su apoyo a los derechos del autor.

Diseño de portada e interior por AEJ Creative Works